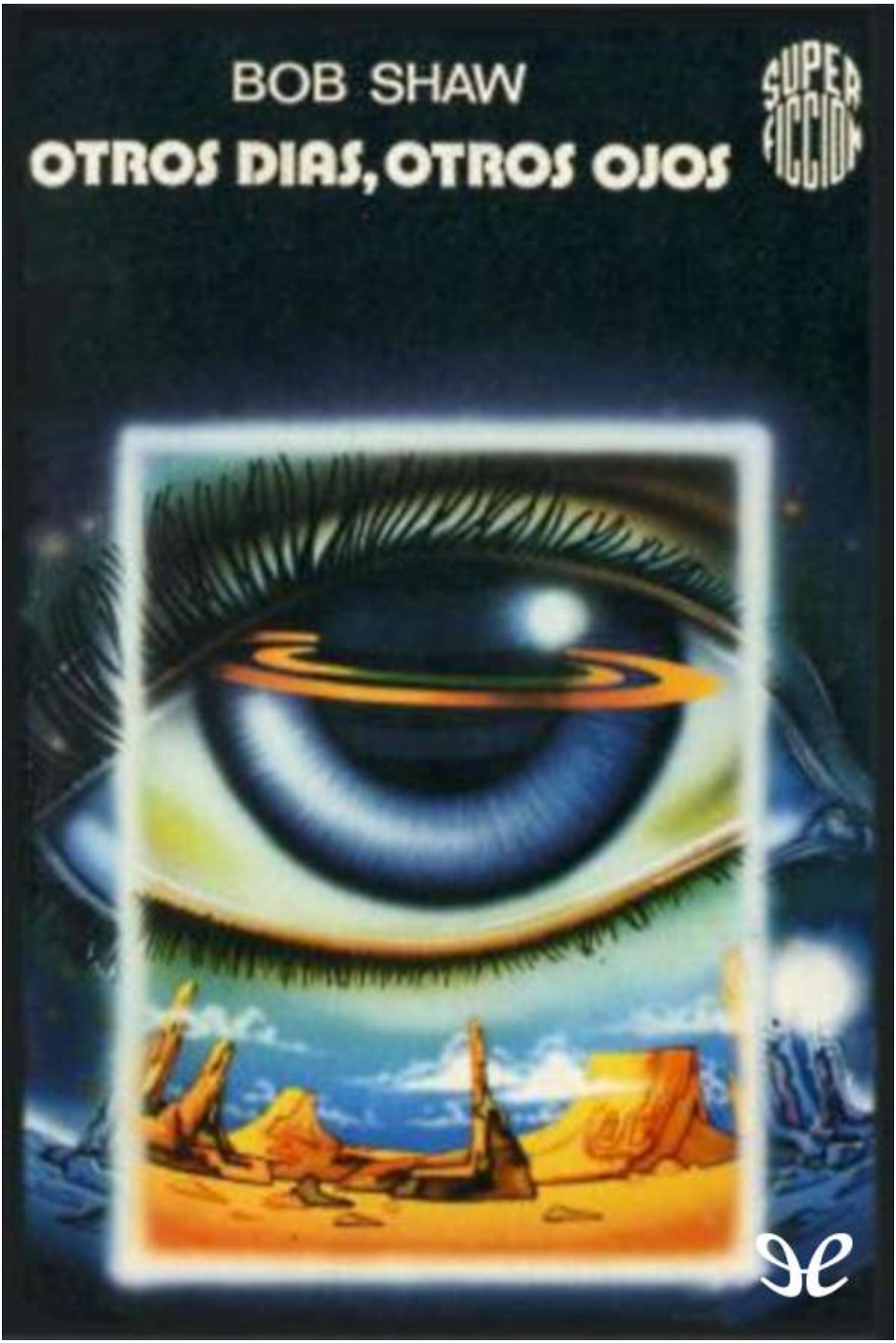
BOB SHAW

OTROS DIAS, OTROS OJOS

SUPER FICCION



El ”vidrio lento” es un cristal que absorbe poco a poco la luz de los sucesos que ocurren delante de él, los cuales resultan visibles meses o años después. A partir de esta idea, Bob Shaw construye una excelente y a la vez original novela. La profética visión de lo que podría ser un invento de estas características y la problemática social de su uso, desde el crimen casi perfecto hasta la verificación por parte de la justicia al cabo de cinco años, hacen de esta novela una obra maestra de ciencia ficción en el mas puro sentido de la palabra. Contiene los relatos: Otros Días, Otros Ojos (Other Days, Other Eyes, 1972). Primera Luz Secundaria: Luz de Otros Días (Light of Other Days, 1966). Segunda Luz Secundaria: El Peso de la Prueba (Burden of Proof, 1967). Tercera Luz Secundaria: Una Cúpula de Vidrio Multicolor (A Dome of Many-Colored Glass, 1972)

Bob Shaw

Otros dias, otros ojos

Super Ficción - 80

ePUB r1.1
karpanta 03.04.13

Título original: *Other days, other eyes*
Bob Shaw, 1972
Traducción: Traductor
Diseño/Retoque de portada: Diseñador

Editor digital: karpanta
ePub base r1.0

1

Al principio, el otro coche sólo era una mancha de color rojo sangre en las menguantes perspectivas de la autopista, pero incluso a esta distancia, y a pesar del resplandor causado por el iris en forma de ojo de cerradura de su ojo izquierdo, Garrod logró identificar el año y el modelo. Era un Stiletto de 1982. Impulsado por una ilógica aprensión, aflojó la presión de su pie sobre el acelerador y el automóvil empezó a disminuir su velocidad de 140 kilómetros por hora. La turbina emitió un gemido de mecánica desilusión a causa de la reducción de velocidad, pese a la suavidad de la acción del conductor.

—¿Qué ocurre?

La esposa de Garrod se alertó previsible e instantáneamente.

—Nada.

—Pero ¿por qué has disminuido la velocidad?

A Esther le gustaba vigilar de cerca todas sus propiedades, categoría en la que incluía a su marido, y su sombrero de ala ancha, rígidamente almidonado, hizo movimientos de rastreo similares a los de un disco de radar.

—Por ninguna razón especial.

Garrod acompañó con una sonrisa su protesta por ser interrogado, y contempló el rápido aumento de tamaño del Stiletto en el parabrisas.

De repente, y tal como esperaba Garrod, el intermitente izquierdo del Stiletto emitió un destello anaranjado brillante. Garrod miró a la izquierda y vio el desvío en que se bifurcaba la autopista, en un punto situado a medio camino entre los dos coches. Frenó, y su Turbo-Lincoln hincó el morro, mientras las llantas se aferraban al asfalto. El Stiletto rojo viró bruscamente y desapareció en la carretera lateral, en medio de una nube de polvo azafranado.

Garrod tuvo la fugaz impresión de un rostro juvenil en la ventanilla del automóvil deportivo, el círculo oscuro de una boca escandalizada, acusadora.

—¡Dios mío! ¿Has visto eso? —Las nítidas facciones de Esther palidecieron momentáneamente—. ¿Has visto eso?

Garrod logró conservar la calma, debido a que su esposa estaba actuando como portavoz de su propio enojo.

—Claro que lo he visto.

—Si no hubieras disminuido la velocidad hace un momento, ese estúpido se nos habría echado encima… —Esther hizo una pausa y volvió la mirada hacia su marido, mientras el pensamiento surgía en su mente—. ¿Por qué ibas más despacio, Alban? Ha sido casi como si supieras que esto iba a ocurrir.

—He aprendido a no confiar en tipos con coches deportivos, eso es todo.

Garrod se echó a reír tranquilamente, pero la pregunta de su esposa le había inquietado más que si no se hubiera hecho un comentario verbal ¿Qué le había impulsado a reducir la velocidad precisamente entonces? El tenía derecho, hasta cierto punto, a estar interesado de forma especial en el Stiletto último modelo: se trataba del primer automóvil producido en serie equipado con un parabrisas Thermgard fabricado en su factoría. Pero eso no explicaba las oleadas de hielo en su subconsciente, la sensación de haber contemplado algo horrible y haber borrado el recuerdo.

—Sabía que debíamos haber ido en el avión oficial —dijo Esther.

—También querías hacer unas cortas vacaciones con el viaje.

—Lo sé, pero no esperaba que…

—Ahí está el aeropuerto —interrumpió Garrod, al tiempo que una alta alambrada aparecía a su izquierda—. Hemos llegado pronto.

Esther asintió de mala gana y se puso a contemplar las balizas y señales auxiliares de la pista, que se habían hecho visibles más allá de la oscilante mancha de los postes de la valla. Era su segundo aniversario de boda, y Garrod tenía la molesta sospecha de que su esposa lamentaba que le arrebataran una gran parte del día por un compromiso de negocios. Pero él no podía hacer nada al respecto…

aunque el dinero de la familia de Esther hubiera salvado de la ruina a la organización Garrod. Los Estados Unidos habían entrado desastrosamente tarde en el campo del transporte supersónico (TSS) civil, pero el Aurora Mach 4 no tardaría en ser puesto en servicio —justo en un momento en que los TSS de otras naciones empezaban a mostrar su edad—, y él, Alban Garrod, había contribuido a ello. Era incapaz de explicar con exactitud por qué le era tan importante estar presente en el primer vuelo público del Aurora, pero sabía que nada le impediría ver al águila de titanio levantando el vuelo y abriéndose camino en lo alto con los ojos que él le había dado.

Al cabo de cinco minutos estuvieron en la puerta principal del aeropuerto de la Sociedad de Constructores de Aeronaves (SCA). Un vigilante, vestido con un uniforme de color blanco tostado, igual que la harina de avena, les saludó y les indicó por señas que entraran, después de ver la invitación de concesionario de Garrod. Avanzaron lentamente por el atestado recinto de la administración. Indicadores de dirección brillantemente pintados relucían con el sol de la mañana, creando un ambiente de feria. Garrod vio chicas rubias de esbeltas piernas por todas partes, todas con los uniformes de las líneas aéreas que habían pasado pedidos adelantados del Aurora.

Esther apoyó una posesiva mano en el muslo de Garrod.

—Encantadoras, ¿no? Empiezo a comprender por qué estabas tan resuelto a venir aquí.

—No habría venido sin ti —mintió Garrod.

Estrechó la rodilla de Esther para dar más fuerza a sus palabras, y notó la repentina rigidez de los músculos de su mujer.

—¡Mira, Alban, mira! —La voz de Esther era agudísima—. Ese debe de ser el Aurora. ¿Por qué no me dijiste que era tan hermoso?

Garrod experimentó una punzada de placer indirecto al avistar aquella forma plateada, un organismo matemático, sensible, futurista y prehistórico al mismo tiempo. No esperaba que Esther apreciara el Aurora, y sus ojos le escocieron en señal de agradecimiento. De pronto, se sentía completamente feliz; el incidente del Stiletto rojo había sido indeciblemente trivial. Otro vigilante les hizo señales para que entraran en la reducida zona de aparcamiento que se había creado al borde de la pista mediante

cuerdas multicolores atadas a soportes portátiles, en consideración a los concesionarios. Garrod salió del coche y respiró profundamente, intentando llenar los pulmones con los colores pastel de la mañana. El ambiente era cálido, evocativamente adornado con tufos de keroseno.

Esther, extasiado, seguía mirando al Aurora, que asomaba más allá de un entoldado rojo y blanco.

—Las ventanillas parecen muy pequeñas.

—Sólo a causa de la escala. ¿Es un avión enorme, sabes? Estamos a más de cuatrocientos metros de distancia.

—Sigo pensando que parece un poco… miope. Es igual que un pájaro que forzase los ojos intentando ver.

Garrod la cogió por el codo y la guió hacia el entoldado.

—La cuestión es que tiene ojos, igual que una aeronave ordinaria. Por eso nuestro Thermgard fue tan importante para el proyecto: permitió a los diseñadores eliminar el peso y complejidad de los blindajes calorífugos usados en el tipo de TSS que está volando actualmente.

—Sólo estaba incordiándole, señor.

Esther abrazó juguetonamente el brazo izquierdo de Alban con los suyos mientras entraban en la sombra relativa del entoldado, y sus menudas y perfectas facciones adquirieron nuevas facetas al sonreír. Con una parte de su mente, Garrod notó que, una vez más, su acaudalada mujer se las había ingeniado para aferrar firme y obviamente su propiedad en el momento en que ambos iban a reunirse con un grupo de extraños; pero él no estaba de humor para poner reparos. Una sensación de nerviosismo empezó a crecer en su interior cuando un hombre alto, de cabello oro y plata, y con un rostro moreno y juvenil, avanzó hacia ellos abriéndose paso e empujones entre el gentío. Era Vernon Maguire, presidente de la Sociedad de Constructores de Aeronaves.

—Me alegro de que pudieras venir, Al. —Maguire miró apreciativamente a Esther—. Y ésta es la niña de Boyd Livingstone, ¿no es así?

—¿Cómo está tu padre, Esther?

—Más atareado que nunca… Ya sabes cómo es él con el trabajo.

Esther estrechó la mano de Maguire.

—Me han dicho que está pensando meterse en política. ¿Sigue tan quisquilloso con el juego?

—Quiere hacer saltar hasta el último hipódromo del país.

Esther sonrió a Maguire, y Garrod se sorprendió al notar un vago asomo de inquietud. Esther no conocía la industria de la aviación; se hallaba presente sólo por cortesía, y sin embargo la atención de Maguire estaba totalmente centrada en ella. Dinero hablando con dinero.

—Dale recuerdos de mi parte, Esther. —Un rasgo de teatral preocupación apareció en el maduro rostro de aspecto juvenil—. Dime, ¿por qué no os habéis traído al viejo?

—No pensamos en pedírselo —dijo Esther—. Pero estoy segura de que habría disfrutado con el primer vuelo del…

—No es el primer vuelo —intervino Garrod, con más severidad de la que pretendía—. Es la primera demostración pública.

—No seas tan duro con la damisela, Al —dijo riendo Maguire, apretando el puño contra el hombro de Garrod—. Además, por lo que respecta a tus cristales, es el primer vuelo.

—¿Sí? Creía que el Thermgard había sido incorporado la semana pasada.

—Así debía ser, Al, pero habíamos adelantado los ensayos de baja velocidad y nos era imposible restar tiempo del programa para cambiar los cristales.

—No lo sabía —dijo Garrod. Inevitablemente, recordó el Stiletto rojo y el sorprendido y acusador rostro de su conductor—. ¿De manera que éste es el primer vuelo con mis cristales?

—Eso acabo de decir. Los incorporamos ayer por la noche, y si no hay tropiezos el Aurora irá con velocidad supersónica el viernes. ¿Por qué no pedís algo de beber y buscáis un asiento ahí delante?

—Tengo cosas que hacer.

Maguire sonrió brevemente y se alejó.

Garrod llamó a una azafata y pidió un zumo de naranja para Esther y un combinado de vodka para él. Se llevaron los vasos al lugar donde habían sido dispuestos asientos en hileras, de cara a la pista. El repentino aumento de intensidad luminosa provocó un ramalazo de dolor en el ojo izquierdo de Garrod, un ojo ultrasensible a los destellos a consecuencia de la irisectomía

practicada cuando él era niño. Se puso unas gafas polarizadas para facilitar la visión. Grupos de hombres y mujeres se encontraban allí, contemplando la actividad que rodeaba a la enorme figura del Aurora, que se cernía sobre ellos. Los remolques que contenían los servicios de tierra estaban apiñados bajo la aeronave, y los técnicos, vestidos con monos blancos, se afanaban en las escaleras que llevaban a la panza del aparato.

Garrod sorbió su bebida, encontrándola fría y con un gusto puro, con cierto amargor extra que sugería una elevada proporción de alcohol. Era bastante temprano para bebidas fuertes, en especial porque a Garrod siempre le había parecido que una bebida matutina producía el mismo efecto que tres por la noche, pero decidió que la ocasión autorizaba un ligero quebrantamiento de las normas. Durante la media hora que pasó antes de que el Aurora estuviera listo para despegar, Garrod se tomó, rápida si bien recatadamente, tres combinados de vodka, y de ese modo logró entrar en un mundo rutilante, tranquilo y optimista, donde personas maravillosas sorbían el fuego del sol que surgía de unos diamantes cóncavos. Representantes de los cuerpos directivos de otras compañías concesionarias iban y venían en jovial sucesión. Wayne Renfrew, jefe de pilotos de pruebas de la SCA, hizo breve acto de presencia, sonriendo con experto desconsuelo mientras rechazaba una bebida.

Renfrew era un hombre de corta estatura, de facciones ordinarias, con una nariz rojiza y el cabello —que raleaba— de corte militar; poseía un abstraído aire de aplomo que recordaba a los demás que él había sido seleccionado para enseñar a volar como un avión a una pieza de maquinaria experimental valorada en dos mil millones de dólares. Garrod se sintió curiosamente exaltado al ver que el piloto le elegía para efectuar un comentario sobre lo mucho que las transparencias Thermgard significaban para el proyecto Aurora. Contempló agradecido a Renfrew cuando éste, caminando con la espalda erguida de un hombre de poca estatura, se alejó hacia un jeep blanco para recorrer los escasos centenares de metros hasta la aeronave.

—¿Te acuerdas de mí? —dijo Esther, celosa—. No sé pilotar un avión, pero soy una excelente cocinera.

Garrod se volvió para mirar a su esposa, preguntándose si aquellas palabras habían transmitido el significado exacto pretendido por ella. Los ojos castaños de Esther se cruzaron con los suyos, y Garrod comprendió que, en la mañana de su segundo aniversario de boda, en una importante solemnidad sociocomercial, Esther estaba insinuando que él tenía tendencias homosexuales, simplemente porque su atención se había apartado de ella unos instantes. Introdujo el hecho en un sumario mental, y a continuación dedicó a su esposa la mejor de sus sonrisas.

—Cariño —dijo afectuosamente—, voy a traerte más bebida.

Esther devolvió la sonrisa al instante, apaciguada.

—Creo que tomaré un martini esta vez.

Garrod se ocupó él mismo de traer la bebida. Estaba poniéndola en la mesa cuando los motores del Aurora emitieron un intenso zumbido, que al cabo de unos segundos se perdió en un retumbo que hizo vibrar el suelo, mientras el encendido acababa de ajustarse. El sonido continuó al mismo nivel durante varios e interminables minutos, aumentó cuando la aeronave empezó a rodar y se hizo casi insoportable en el instante en que el Aurora giró hacia la pista principal y apuntó momentáneamente las toberas en dirección al entoldado. Garrod notó que su cavidad torácica estaba vibrando. Experimentó algo muy similar al pánico de un animal… Después, la aeronave siguió avanzando y se produjo una relativa tranquilidad.

Esther apartó las manos de las orejas.

—¿No es excitante?

Garrod asintió, manteniendo la vista fija en el Aurora. La lustrosa configuración de titanio se arrastró en la distancia —torpe sobre su tren de aterrizaje, igual que una mariposa herida— y lanzó destellos al virar su proa hacia el viento. Con un retraso sorprendentemente insignificante, el Aurora rodó a lo largo de la pista, cobró velocidad y se alzó en el aire. Tormentas de polvo se desplazaron por el terreno detrás del Aurora, mientras la aeronave se preparaba para un vuelo auténtico, recogiendo sus apéndices y alerones, y ladeándose hacia el sur.

—Es maravilloso, Al. —Esther le cogió por el brazo. Me alegro de que me hayas traído.

La garganta de Garrod quedó bloqueada por el orgullo. A su espalda, un altavoz emitió una tos y luego una voz masculina empezó a recitar una descripción no técnica del Aurora. La voz siguió hablando impasible mientras la aeronave desaparecía de la vista en medio de un vibrante azul, y concluyó afirmando que, si bien el Aurora aún no estaba autorizado a llevar pasajeros, la SCA iba a intentar ofrecer a sus invitados una impresión de cómo era volar en el avión, enlazando el sistema de altavoces para el público con la red de comunicaciones.

—Hola, señoras y caballeros —intervino la voz de Renfrew al oír el pie—. El Aurora se encuentra aproximadamente a quince kilómetros al sur de su posición, y volamos a una altura de mil doscientos metros. Estoy preparando el aparato para un viraje a la izquierda, y estaré de nuevo sobre el aeropuerto en poco menos de tres minutos. El Aurora se deja manejar como un sueño, y… —la voz profesionalmente soporífera de Renfrew calló un momento; después volvió con un tono de asombro—. Esta mañana parece un poco lento en su respuesta a las órdenes de control, pero probablemente es debido a la combinación de poca velocidad y aire denso y caliente. Como estaba diciendo…

La afligida voz de Vernon Maguire llenó repentinamente el entoldado.

—Eso es un piloto de pruebas. Lo ponemos a volar para hacer propaganda del Aurora y lo único que hace es esforzarse por encontrar defectos en los malditos mandos de vuelo.

Maguire se echó a reír, y la mayoría de hombres que estaban a su lado le imitaron. Garrod miró fijamente el cielo meridional hasta que vio al Aurora, reluciente como una estrella, un planeta, una luna diminuta que se transformó en una flecha plateada. Pasó ligeramente hacia el este del aeropuerto a unos trescientos metros, volando a baja velocidad, con el morro en lo alto.

—Estoy a punto de efectuar otro viraje a la izquierda. Después haré una pasada a baja velocidad sobre la pista principal, para demostrar las excelentes cualidades de manejo del Aurora en esta sección de la envolvente de vuelo.

La voz de Renfrew sonaba perfectamente normal y falta de énfasis, y la sensación de intranquilidad desapareció de Garrod.

Miró a Esther y vio que había sacado una polvera y estaba empolvándose la nariz.

Ella notó la mirada de su marido e hizo una mueca.

—Una chica tiene que…

La voz de Renfrew surgió del altavoz; toda su somnolencia había desaparecido.

—Otra vez esa lentitud. No me gusta, Joe. Voy a…

Se produjo un fuerte clic al quedar interrumpida la conexión con el sistema de altavoces para el público. Garrod cerró los ojos y vio al Stiletto, el coche deportivo rojo que se acercaba cada vez más a gran velocidad.

—No se dejen arrastrar por la idea de que hay algún tipo de apuro —dijo tranquilizadoramente Maguire—. Wayne Renfrew es el mejor piloto de pruebas de la nación, y ha llegado a serlo mostrándose precavido y seguro. Si desean presenciar un aterrizaje perfecto, observen.

El gentío del entoldado guardó silencio mientras el Aurora atravesaba calmadamente el cielo sobre el extremo norte del aeropuerto, cambiando de forma al bajar el tren de aterrizaje y extenderse los alerones. Se alineó con la pista y avanzó; descendió con rapidez, con el morro mantenido en alto y las ruedas extendiéndose tentativamente hacia el suelo, con el comportamiento característico de todos los aviones de gran velocidad en los últimos momentos del vuelo. El descenso continuó entre la destellante blancura de la pista, y Garrod se dio cuenta de que no era capaz de respirar.

—Nivélalo —susurró un hombre junto a Garrod—. ¡Por el amor de Dios, nivélalo, Wayne!

El Aurora prosiguió bajando con idéntico ritmo, golpeó la pista y dio un salto hacia el cielo, ladeándose. Pareció quedar suspendido durante un segundo, y entonces un ala se inclinó. El tren de aterrizaje del mismo lado se contrajo al volver a topar con el cemento, y la nave tocó la pista, volcó, se deslizó, se retorció.

Múltiples estampidos de cerrojos explosivos retumbaron junto con el aullido del metal cuando el Aurora se deshizo de las alas y su mortífera carga de combustible, dejando que el fuselaje resbalara y patinara por delante igual que una jabalina lanzada a un lago

congelado. Ambas alas, aleteando en rutas separadas, se contorsionaron en el aire, y una de ellas explotó en un surtidor de fuego y humo negro. El fuselaje siguió deslizándose casi un kilómetro más, disipando su energía cinética en rociadas de ardiente metal antes de pararse de mala gana.

Hubo un momento de silencio.

Calma absoluta.

Muy lejos, al otro lado del aeropuerto, las sirenas comenzaron a sonar, mientras Garrod se hundía en su asiento. La cara del muchacho del Stiletto rojo oscilaba en su visión…; una cara de asombro, acusadora.

Garrod hizo que su esposa tomara asiento a su lado.

—Yo lo he hecho —dijo con una voz uniforme, a modo de conversación—. Yo he destruido ese avión.

2

El Centro de Cálculo Leygraf ocupaba un reducidísimo grupo de oficinas en uno de los más antiguos edificios comerciales del centro de Portston. Garrod se adentró en la densa zona de recepción, se aproximó a la mujer de rostro vulgar y aspecto de eficiencia que presidía el despacho y le entregó su tarjeta.

—Me gustaría ver unos minutos al señor Leygraf.

La recepcionista sonrió a modo de excusa.

—Lo lamento… El señor Leygraf está en una reunión, y si usted no está citado…

Garrod sonrió a su vez, y después miró su reloj.

—Son exactamente las cuatro y un minuto. ¿Cierto?

—Pues…, sí.

—Lo que significa que Carl Leygraf está sentado a solas en su oficina sorbiendo su primera bebida del día. La bebida es un aguado whisky con soda en un vaso alto y lleno de hielo, y yo mismo deseo algo parecido. Por favor, hágale saber que estoy aquí.

La mujer vaciló antes de hablar por un intercomunicador. Pocos segundos después, Leygraf surgió del despacho interior con un vaso bañado de humedad en su mano. Era un hombre delgado, descuidadamente vestido, prematuramente calvo y con preocupados ojos grises.

—Entra, Al —dijo—. Llegas justo a tiempo para tomar un trago.

—Lo sé. —Garrod entró en la oficina de Leygraf, una habitación plateada en la que complejos modelos matemáticos de alambre y cuerda ocupaban el lugar de ornamentos—. Me vendría bien un trago. Mi coche se enfadó conmigo a dos manzanas de aquí y tuve que abandonarlo y caminar. ¿Sabes algo de motores de turbina?

—No, pero explícame los síntomas y tal vez se me ocurra algo.

Garrod meneó la cabeza. Una de las cosas que le gustaban de

Leygraf era que estaba preparado para interesarse por cualquier tema del mundo y sostener una conversación al respecto.

—No he venido a verte por eso.

—¿No? Te va el combinado de vodka, ¿verdad?

—Gracias. No demasiado fuerte.

Leygraf preparó la bebida y llevó el vaso al escritorio ante el que se había sentado Garrod.

—¿Aún estás preocupado por esos automóviles Stiletto?

Garrod asintió, pero dio un largo trago de bebida antes de hablar.

—Tengo nuevos datos para ti —dijo al fin.

—¿Por ejemplo…?

—Supongo que habrás oído hablar del accidente del Aurora hace dos días.

—¡Que si he oído hablar! No he escuchado otra cosa, amigo mío. Mi mujer compró nuevas emisiones del SCA el año pasado, siguiendo mi consejo, y está… —Leygraf se interrumpió con el vaso en los labios—. ¿A qué te refieres por nuevos datos?

—El Aurora llevaba vidrios Thermgard.

—Sabía que tenías ese contrato, Al, pero seguramente ese avión llevaría meses volando.

—No con mis cristales incorporados. Los de la Sociedad de Constructores estaban ansiosos por adelantar la parte de baja velocidad del programa de pruebas, así que lo hicieron volar algún tiempo con transparencias convencionales. —Garrod contempló el interior de su vaso y vio las diminutas corrientes de frío líquido con los destellos de los cubitos de hielo—. El vuelo del martes fue el primero con el Thermgard instalado.

—¡Pura coincidencia! —Leygraf resopló enfáticamente—. Oh, vamos ¿qué estás intentando hacerte?

—Viniste a verme, Carl. ¿Recuerdas?

—Sí, lo sé… pero también te dije que se trataba de un caprichoso curso de los cálculos. Cuando analizas algo tan complejo como las exigencias del tráfico urbano, es inevitable que te topes con todo tipo de deportivos…

—En camino al aeropuerto McPherson, Esther y yo casi chocamos con un Stiletto que estaba girando a la izquierda.

—Estás estropeando mi mejor bebida del día —protestó Leygraf afligido, dejando el vaso a un lado—. Sal del problema un momento… ¿Cómo es posible que un nuevo tipo de vidrio para parabrisas cause accidentes? ¡Por amor de Dios, Al! ¿Cómo es posible?

Garrod se encogió de hombros y concentró su mente momentáneamente en uno de los modelos matemáticos, intentando identificar la ecuación que representaba.

—He producido un nuevo tipo de cristal. Más duro que cualquier vidrio conocido. Ni siquiera debería ser transparente, porque refleja energía en prácticamente todas las longitudes de onda del espectro. Sólo las longitudes de onda visibles lo atraviesan. Nada de calor. Así que patenté el mejor material para parabrisas del mundo. —Garrod hablaba absorto; su mente estaba deslizándose sobre las curvas y generatrices del modelo—. Pero supongamos que algún otro tipo de radiación lo atraviesa, que incluso esa radiación se amplifica o concentra. Es algo que no sabemos.

—¿Algo que hace que buenos conductores y pilotos se vuelvan malos? —Leygraf, olvidando obviamente que había renunciado a su bebida, cogió el vaso y apuró el líquido—. ¿Algo que hace que les crezca pelo por toda la cara y que les salgan unos dientes como éstos?

Se metió los nudillos en la boca y agitó los dedos que se proyectaban hacia abajo. Garrod se echó a reír de buena gana.

—No me recuerdes que esto parece una locura. Lo único que pretendo hacer es pensar en otras categorías. Creo haber leído algo sobre una carretera francesa que tenía un punto negro de accidentes y nadie sabía el motivo, ya que se trataba de una de esas rutas rectas, amplias y bordeadas de álamos. Resultó que los álamos estaban espaciados de un modo tal que, si conducías a lo largo de esa carretera al límite de velocidad, el sol que atravesaba los árboles fluctuaba a diez ciclos por segundo.

—¿Y eso qué tiene que ver con…? —Leygraf parecía desconcertado—. ¡Ah, comprendo! El ritmo alfa del cerebro. Hipnosis.

—Exacto. Y luego está la epilepsia. ¿Sabías que no es prudente que un epiléptico intente ajustar un televisor que sufre lentas

oscilaciones luminosas?

Leygraf meneó la cabeza.

—Diferentes tipos de fenómenos, Al.

—Tal vez no. ¿Y si el Thermgard oscila? ¿Y si produce un efecto de pulsación?

—Eso no explicaría el sentido de los virajes. La investigación de mi compañía demostró que prácticamente todos los accidentes de Stilettos ocurrieron durante virajes a la izquierda. Si quieres saber mi opinión, la geometría de la dirección de ese vehículo es sospechosa.

—No —repuso firmemente Garrod—. He visto los informes provisionales.

—Naturalmente, el Aurora estaba virando cuando tuvo el accidente… —Los ojos de Leygraf se habían entreabierto ligeramente—. Podría decirse que un avión gira en el plano vertical cuando aterriza, ¿no es cierto?

—Sí, es lo que se denomina nivelamiento… Pero en este caso Renfrew no lo hizo a tiempo. Casi llevó al Aurora directamente contra el suelo.

Leygraf se puso en pie de un salto.

—¡Giró demasiado tarde! Y eso es lo que tienden a hacer los conductores de Stilettos. Estiman en menos el tiempo que necesitan para cruzar el otro sentido del tráfico. Eso es, Al.

El corazón de Garrod empezó a ensancharse en su pecho.

—Eso es ¿qué?

—El factor común, por supuesto.

—Pero ¿adónde nos lleva eso?

—A ninguna parte… Da validez a tus nuevos datos, eso es todo. Sin embargo, estoy comenzando a inclinarme por tu idea de que el Thermgard afecta a la luz que lo atraviesa. ¿Y si altera la longitud de onda de la luz ordinaria y la convierte en perjudicial? Es probable que un conductor o un piloto enfermo…

Garrod negaba repetidamente con la cabeza.

—En ese caso los colores no serían auténticos al verse a través del material. Los parabrisas han de cumplir con todo tipo de normas, ya sabes.

—Bien, algo hace lentas las reacciones de los conductores —dijo

Leygraf—. Mira, Al, estás jugando con dos factores. Está la misma luz, que es una constante, y está…

—No digas más. ¡No hables!

Garrod aferró los brazos del sillón mientras el suelo parecía inclinarse pesadamente bajo sus pies. Experimentó una fría y punzante sensación en su frente y mejillas, al tratar de expresar la idea que acababa de ocurrírsele, el abismo entre lógica y lenguaje resultó ser un puente demasiado enorme.

Dos horas más tarde, tras un agotador recorrido en una hora punta del tráfico, los dos hombres llegaron al edificio color crema que era el centro de investigación y administración de Transparencias Garrod. Era una magnífica tarde de octubre, y el ambiente era apacible y brumoso, nostálgico. Desde la zona de aparcamiento distinguieron una distante pista de tenis, una gema en medio de un grupo de árboles, en donde blancas figuras jugaban tal vez el último partido de la temporada.

—Eso debería estar haciendo yo —dijo amargamente Leygraf mientras caminaban hacia la entrada principal.

—¿Tienes que mantener tan en secreto el motivo de que me hayas arrastrado hasta aquí?

—No estoy guardando ningún secreto. —Garrod notaba que estaba moviéndose con sumo cuidado, igual que un hombre inseguro de sus pasos—. Simplemente, no deseo influirte de ninguna forma. Voy a enseñarte algo, y tendrás que explicarme qué significa.

Entraron en el edificio y subieron en el ascensor hasta las oficinas de Garrod, situadas en el segundo piso. El edificio parecía desierto, pero un hombre rechoncho, con destornilladores en el bolsillo de su camisa semejando estilográficas, fue a su encuentro en el pasillo.

—Hola, Vince —dijo Garrod—. ¿Te dieron mi mensaje?

Vince asintió.

—Sí, pero no lo entiendo. ¿De verdad quería un tablero para montaje provisional y dos bombillas montadas en él? ¿Y un conmutador rotatorio?

—Eso quería.

Garrod dió una palmada en el hombro a Vince, un gesto de

disculpa por no explicar el misterio, y entró en su despacho. Era una combinación de oficina ejecutiva y sala de diseño, con una mesa de dibujo que compartía el mejor sitio con un gran escritorio desordenado.

Leygraf señaló la pizarra que ocupaba la pared.

—¿Realmente usas eso? Pensaba que sólo salían en las películas. Las viejas películas de William Holden.

—Me ayuda a pensar. Cuando hay un problema expuesto en esa pizarra, puedo comprenderlo y trabajar en él sin importar lo que esté pasando aquí.

Garrod hablaba lentamente mientras examinaba el montaje provisional que había en su escritorio. Consistía en una base de conglomerado que llevaba dos bombillas y un conmutador rotatorio para variar el ritmo de encendido, todo ello conectado mediante cables plásticos y unido a una toma de corriente. «Algún día —pensó Garrod, con una curiosa falta de emoción—, los museos científicos del mundo se enfrentarán en una subasta para quedarse con este trasto.» Conectó el cable a un enchufe de la pared, accionó el conmutador y ambas bombillas brillaron en concordancia. Moviendo ligeramente el mando del conmutador, Garrod ajustó el ciclo de manera tal que las bombillas estuvieran encendidas un segundo, aproximadamente, y apagadas otro segundo.

—Igual que Times Square.

Leygraf respiró ruidosamente para llamar la atención hacia su sarcasmo.

Garrod le cogió por el brazo y lo acercó al escritorio.

—¿Comprendes el circuito que tenemos aquí? Dos bombillas y un interruptor conectados en serie.

—Eso no entraba en mi curso de computadoras del Instituto Técnico de California, pero creo que capto la idea general. Creo que mi mente está expandiéndose para captar la avanzada tecnología involucrada.

—Sólo quería estar seguro de que apreciabas…

—¡Por el amor de Dios, Al! —La paciencia de Leygraf comenzaba a abandonarle—. ¿Qué tengo que apreciar?

—Sólo esto. —Garrod abrió un armario y sacó lo que aparentaba ser un trozo de vidrio ordinario, aunque más bien grueso—.

Thermgard —aclaró.

Llevó el vidrio al escritorio, donde las dos bombillas brillaban intermitentemente en concordancia, y lo puso en posición vertical delante del tablero, de tal forma que sólo una de las bombillas era visible a través del cristal.

—¿Cómo se comportan las bombillas ahora?

Garrod no las miró.

—¿Cómo van a comportarse, Al? No has hecho nada que… ¡Oh, Dios!

—Precisamente.

Garrod se inclinó hacia un lado y observó las dos luces aproximadamente bajo el mismo ángulo que Leygraf. La bombilla que estaba detrás del vidrio seguía emitiendo sus resplandores de un segundo, pero no seguía el ritmo de la otra. Apartó el cristal y ambas bombillas volvieron a concordar. Colocó de nuevo el vidrio y se desfasaron.

—Nunca lo hubiera creído —dijo Leygraf.

—¿Recuerdas que dije que el Thermgard no tenía derecho a ser transparente? Al parecer, incluso la luz tiene dificultad para atravesarlo…, tanta dificultad que el recorrido de cuatro centímetros a través de este fragmento de material le cuesta casi un segundo. Por eso los conductores de Stilettos han estado envueltos en tantos accidentes, y por eso el piloto del Aurora estuvo a punto de estrellar el aparato contra el suelo. Esos hombres estaban discordes con sus alrededores, Carl. ¡Estaban viendo el mundo tal como era un segundo antes!

—¿Pero por qué el efecto aparece tan de cuando en cuando?

—Se habrá manifestado en otras circunstancias, causando erróneos juicios de distancia y probablemente algunas colisiones entre parachoques de coches que iban en la misma dirección. Pero en esos casos las velocidades relativas son pequeñas, y no producirían excesivos daños. El accidente sólo ocurre cuando un conductor efectúa inoportunamente un viraje que cruza el otro sentido del tráfico (y nuestra exactitud al juzgar las fracciones de segundo es sorprendente en esos virajes, Carl), porque entonces las velocidades son elevadas y el resultado es desastroso.

—¿Y cuando se gira en una esquina?

—Las velocidades son bajas, y la esquina no está precipitándose hacia ti a cien kilómetros por hora. Además, es probable que al girar en una esquina el conductor esté mirando también la acera por la ventanilla y compensando la desigualdad de un modo instintivo. Pero cuando vira para cruzar el otro sentido del tráfico sus ojos están fijos exclusivamente en el coche que se aproxima, el coche visible a través de su parabrisas, y sus ojos reciben una información errónea.

Leygraf se acarició el mentón.

—Supongo que todo esto puede aplicarse a la aviación.

—Exacto. En un vuelo en línea recta el retraso tendría poca importancia, y no olvides que el Aurora tenía el cielo a su disposición; pero un viraje aumenta el fenómeno.

—¿Cómo?

—Simple trigonometría. Si un piloto está en línea con el pico de una montaña a cien kilómetros de distancia e inicia una desviación de dos grados, el pico debería apartarse de su rumbo unos…, unos. Vamos, Carl, tú eres el matemático.

—Ah…, dos o tres kilómetros.

—Eso constituye para el piloto un indicador muy sensible para efectuar un viraje o prescindir de él. Y por supuesto, en la fase de nivelamiento del aterrizaje, con el avión a escasos metros del suelo y todavía volando a trescientos kilómetros por hora…

Leygraf pensó durante un momento.

—¿Sabes una cosa? Podrías tener algo fantástico en tus manos si continúas desarrollando este material ¿crees que podrías prolongar el retraso hasta el punto de que fuera obvio?

—Eso es lo que voy a averiguar —replicó Garrod.

—¿En esto has estado trabajando tantas semanas? —Esther Garrod contempló dubitativa el rectángulo de vidrio que cubría la mano derecha de su marido—. Parece un vulgar trozo de vidrio.

—Pero no lo es. —Garrod se deleitó infantilmente en prolongar el momento—. Se trata de… vidrio lento.

Intentó identificar la expresión del rostro nítido y diamantino de su esposa, negándose a aceptar que fuera de hostilidad.

—Vidrio lento. Ojalá comprendiera lo que te ha ocurrido, Alban. Dijiste por teléfono que me traías un trozo de cristal con un grosor

de tres millones de kilómetros.

—Este cristal tiene tres millones de kilómetros de espesor…, por lo que atañe a un rayo luminoso. —Garrod se dio cuenta de que estaba empleando el enfoque incorrecto, pero no sabía decidir cómo cambiar su curso—. Para explicarlo de otro modo, este trozo de vidrio tiene un espesor de casi once segundos-luz.

Los labios de Esther se movieron en silencio y la mujer se apartó hacia la ventana, tras la cual relucía una solitaria haya, igual que una hoguera bajo el sol del atardecer.

—Mira, Esther —dijo Garrod de un modo apremiante.

Sostuvo firmemente el rectángulo cristalino con su mano izquierda y con gran rapidez apartó la mano derecha que había estado debajo del vidrio. Esther miró la mano y chilló al ver que había otra mano derecha encerrada en el cristal.

—Lo siento —se excusó débilmente Garrod—. Ha sido una tontería. Había olvidado la sensación de la primera vez.

Esther contempló el vidrio hasta que la mano que contenía, una mano que se movía con vida propia, se desplazó violentamente a un lado y dejó de existir.

—¿Qué has hecho?

—Nada, cariño. Sostuve la mano detrás del vidrio hasta que su imagen, la luz reflejada por la mano, lo atravesó. Se trata de un tipo especial de vidrio que la luz tarda once segundos en recorrer, de forma que la imagen ha sido visible once segundos después de que mi mano se había retirado. No tiene nada de espantoso.

Esther meneó la cabeza.

—No me gusta.

Garrod experimentó el inicio de una especie de desesperación.

—Esther, vas a ser la primera mujer en toda la historia de la raza humana que va a ver su cara como es en realidad. Mira hacia el vidrio, por favor.

Sostuvo el cristal rectangular ante ella.

—Eso es una tontería. Me he mirado al espejo…

—No es una tontería… Mírate. La razón por la que digo que ninguna mujer ha visto realmente su cara es que un espejo invierte el lado izquierdo y el lado derecho. Si tuvieras un lunar en la mejilla izquierda, la mujer que verías en el espejo tendría un lunar

en la mejilla derecha. Pero con vidrio lento…

Garrod hizo girar el vidrio, y Esther contempló su propia cara. Su imagen persistió durante once segundos, moviendo la boca silenciosamente, hasta que la luz recorrió la estructura cristalina del material. A continuación, el rostro desapareció. Garrod esperó a que su esposa dijera algo. Esther sonrió lánguidamente.

—¿Se supone que debo estar impresionada?

—Francamente, sí.

—Lo siento, Alban.

Esther volvió a la ventana y se quedó contemplando la descendente panorámica de los prados. Al contemplar la silueta femenina, Garrod notó que los brazos pendían del cuerpo, con los codos ligeramente doblados. Recordaba de las clases de antropología que se trataba de una diferenciación normal del varón, cuyos brazos se esperaba que colgaran rectos, pero ese detalle hacía que la compacta forma de Esther pareciera, en la imaginación de Garrod, agresiva, en tensión para ejercer su control. Un pálido y frío principio de cólera empezó a arder en el interior de Garrod.

—Lo sientes… —dijo abruptamente—. Bien, yo también lo siento. Siento que no poseas la visión para comprender cuánto va a significar este material para nosotros y el resto del mundo en cuanto esté completamente desarrollado.

Esther se volvió para mirarle a la cara.

—No quería mencionar esto por la noche, ya que ambos estamos cansados, pero puesto que has mencionado el tema…

—Adelante.

—La semana pasada estuve hablando de cuentas con Manson y me dijo que planeabas unos costos de investigación y desarrollo superiores al millón para tu… vidrio lento. —Dedicó una triste sonrisa a su marido—. Te darás cuenta, claro, de que eso es indeciblemente disparatado.

—No veo por qué.

—No veo por qué —repitió burlonamente Esther— ¿Es que no ves que ninguna treta comercial vale tanto dinero?

—Lo siento por ti, Esther, de veras.

—No lo sientas. —Su voz fue ganando riqueza y calidez conforme mostraba la carta de triunfo que durante sus dos años de

matrimonio había sido preparada con frecuencia pero jamás expuesta sobre la mesa—. Me temo que no puedo permitir que seas tan descuidado con el dinero de papá.

Garrod respiró profundamente. Había temido ese momento desde hacía días, pero precisamente cuando se hacía realidad notaba un curioso júbilo por poder desempeñar su papel en esa insignificante escena.

—¿Has hablado con Manson en los dos últimos días?

—No.

—Le daré una reprimenda de tu parte… No tiene éxito como espía comercial.

Esther levantó los ojos hacia su marido, repentinamente circunspecta.

—¿De qué estás hablando?

—Manson debería haberte informado de que esta semana he cedido en alquiler un par de patentes secundarias de Thermgard. Se hizo en secreto, desde luego, pero él debería haberse enterado.

—¿Eso es todo? Escucha, Alban, el hecho de que por fin te las hayas arreglado para ganar unos cuantos dólares en el acto no significa…

—Cinco millones —dijo Garrod, risueño.

—¿Qué?

El color había desaparecido del rostro de Esther.

—Cinco millones. He saldado cuentas con tu padre esta tarde. —Garrod observó cómo se abría la boca de su esposa, y una parte de su mente reparó en que aquel embobamiento, aquel asombro de blancos dientes hacía que su mujer pareciera más hermosa que en cualquier otra ocasión que él recordara—. Tu padre se quedó casi tan sorprendido como tú ahora.

—No estoy sorprendida por eso. —Esther, siempre experta en la lucha cuerpo a cuerpo, cambió de táctica inmediatamente—. No entiendo cómo te las has arreglado para conseguir cinco millones con un material para parabrisas que es inútil para parabrisas, pero lo has logrado usando el dinero de papá como trampolín; no olvides que él te permitió disponer de un préstamo no garantizado con unos intereses mínimos. Un caballero le habría ofrecido la oportunidad…

—¿De comprar algo sólido? Lo siento, Esther. Thermgard me

pertenece. A mí solo.

—No llegarás a ninguna parte con eso —predijo ella—. Perderás hasta el último centavo.

—¿Eso piensas?

Garrod se acercó a la ventana, apoyó en ella el cristal rectangular y después se retiró a grandes zancadas hacia la parte más oscura de la habitación. Cuando se volvió para mirar a Esther, ésta dio un paso atrás y se cubrió los ojos. En sus manos, centelleando con aquella magnificencia oro y rojo, Garrod sostenía el sol poniente.

PRIMERA LUZ SECUNDARIA: Luz de otros días

Tras dejar el pueblo atrás, seguimos las peligrosas curvas de la carretera hacia un territorio de vidrio lento.

Yo no había visto nunca una de las granjas, y al principio las encontré ligeramente misteriosas, un efecto reforzado por la imaginación y las circunstancias. La turbina del coche giraba suave y silenciosamente en el húmedo ambiente, de manera que parecía que nos estaban transportando sobre los repliegues de la carretera en una especie de silencio sobrenatural. A nuestra derecha, la montaña se cernía sobre un perfecto valle de intemporales pinares, y por todas partes se alzaban las grandes estructuras de vidrio lento, bebiendo luz. Un ocasional destello del sol de la tarde sobre el arrostramiento de las estructuras creó una ilusión de movimiento, pero en realidad los armazones estaban desamparados. Las hileras de ventanas habían estado durante años en la falda de la montaña, mirando fijamente al valle, y los hombres sólo las limpiaban en plena noche, cuando su humana presencia no importaba al sediento cristal.

Eran fascinantes, pero Selina y yo no mencionamos las ventanas. Creo que nos odiábamos tanto que ninguno de los dos tenía ganas de ensuciar algo nuevo al introducirlo en el nexo de nuestras emociones. Había empezado a comprender que las vacaciones eran ante todo una idea estúpida. Yo había pensado que lo curarían todo pero, por supuesto, no impedían que Selina estuviese embarazada y, peor todavía, ni siquiera evitaban que ella estuviera enfadada por culpa de su embarazo.

Al racionalizar nuestra consternación por su estado, habíamos propalado las frases usuales en el sentido de que sí que deseábamos

tener hijos, pero más tarde, en el momento adecuado. El embarazo de Selina nos había costado su bien remunerado empleo y, con él, la nueva casa que estábamos negociando y que superaba con creces el alcance de mis ingresos como poeta. Sin embargo, la fuente real de nuestro disgusto era que nos hallábamos cara a cara con la comprensión de que la gente que dice querer hijos más tarde siempre se refiere a que nos los desean nunca. Nuestros nervios estaban vibrando con el conocimiento de que nosotros, que nos habíamos creído tan únicos, habíamos caído en la misma trampa biológica que cualquier descuidada criatura en celo.

La carretera nos llevó por las laderas meridionales de Ben Cruachan hasta que empezamos a vislumbrar el distante y grisáceo Atlántico. Yo acababa de reducir la velocidad para absorber mejor el paisaje cuando reparé en el letrero clavado en el pilar de un portillo. Decía «VIDRIO LENTO. Alta calidad, bajos precios. J. R. Hagan». Llevado por un impulso, detuve el coche al borde de la carretera, sobresaltándome un poco al oír los matorrales que fustigaban ruidosamente la carrocería.

—¿Por qué nos hemos parado?

La cercana cabeza de Selina, con el cabello de un plateado grisáceo, se volvió, sorprendida.

—Mira ese letrero. Vamos a ver qué hay. El material podría tener un precio razonable.

La voz de Selina sonó agudísima en su desdén cuando se negó, pero yo estaba muy cautivado por mi idea y no presté atención. Tenía la ilógica convicción de que hacer algo extravagante y alocado arreglaría nuestra situación.

—Vamos —insistí—, tal vez el ejercicio nos siente bien. De todas formas llevamos demasiado tiempo en el coche.

Ella hizo un gesto de indiferencia que me hirió, y salió del automóvil. Descendimos por una senda formada por irregulares escalones de barro apisonado salpicados aquí y allá por grupos de árboles jóvenes. El camino se torcía entre los árboles que revestían la falda de la montaña, y al final encontramos una casa de campo de aspecto vulgar. Más allá del pequeño edificio de piedra, estructuras de vidrio lento de gran altura contemplaban el asombroso paisaje del laborioso descenso del Cruachan hacia las

aguas del lago Linnhe. La mayoría de las láminas eran perfectamente transparentes, aunque algunas estaban oscuras, como tableros de ébano pulido.

Cuando nos aproximábamos a la casa a través de un limpio patio pavimentado con guijarros, un hombre alto y de edad madura que vestía un traje de cheviot color ceniza se levantó y nos saludó agitando las manos. Había estado sentado en el bajo muro de piedra bruta que delimitaba el patio, fumando en pipa y mirando fijamente la casa. En la ventana delantera de la casa de campo se hallaba una mujer joven con un vestido color de mandarina y un niño de corta edad en sus brazos, pero se volvió despreocupadamente y desapareció de nuestra vista mientras nos acercábamos.

—¿El señor Hagan? —conjeturé.

—Exactamente. Vienen a ver vidrio, ¿verdad? Bueno, han venido al sitio adecuado.

Hagan hablaba con un acento preciso, con trazas del puro lenguaje de las Highlands escocesas, que tan parecido resulta al irlandés para el oído desacostumbrado. Tenía una de esas caras de sereno desánimo que se encuentran entre viejos filósofos y peones camineros.

—Sí —dije yo—. Estamos de vacaciones. Hemos visto su letrero.

Selina, que suele tener una labia natural con los extraños, no decía nada. Estaba mirando la ventana ya vacía con lo que yo creí era una expresión de ligera perplejidad.

—De Londres, —¿no? Bueno, tal como he dicho, han venido al sitio adecuado… Y además en el momento adecuado. Mi esposa y yo no vemos mucha gente tan al principio de la estación.

Me eché a reír.

—¿Significa eso que podremos comprar un vidrio pequeño sin tener que hipotecar nuestro hogar?

—Le diré una cosa —manifestó Hagan, sonriendo débilmente—. He desperdiciado todas las posibles ganancias de las ventas. Rose, mi mujer, dice que nunca aprenderé. De todas formas, sentémonos y discutamos. —Señaló la cerca de piedra bruta y luego miró inciertamente la inmaculada falda azul de Selina—. Aguarden a que traiga una manta de la casa.

Hagan caminó renqueante y rápidamente hacia la casita

campestre, cerrando la puerta después de entrar.

—Quizá no haya sido una idea tan maravillosa acercarse hasta aquí —susurré a Selina—, pero al menos podrías mostrarte agradable con ese hombre. Esto me huele a ganga.

—Vaya esperanza —dijo ella con deliberada aspereza—. Incluso tú debes de haberte dado cuenta del anticuado vestido que lleva su esposa. No hará muchos regalos a los extraños.

—¿Era su esposa?

—Claro que era su esposa.

—Vaya, vaya —dije sorprendido—. En cualquier caso, intenta mostrarte cortés con él. No quiero estar incómodo.

Selina contestó con un resoplido, pero sonrió inocentemente cuando Hagan reapareció, y yo me tranquilicé un poco. Es extraño que un hombre pueda amar a una mujer y al mismo tiempo rezar porque la arrolle un tren.

Hagan extendió una manta de tartán sobre la cerca de piedra y nos sentamos, sintiéndonos un poco cohibidos al vernos trasladados de nuestra vida de orientación urbana a una escena rural. En la distante pizarra del lago Linnhe, más allá de las expectantes estructuras de vidrio lento, un vapor trazaba una línea blanca en su lento movimiento hacia el sur. El furioso viento de la montaña casi parecía invadir nuestros pulmones, dándonos más oxígeno del que requeríamos.

—Algunos de los granjeros que se dedican al vidrio ofrecen a los extraños —empezó a decir Hagan—, a gente como ustedes, una charla comercial sobre lo maravilloso que es el otoño en esta parte de Argyll. O la primavera. O el verano. Yo no hago eso… Cualquier imbécil sabe que un lugar que no tiene buen aspecto en verano jamás tendrá buen aspecto. ¿Qué opinan?

Asentí dócilmente.

—Quiero que eche una buena mirada hacia Mull, señor…

—Garland.

—…Garland. Eso es lo que comprarán si se quedan con mi cristal, y nunca tiene un aspecto mejor que el presente. Mis vidrios están en fase perfecta; ninguno de ellos tiene un grosor inferior a diez años… Y una ventana de metro veinte les costará doscientas libras. —¡Doscientas! —Selina estaba asombrada—. Eso es tanto

como lo que cobran en la tienda de ventanoramas de la calle Bond.

Hagan sonrió pacientemente, y luego me miró con atención para comprobar si mis conocimientos sobre vidrio lento me permitían apreciar lo que él había dicho. El precio era superior al que yo esperaba, pero… ¡diez años de grosor! El vidrio barato que se encontraba en sitios como Vistaplex y Panelorama consistía por lo general en un fragmento de cristal ordinario de seis milímetros de espesor revestido de una hoja de vidrio lento que quizá sólo tenía diez o doce meses de espesor.

—Tú no lo comprendes, querida —dije, ya resuelto a comprar—. Este vidrio durará diez años, y está en fase.

—Eso sólo significa que funciona bien.

Hagan volvió a dedicarle una sonrisa, dándose cuenta de que no tenía necesidad de ocuparse de mí.

—¡Sólo, dice usted! Perdóneme, señora Garland, pero parece que usted no aprecia el milagro, el genuino milagro de la precisión necesaria para producir un fragmento de vidrio en fase. Cuando digo que el cristal tiene un grosor de diez años me refiero a que a la luz le cuesta diez años atravesarlo. De hecho, todas estas hojas tienen un grosor de diez años, más del doble de la distancia a la estrella más próxima, de manera que una variación de sólo una milésima de milímetro en su espesor actual…

Dejó de hablar un instante y miró tranquilamente hacia la casa. Aparté mis ojos del paisaje del lago Linnhe y vi que la mujer joven estaba de nuevo en la ventana. Los ojos de Hagan estaban henchidos de una especie de ávida admiración que me hizo sentir incómodo y que al mismo tiempo me convenció de que Selina se había equivocado. Según mi experiencia, los maridos nunca miran así a las esposas, al menos no a las suyas.

La muchacha permaneció visible unos instantes, con el vestido resplandeciendo cálidamente, y después volvió a entrar en la habitación. De repente tuve la clara si bien inexplicable impresión de que era ciega. Mi sensación era que Selina y yo estábamos actuando torpemente en medio de una interacción emocional tan violenta como la nuestra.

—Lo siento —continuó Hagan—, creía que Rose iba a llamarme para alguna cosa. Bien, ¿por dónde iba, señora Garland? Diez años-

luz comprimidos en seis milímetros significa…

Dejé de escuchar, en parte porque ya estaba convencido y en parte porque ya había oído la historia del vidrio lento en numerosas ocasiones anteriores y aún no había logrado comprender los principios implicados. Un conocido con instrucción científica intentó mostrarse servicial una vez diciéndome que visualizara una hoja de vidrio lento como un holograma que no precisaba de la luz coherente de un láser para la reconstrucción de su información visual, y en el que todos los fotones de la luz ordinaria atravesaban un túnel en espiral, devanado en la parte externa del radio de captación de todos y cada uno de los átomos del vidrio. Esta joya de incomprensibilidad —para mí— no sólo no me aclaró nada sino que además me convenció de nuevo de que una mente tan poco técnica como la mía debía preocuparse menos de las causas que de los efectos.

El efecto más importante, bajo el punto de vista del individuo normal, era que la luz empleaba mucho tiempo en atravesar una hoja de vidrio lento. Un fragmento nuevo siempre era negro azabache, debido a que aún no había sido atravesado por nada, pero era posible poner el cristal cerca de un lago, por ejemplo, en medio de un bosque hasta que la escena surgía un año más tarde. Si el vidrio se retiraba entonces y se instalaba en un deprimente piso urbano, durante un año ese piso parecería tener vistas al lago en medio del bosque. Durante un año entero sería meramente un cuadro muy realista si bien silencioso: el agua se rizaría bajo el sol, silentes animales se acercarían a beber, los pájaros cruzarían el cielo, la noche seguiría al día, las estaciones se sucederían… Hasta que un día, un año después, la belleza contenida en los conductos subatómicos se agotaría, y reaparecería el gris y familiar paisaje urbano.

Aparte de su prodigioso valor como novedad, el éxito comercial del vidrio lento residía en el hecho de que poseer una ventanorama era el equivalente emotivo exacto a poseer tierra. El más miserable cavernícola podía contemplar nebulosos parques, y… ¿quién iba a decir que no le pertenecían? Un hombre que realmente posee fincas y jardines hechos a la medida no pierde el tiempo arrastrándose por su terreno, palpándole, olfateándolo y saboreándolo para demostrar

su calidad de propietario. Lo único que recibe de la tierra son formas luminosas, y en el caso de las ventanoramas tales formas podían recogerse en minas de carbón, submarinos, celdas de presos…

En diversas ocasiones he intentado escribir breves composiciones acerca del cristal encantado pero, para mí, el tema es tan inefablemente poético como para quedar, de un modo paradójico, fuera del alcance de la poesía, o al menos del alcance de mi poesía. Además, las mejores canciones y poesías ya han sido escritas, con presciente inspiración, por hombres fallecidos mucho antes de que el vidrio lento se descubriera. Yo no tenía esperanzas de igualar, por ejemplo, a Moore:

> *Muchas veces, de la noche en la quietud,*
> *antes que me ate la cadena del sopor,*
> *gratos recuerdos trae la luz*
> *de otros días a mi alrededor…*

Sólo fueron precisos unos años para que el vidrio lento pasara de curiosidad científica a industria considerable. Y para gran asombro de nosotros, los poetas —los que seguimos convencidos de que la belleza sobrevive aunque mueran los lirios—, los atavíos de esa industria no eran distintos de los de cualquier otra. Había excelentes ventanoramas que costaban mucho dinero, y había ventanoramas inferiores que valían bastante menos. El espesor, medido en años, era factor importante del costo, pero también existía el problema del espesor real, o fase.

Incluso con las técnicas de producción más complejas, el control del grosor disponible era más bien una cuestión de azar. Una burda discrepancia podía significar que una hoja de vidrio con un grosor supuesto de cinco años fuera en realidad de cinco y medio, de modo que la luz que entraba en verano surgía en invierno; una discrepancia mínima podía significar que el sol de mediodía saliera a medianoche. Estas incompatibilidades poseían su peculiar encanto —muchos trabajadores nocturnos, por ejemplo, disfrutaban con sus husos horarios privados—, pero en general era más costoso comprar ventanoramas que mantuvieran gran concordancia con el tiempo

real.

Selina seguía pareciendo poco convencida cuando Hagan acabó de hablar. Meneó la cabeza de un modo casi imperceptible, y supe que el vendedor había usado una táctica errónea. De repente, el sombrero de mi esposa se desarregló a causa de una fría ráfaga de viento, y grandes gotas de lluvia empezaron a efectuar acrobacias a nuestro alrededor, caídas de un cielo casi despejado.

—Le daré un cheque ahora —dije abruptamente, y vi que los verdes ojos de Selina concentraban su enojo en mi rostro—. ¿Puede ocuparse de la entrega?

—Sí, la entrega no es problema —dijo Hagan, poniéndose de pie—. Pero ¿no preferirían llevarse el cristal ustedes mismos?

—Bueno, sí…, si no le importa.

Yo estaba avergonzado por la disposición de Hagan a confiar en mi cheque.

—Voy a separar una hoja para ustedes. Esperen aquí. No se pierde mucho tiempo en meter el cristal en un marco.

Hagan se marchó cojeando ladera abajo en dirección a las ventanas dispuestas en serie, las cuales reflejaban diversas vistas del lago Linnhe: el paisaje era soleado en unas, nuboso en otras y totalmente negro en algunas.

Selina se apretó a la garganta el cuello de la blusa.

—Lo mínimo que podía haber hecho es invitamos a entrar. Es imposible que pasen por aquí tantos imbéciles como para que se pueda permitir el lujo de no atenderlos.

Intenté ignorar el insulto y concentrarme en rellenar el cheque. Una de las descomunales gotas se deshizo en mis nudillos, salpicando el papel rosado.

—Perfectamente —dije—, pongámonos debajo del alero hasta que él vuelva.

«Eres una zorra —pensé, mientras sentía que todo aquello iba por muy mal camino—. Tuve que ser un imbécil para casarme contigo. Un imbécil de remate, imbécil de imbéciles… Y ahora que has atrapado una parte de mí dentro de ti, nunca más, nunca más, nunca más podré escaparme.»

Al notar que mi estómago se contraía dolorosamente, corrí detrás de Selina hacia el refugio de la casa de campo. Al otro lado

de la ventana, el aseado cuarto de estar, con su fuego de carbón, estaba vacío, aunque con los juguetes del niño esparcidos en el suelo. Cubos con letras y una carretilla de idéntico color al de una zanahoria recién pelada. Mientras yo observaba el interior, el chico salió corriendo de la otra habitación y se puso a dar patadas a los cubos. No advirtió mi presencia. Pocos instantes después entró la mujer joven y cogió al pequeño, riéndose con toda naturalidad, abiertamente. Con el niño colgando bajo su brazo, se acercó a la ventana igual que antes. Yo sonreí tímidamente, pero ninguno de los dos respondió.

Mi frente experimentó una helada punzada. «¿Es posible que los dos sean ciegos?» Me alejé silenciosamente.

Selina dio un chillido y yo me volví hacia ella.

—¡La manta! —exclamó—. Se está mojando.

Corrió por el patio en medio de la lluvia, agarró el rectángulo rojizo de la abigarrada cerca y volvió a correr hacia la puerta de la casa. Algo se agitaba de un modo convulsivo en mi subconsciente.

—¡Selina! —grité—. ¡No la abras!

Pero era demasiado tarde. Había empujado la cerrada puerta de madera y, con una mano en la boca, estaba mirando el interior de la casa. Me acerqué a mi mujer y cogí la manta que colgaba de sus dedos.

Al cerrar la puerta dejé que mis ojos recorrieran el interior de la casita. El aseado cuarto de estar en que yo acababa de ver a la mujer y al niño era en realidad un repugnante revoltijo de muebles deteriorados, periódicos atrasados, ropa inservible y platos mugrientos. La habitación era húmeda y maloliente, y estaba enormemente abandonada. El único objeto que reconocí, por haberío visto al otro lado de la ventana, era la carretilla, rota y sin pintura.

Cerré firmemente la puerta y me ordené a mí mismo olvidar lo que había visto. Algunos hombres que viven solos cuidan bien sus casas; otros no saben cómo hacerlo. La faz de Selina estaba pálida.

—No comprendo. No lo comprendo.

—El vidrio lento funciona en ambas direcciones —dije en voz baja—. La luz sale de una casa del mismo modo que entra.

—¿Pretendes decir…?

—No lo sé. No es cosa nuestra. Y ahora, cálmate… Hagan vuelve con nuestro cristal.

La agitación de mi estómago estaba amainando.

Hagan entró en el patio sosteniendo un armazón oblongo cubierto de plástico. Le tendía el cheque, pero él estaba mirando fijamente la cara de Selina. Dio la impresión de saber al instante que nuestros inciertos dedos habían explorado su alma. Selina evitó su mirada. Mi esposa parecía haber envejecido y estar enferma, y sus ojos contemplaban decididamente el horizonte circundante.

—Yo cogeré la manta, señor Garland —dijo finalmente Hagan—. No hacía falta que se molestara.

—No tiene importancia. Aquí está el cheque.

—Gracias. —Seguía mirando a Selina con un extraño aire de súplica—. Ha sido un placer tratar con usted.

—Lo mismo digo —contesté con idéntica y absurda formalidad.

Recogí el pesado armazón y guié a Selina hacia el camino que llevaba a la carretera. En el mismo instante en que llegábamos a la parte superior de los ahora resbaladizos escalones, Hagan habló de nuevo.

—¡Señor Garland!

Me volví de mala gana.

—No fue por mi culpa —dijo con firmeza—. Un conductor que luego se dio a la fuga los atropelló en la carretera de Oban, hace seis años. Mi chico sólo tenía siete cuando sucedió eso. Tengo derecho a conservar algo.

Asentí mudamente y avancé por la senda, muy apretado a mi esposa, atesorando la sensación de sus brazos rodeándome. Miré hacia atrás en medio de la lluvia al llegar a la curva y vi que Hagan estaba sentado con la espalda muy erguida en la cerca de piedra donde le habíamos encontrado la primera vez.

Se hallaba contemplando la casa, pero me fue imposible saber si había alguien en la ventana.

3

En la mañana de su decimoprimer aniversario de boda Garrod tenía una importante cita programada en el Pentágono. Deseaba estar lo mejor preparado posible, y por eso había decidido viajar en avión a Washington la tarde anterior. Esther puso rutinarios reparos para que guardara las apariencias con las desairadas personas que había invitado a cenar, pero Garrod ya lo esperaba, y se ocupó de los invitados sin ningún problema. Su transporte privado despegó de Portston a las siete de la tarde, adquirió velocidad supersónica pocos momentos después y ajustó su ruta a una altitud de quince kilómetros para los noventa minutos de vuelo hacia el este.

El ascenso hasta altitud de crucero siempre alborozaba a Garrod; en cierta ocasión había calculado que si alguien que sobrevolase el aeropuerto a quince mil metros de altura dejaba caer una roca, el jet de Garrod podría despegar en el mismo instante y alcanzar al intruso antes de que la roca llegara al suelo. Se desabrochó el cinturón de seguridad, miró por las ventanillas —de Thermgard homologado con una dilación nula— los dominios de la nubes iluminadas por el sol, muy por debajo, y se preguntó qué debía hacer con Esther.

Habían transcurrido nueve años desde que devolviera la pelota a su esposa con su brusca metamorfosis de ingeniero y químico sin éxito (con un negocio que habría quebrado sin la transfusión del dinero de Livingstone) al multimillonario independiente que podía comprar y vender a toda su familia. Esos años habían sido enormemente satisfactorios para Garrod a casi todos los niveles que era capaz de imaginar; sin embargo, aunque resultara increíble, recordaba los dos primeros años de matrimonio con cierta nostalgia.

La relación con Esther se había resquebrajado gravemente por culpa de la necesidad de su mujer de tratarle como a una

propiedad, pero eso había sido una realidad existencias. Había existido un vínculo estrecho y fuerte que, por su misma constricción, había compensado de una forma curiosa la incapacidad de Garrod para experimentar amor real o mostrarse posesivo y celoso: todo lo que Esther le había exigido. En el presente, lógicamente, ella no exigía nada. Al parecer, una profunda sensación de inseguridad evitaba que Esther entablara una relación sin tener a los potentes batallones de su lado, a punto de enfrentarse a hechos imprevistos. Desde que él obtuviera su independencia financiera, había formado con su esposa una especie de sol binario: dos componentes vinculados, que se influían en sus respectivos movimientos, pero que jamás establecían contacto. Garrod había considerado el divorcio, mas ni las desventajas de su existencia cotidiana ni la atracción de otra distinta habían tenido fuerza suficiente para impulsarle a actuar.

Como de costumbre, el esfuerzo de intentar pensar de una forma constructiva en su vida sentimental, o en su carencia de dicha vida, provocó una fastidiosa impaciencia. Abrió su maletín para preparar la reunión de la mañana y dudó al ver las carpetas confidenciales, todas ellas con una etiqueta roja que decía: «¡SECRETO! ESTA CARPETA PUEDE ABRIRSE ÚNICAMENTE EN AMBIENTES APROBADOS, CONDICIONES DE LUZ NULA O AL ABRIGO DE UNA CUBIERTA CERTIFICADA DE SEGURIDAD TIPO US 183».

Garrod vaciló un instante. La cubierta de seguridad estaba cuidadosamente enrollada en el compartimento adecuado del maletín, pero la idea de desplegar su forma de colmena y colocarse en la frente la cinta auxiliar con su minúscula luz resultaba repentinamente fastidiosa. Examinó el interior de la aeronave preguntándose si sería prudente trabajar al descubierto, y entonces se dio cuenta de que estaba engañándose si pensaba detectar un espía de vidrio. El vidrio lento —denominado oficialmente retardita— había sustituido a las cámaras en la totalidad de actividades de espionaje, y se sabía que los agentes operaban fructíferamente con minúsculas varillas de retardita introducidas en sus poros a manera de espinillas. Al volver a su base, el agente se limitaba a quitarse la peca de cristal, la cual, sometida a amplificación, volvía a mostrar todo lo que había «visto» durante su periodo de dilación. Cualquier

persona, incluido el piloto personal de Garrod, podía haber metido una aguja de vidrio lento en el material que guarnecía el techo del avión, y Garrod no tenía la menor esperanza de encontrarla. Tras cerrar el maletín, tomó la decisión de reposar un poco.

—Voy a dormir un rato, Lou —dijo por el intercomunicador—. Llámeme quince minutos antes del aterrizaje. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, señor Garrod.

Garrod abatió por completo su asiento y cerró los ojos, sin que en realidad esperara dormir; no obstante, no se enteró de nada hasta que el piloto anunció que estaban llegando. Entró en el lavabo y se refrescó rápidamente. Su rostro enjuto, casi descarnado, tenía un lastimoso aspecto en el espejo, ante el reconocimiento de que el apremio para lavarse manos y cara antes de encontrarse con gente era la herencia de una infancia pasada con un tío y una tía muy singulares, por utilizar una expresión benevolente. El increíble temor de tío Luke a gastar dinero, por muy poco que fuera, había dejado ciertas marcas en Garrod; sin embargo, había sido tía Marge la que había originado las impresiones más duraderas. Había sido maestra de escuela, y sus fobias con la suciedad y los gérmenes eran tan morbosas que cuando se te caía un lápiz jamás volvía a tocarlo; uno de los alumnos debía recogerlo, partirlo por la mitad y arrojar los fragmentos al cubo de la basura. Además, tía Marge nunca había tocado la manivela de una puerta sin llevar guantes; y si se trataba de un tirador no accionable con el codo, aguardaba larguísimo tiempo a que alguien llegara por casualidad y abriera la puerta. Garrod había adquirido de ella ciertos escrúpulos, e incluso en la vida de adulto seguía sintiéndose impulsado a lavarse las manos antes de orinar para evitar el traslado de gérmenes a su persona.

Volvió a abrocharse el cinturón de su asiento antes de que el jet descendiera sobre la pista de aterrizaje en Washington. La noche era fría y refrescante cuando bajó por la escalerilla. Tenía la inusual necesidad de dar un simple paseo, como antaño, pero había una limusina esperándole al pie de las escaleras, tal como había dispuesto su secretaría, y decidió no dar al traste con el programa. Al cabo de treinta minutos llegó al hotel y se registró. Había planeado acostarse temprano, pero el descanso en el avión, combinado con el hecho de que había ganado tiempo en el vuelo

hacia el este a velocidad supersónica, hizo que la idea de retirarse le pareciera vagamente ridícula.

Irritado por su incapacidad para relajarse, abrió el maletín, sacó la cubierta de seguridad y se la colocó. Sentado en un sillón, en el centro de la colmena negra, empezó a examinar sus carpetas con la luz de la lámpara sujeta a su frente. Los papeles eran perversamente inmanejables en aquellos restringidos confines, y más teniendo en cuenta que parte de los documentos eran las actas de una reunión anterior tomadas en taquigrafía Braille, las cuales había olvidado hacer transcribir a texto normal. El tema era la provisión de una serie de discos de retardita con diversos periodos de dilación para un extenso sistema de satélites estratégicos de reconocimiento; había mucha cantidad de argumentación técnica en cuanto a incrementos de la dilación y la eventual conveniencia de combinar numerosos discos de corta dilación en un conjunto de gran dilación que pudiera ser hecho retomar a la Tierra para fraccionarlo en el punto deseado.

Garrod estuvo sentado quizás una hora, pasando los dedos sobre los repujados caracteres de la escritura Braille, y confiando en que su reunión matutina se celebrara en una de las modernas salas del Pentágono consideradas como «ambiente aprobado». Las dos últimas reuniones habían tenido lugar en las viejas dependencias de luz nula, y le habían parecido negras eternidades de voces invisibles, papeles que crujían y el urgente teclear de las máquinas de taquigrafía Braille. Una de las pesadillas personales de Garrod era que alguien inventara un dispositivo para grabar sonidos tan eficaz y ubicuo como la retardita respecto a la luz, en cuyo caso las reuniones confidenciales tendrían que celebrarse no sólo a oscuras, sino asimismo en total silencio.

Estaba empezando a pensar en guardar de nuevo sus notas cuando sonó el videófono. Contento por poder huir de la cubierta de seguridad, cerró el maletín, se acercó a la pantalla y apretó el botón de respuesta. La imagen de una joven de cabello negro apareció ante él. Tenía ojos grises, ovalada cara pálida y unos labios pintados con color plata. Un rostro que Garrod podía haber visto en sueños, una sola vez, hacía mucho tiempo. Se quedó mirando a la mujer durante un inmóvil instante, intentando analizar la emoción

que experimentaba; sin embargo, sólo logró identificar un componente: se sentía privilegiado por el simple hecho de estar mirando aquella cara. Se le ocurrió pensar que un hombre podía aceptar que una mujer era hermosa tal vez durante muchos años, durante toda una vida, porque jamás había conocido a su ideal, y en consecuencia adoptaba las pautas de otros hombres. Pero si él encontraba su máximum algún día, todas las cosas deberían cambiar, y ninguna otra mujer podría seguir siendo considerada perfecta. Aquella chica tenía la descarada sensualidad de una heroína de comic, alterada por una pizca de sutilidad oriental, y quizá crueldad, y…

—¿El señor Garrod? —Su voz era agradable, aunque nada sobresaliente—. Siento molestarle tan tarde.

—No me molesta —dijo Garrod.

«Al menos, no de la forma que te imaginas», pensó.

—Me llamo Jane Wason. Trabajo para el Departamento de Defensa.

—Nunca la he visto allí.

Ella sonrió, mostrando unos dientes muy regulares, muy blancos.

—Trabajo en segundo plano, en la secretaría.

—¿Sí? Bien, ¿y qué la ha puesto en primer plano?

—Llamé a su oficina de Portston y me dijeron que le encontraría en este número. El coronel Mannheim le envía sus excusas, pues no podrá reunirse con usted por la mañana.

—Fatal —contestó Garrod, intentando aparentar decepción—. ¿Le gustaría cenar conmigo esta noche?

Aparte de una leve dilatación de sus ojos, la muchacha hizo caso omiso de la pregunta.

—El coronel ha tenido que viajar a Nueva York esta tarde, pero volverá por la mañana. ¿Podría postergar la reunión con él hasta las tres de la tarde?

—Podría…, pero eso significa que estaré solo en Washington por la mañana. ¿Le gustaría almorzar en mi compañía?

Un tinte de sonrojo apareció en las mejillas de Jane Wason.

—A las tres de la tarde, entonces.

—¿No le parece demasiado tarde para almorzar? A esa hora debo reunirme con el coronel.

—Sólo estaba confirmando su nueva cita con el coronel Mannheim —dijo ella con firmeza.

Un instante después, la pantalla quedó vacía.

—Ha sido una bonita plancha —dijo en voz alta Garrod, asombrado por lo que había sucedido.

Desde que era un adolescente sabía que él no era el tipo capaz de triunfar en una conquista rápida, pero aquella chica había trastornado su juicio. Había tenido la seguridad de que ella respondería igual que él, y por lo tanto —tenía que admitirlo— se sentía amargamente desilusionado. Desilusionado porque una chica extraña con labios plateados ni le había mirado ni había mostrado el síndrome de «Vaya noche más encantadora». Agitando la cabeza en señal de asombro, entró en el cuarto de baño para darse una ducha antes de la cena. Estaba desabrochándose el pantalón cuando su mirada reparó en una nota que había junto a la ducha.

La dirección ha tomado todas las precauciones posibles para asegurarse de que ningún objeto de retardita, vidriospía u otra sustancia similar haya sido colocada en las habitaciones. No obstante, los clientes que deseen estar en condiciones de luz nula encontrarán interruptores maestros de color verde en ubicaciones convenientes.

Garrod tenía noticia de que se estaba extendiendo esta tendencia en las grandes ciudades, pero era la primera vez que encontraba evidencias de una reacción pública en contra del vidrio lento. Se encogió de hombros, encontró un interruptor de cadena junto a la ducha y tiró del pomo adornado con borlas. «Darse una ducha en estas condiciones es como ahogarse», pensó. Volvió a encender la luz, terminó de desnudarse, se metió en la ducha y, en el mismo instante, vio un brillante objeto, negro y pequeño, que yacía en un rincón. Lo cogió y lo examinó atentamente. Parecía una cuenta o un fragmento de botón caído de un vestido femenino, pero algo impulsó a Garrod a dejarlo caer con sumo cuidado en el desagüe de la ducha.

4

Con gran alivio de Garrod, la reunión fue corta, y se celebró en una de las modernísimas salas de «ambiente aprobado» que el Pentágono consideraba a prueba de espías de cristal y, en consecuencia, apropiadas para conferencias importantes. En la práctica, eso significaba que paredes, suelo y techo habían sido rociados con plástico de endurecimiento rápido, bajo supervisión oficial, instantes antes de la reunión. El tratamiento se aplicaba igualmente a la mesa y las sillas, dándoles un aspecto que recordaba el mobiliario de una guardería. El denso aroma mantecoso del plástico fresco llenó la sala durante la reunión entera. Cuando la conferencia acabó, Garrod se rezagó en la puerta y abordó al coronel Mannheim con la máxima naturalidad posible, aunque con un injustificado latido en el pecho.

—Una excelente idea —dijo Garrod, mirando las relucientes paredes—. Pero hay una pega, John. La habitación está condenada a ir haciéndose cada vez más pequeña. Algún día desaparecerá por completo.

—¿Y qué hay de malo en ello? —Mannheim, un cincuentón bien conservado, tenía los ojos claros y una piel rojiza que sugería su gusto por las actividades al aire libre—. ¿Acaso son excesivas las salas que hay en este maldito lugar?

—Esa es mi impresión. A mí que me den un despacho pequeño… —Garrod adoptó un aire de sorpresa que esperaba fuera convincente—. ¡Caramba! ¿Sabe una cosa? Jamás he visitado su Grupo de Aplicaciones de la Retardita de… de…

—Macon, Georgia.

—Eso es.

Mannheim parecía indeciso.

—Acabo de llegar de allí, Al, y no proyecto regresar hasta dentro

de una semana o más.

—Lamentable… Tengo libre el resto del día, pero por la mañana vuelvo a Portston.

—Claro que… —Mannheim hizo una pausa que a Garrod te pareció una eternidad—, en realidad no necesito estar allí con usted, aunque hay algún truco con la retardita que me habría gustado enseñarle en persona… Bien mirado, usted inventó el material.

—Descubrí sería una palabra mejor —dijo Garrod—. Como usted dice, no tiene que perder tiempo para acompañarme. ¿Por qué no me deja en manos de algún científico? Me gustaría muchísimo dar un vistazo a su organización.

Garrod se preguntó si no estaría mostrándose excesivamente ansioso.

—¡Le diré lo que haremos! Encargaré al joven Chris Zitron que le atienda. Es el jefe de explotación, y se emocionará cuando sepa que va a conocer a Alban Garrod. Vamos a un videófono.

Mientras Mannheim llamaba al centro de investigación de Macon, Garrod permaneció detrás mismo del coronas y no perdió de vista la pantalla. Tres féminas del personal aparecieron brevemente durante la preparación de la visita, pero ninguna de ellas era Jane Wason. La desilusión de Garrod se mezcló con una sensación de perplejidad cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Sus actos eran notablemente similares a los de otros hombres totalmente aturdidos por una mujer, aunque él no experimentaba en modo alguno la exaltación mística que supuestamente acompañaba a la experiencia. Sólo había una terca e incómoda determinación de ver en persona a la muchacha.

En cuanto los preparativos estuvieron completados y Mannheim desapareció precipitadamente, Garrod entró en la cabina del videófono, se puso en contacto con su piloto, que estaba en Dulles, y le ordenó que elaborara un nuevo plan de vuelo para ir a Macon. Subió a la azotea y tomó un helijet especial del Departamento de Defensa para ir al aeropuerto; sin embargo, el espacio aéreo de Dulles estaba más congestionado que habitualmente, y eran más de las cuatro cuando el jet de Garrod despegaba en medio de la neblina. No había garantía alguna de estar en la base de Macon

antes de que el personal civil acabara su jornada…, con lo que el viaje hubiera sido absurdo. Garrod cogió el teléfono de intercomunicación.

—Tengo prisa, Lou. Fuerce los reactores. Velocidad máxima.

—Tenemos que volar a seis mil metros en este pasillo, señor Garrod. Pero los reflectores de bang no son muy efectivos a esa altitud.

—No me importa.

—La Agencia Federal de Aviación se nos echará encima, y es inevitable que haya otros vuelos en el mismo…

—La responsabilidad es mía, Lou. Acelere.

Garrod se recostó y se dejó llevar por la aceleración que le hundía en el asiento, mientras el sólido jet adquiría velocidad supersónica, volando inmutable como una roca gracias al ala reflectora que dispersaba prácticamente toda la onda de choque hacia la estratosfera. El vuelo de mil kilómetros duró treinta y dos minutos desde el despegue al aterrizaje, y Garrod abandonó la aeronave casi antes de que ésta se hubiera detenido.

—¡El centro de cálculo de la Agencia Federal ha estado interrogándonos durante la mayor parte del trayecto, señor Garrod! —El rostro de Lou Nash, con su barba rojiza, denotaba su censura al gritar a Garrod desde la compuerta de salida—. Han tenido que desviar de nuestra ruta a dos vuelos regulares de transporte.

—Tranquilícese, Lou, yo lo arreglaré.

Una parte de la mente de Garrod le decía que había cometido una infracción de tráfico bastante grave y tal vez de difícil arreglo, incluso para un hombre de su posición, pero el resto de su persona era incapaz de preocuparse. «¿Es esto lo que se siente? —se preguntó febrilmente, mientras caminaba hacia el vehículo militar que estaba saliendo a su encuentro de un grupo de bajos edificios color de arena—. Si es así, ojalá lo hubiera hecho antes.»

El teniente coronel Chris Zitron resultó ser un hombre de aire juvenil, rostro fino, intenso modo de hablar y manos largas y huesudas. Sin preámbulo alguno, Zitron se puso a hablar sobré su trabajo, las aplicaciones del vidrio lento, extendiéndose en detalles con los sistemas de imagen doble: una imagen transmitida a través de cristal ordinario, la otra mediante retardita de corta dilación.

Estos sistemas se usaban en computadoras que calculaban la velocidad de un objetivo, en la dirección de misiles aire-tierra y en las técnicas para salvar obstáculos del terreno en el caso de aviones rápidos que volaban a baja altura. Garrod dejó que el torrente de palabras fluyera a su alrededor, formulando alguna pregunta de vez en cuando para demostrar que su atención no estaba errando, pero sin dejar de escudriñar las vidrieras de las oficinas administrativas. En cuanto vislumbraba una secretaria de cabello negro sentía una ola de pánico que se convertía en desilusión cuando la cara difería de la buscada. Y empezó a experimentar una vaga sensación de asombro ante el hecho de que una mujer registrada en su mente como única pudiera parecerse a tantas mujeres distintas.

—No sé cómo se las arregla John Mannheim para ocuparse de tres proyectos diferentes —dijo Garrod, durante uno de los infrecuentes silencios de Zitron—. ¿Tiene un despacho permanente aquí, en el centro de investigación?

—No. El coronel opera en el edificio administrativo número uno. Allí.

Zitron señaló un edificio de dos pisos cuyas ventanas fulguraban igual que cobre bajo el sol del atardecer. Garrod examinó el inmueble y vio hombres y mujeres que salían en un flujo constante por la puerta principal. Los automóviles emitían destellos, como caparazones de escarabajos, conforme iban saliendo de la zona de aparcamiento.

—¿A qué hora terminan de trabajar aquí? Espero no estar retrasándole.

Zitron se echó a reír.

—Suelo trabajar hasta que mi mujer envía los equipos de búsqueda, pero la mayor parte de las secciones acaba a las cinco y cuarto.

Garrod miró su reloj. Eran las cinco y cuarto.

—¿Sabe una cosa? Me interesa cada vez más el impacto que una buena estructura administrativa ejerce sobre la gran eficacia de una unidad de investigación y desarrollo. ¿Le importa que vayamos a las oficinas?

—En absoluto.

Zitron parecía un poco perplejo al salir del laboratorio.

Garrod se esforzó en seguir con el mismo paso natural al distinguir a una mujer de pelo negro, con un vestido de color tostado, que salía del edificio principal. ¿Era Jane Wason? Involuntariamente, empezó a tomar la delantera al militar.

—¡Alto, señor Garrod! —aulló repentinamente Zitron—. ¿Qué estoy haciendo?

—¿Cómo?

—Casi he dejado que se fuera sin ver la mejor aplicación del conjunto. Venga por aquí un momento. Zitron abrió una puerta que daba acceso a una larga construcción prefabricada. Garrod miró hacia el edificio administrativo. La chica estaba en el aparcamiento; sólo sus cabellos negros resultaban visibles por encima de los automóviles.

—Voy un poco escaso de…

—Apreciará esto, señor Garrod. Aquí hemos retrocedido a principios básicos.

Cogió por el brazo a Garrod y entró en el edificio, que apenas era algo más que cuatro paredes y un techo enteramente de cristal. En lugar de suelo tenía una extensión de hierba, con ocasionales arbustos y grandes piedras de aspecto artificial hacia el extremo más alejado. El local estaba vacío, pero Garrod, al recorrerle con la vista, tuvo la inquietante sensación de que había algo raro, de que le estaban observando.

—Ahora, fíjese en esto —dijo Zitron—. No me pierda de vista.

Se marchó apresuradamente hacia un lateral del edificio y desapareció entre los arbustos. El silencio fue total en el calurosísimo recinto, con la excepción del distante sonido de puertas de automóvil cerrándose. Pasó un minuto entero sin que Zitron diera señales de vida, y la impaciencia comenzó a latir en las sienes de Garrod. Se volvió hacia la puerta…, pero no terminó su acción puesto que la hierba cercana, sin ningún movimiento visible, emitió un susurro. De pronto, Zitron surgió de la nada a pocos pasos de distancia, con una sonrisa de triunfo.

—Ha sido una demostración de TAE…, Técnica de Avance Encubierto —dijo—. ¿Qué le parece?

—Excelente. —Garrod abrió la puerta—. Realmente efectiva.

—En este local experimental empleamos paneles de retardita de

dilación muy corta. Puedo lanzarme de improviso sobre usted en cualquier momento.

Zitron señaló diversos puntos del interior, y ocasionales destellos de luz reflejada revelaron a los ojos de Garrod la presencia de hojas de vidrio lento en posición erecta sobre la hierba. Vio un duplicado de Zitron que se aproximó en zig-zag, con un silencio sobrenatural, antes de esfumarse en el panel más próximo.

—Como es de suponer —continuó Zitron—, en la práctica usaríamos paneles de superior dilación, a fin de dar a la infantería un poco más de tiempo para disponer la protección TAE. Una de las cosas que estamos intentando determinar es la máxima dilación útil… Si es demasiado breve, los hombres no tienen tiempo de consolidarse; si es demasiado larga, un observador tiene más posibilidades de detectar disparidades en la intensidad luminosa y los ángulos de las sombras. Otro problema es la selección de la mejor geometría para los paneles, a fin de reducir la reflexión…

—Perdóneme un momento —le interrumpió Garrod—. Creo que he visto a una persona conocida.

Se alejó hacia la zona de aparcamiento situada junto al edificio administrativo con la máxima rapidez y determinación posible, con objeto de disuadir a Zitron de que le siguiera. La muchacha del vestido color tostado estaba en la salida, mirando hacia Garrod. Era una mujer delgada, de cabello negro, y Garrod vio, conforme la distancia que mediaba iba reduciéndose, el toque plateado de sus labios. Una sensación de opresivo sofoco se dejó sentir en el pecho de Garrod en el instante en que aceptó estar contemplando a Jane Wason.

—¡Eh, usted! —Se esforzó en parecer jovial y despreocupado—. ¿No me recuerda?

Ella le miró con aire de duda.

—¿El señor Garrod?

—Sí. Estoy aquí por asuntos de negocios, y he creído reconocerla cuando salía de la oficina del coronel Mannheim. Escuche, fui muy presuntuoso cuando hablamos por videófono ayer por la noche, y deseaba disculparme. No acostumbro a…

De repente, Garrod no supo qué decir, quedando indefenso y vulnerable; sin embargo, vio el asomo de sonrojo en las mejillas de

la chica y supo que había establecido contacto con ella a un nivel muy alejado de todo lo que acababa de decir.

—No tiene importancia —repuso tranquilamente ella—. No había necesidad…

—Sí que la había.

Estaba mirándola gratamente, dejando que la imagen se extendiera por su visión, cuando un Pontiac azul claro chirrió al frenar junto a la acera a su lado. El conductor, un teniente de aspecto poco amigable que llevaba unas gafas con montura dorada, había empezado a bajar la ventanilla antes de que el coche se detuviera.

—Vámonos, Jane —dijo tajantemente—. Es tarde.

Se abrió la otra puerta y Jane, confundida, entró en el automóvil. Sus labios se movieron en silencio. Miró a Garrod mientras el coche arrancaba, y a él le pareció ver unos ojos preocupados, pesarosos. ¿O simplemente estaban disculpándose por la brusquedad de la despedida?

Maldiciendo amargamente en voz baja, Garrod retrocedió para habérselas con el teniente coronel Zitron.

SEGUNDA LUZ SECUNDARIA: El peso de la prueba

Harpur miró inciertamente por las chorreantes ventanillas de su coche. No había encontrado aparcamiento cerca de la comisaría, y en aquel momento el edificio parecía hallarse a kilómetros de distancia, a kilómetros de asfalto encharcado y ostentosas cortinas de lluvia. El cielo estaba hundido de un modo lúgubre entre los inmuebles que rodeaban la plaza.

Repentinamente consciente de su edad, contempló durante un largo instante el viejo edificio policial y el agua que caía en cascadas por las goteras, y estiró el cuerpo para abandonar el asiento del coche. Era difícil creer que el sol brillaba cálidamente en un sótano del ala oeste de la comisaría. Pero él lo sabía, porque había telefoneado y preguntado antes de salir de su casa.

—Hoy hace un tiempo magnífico aquí abajo, juez —había dicho el guardián, hablando con la respetuosa familiaridad que había adquirido a lo largo de los años—. Fuera no se está tan bien, claro, —pero aquí abajo el tiempo es realmente magnífico.

¿Se han presentado muchos periodistas?

—Sólo unos cuantos hasta ahora, juez. ¿Va a venir?

—Espero hacerlo —había replicado Harpur—. Guárdeme una silla, Sam.

—¡Sí, señor!

Harpur caminó con la máxima rapidez que podía permitirse, notando la fría lluvia que resbalaba por el dorso de sus manos, metidas en los bolsillos del impermeable. El forro se aferraba a los nudillos cuando movía los dedos. Al subir las escaleras de la entrada principal, una vibración preliminar en el lado izquierdo de su pecho le indicó que se había apresurado en exceso, que había llevado las

cosas demasiado lejos.

El agente de la puerta saludó con brío. Harpur correspondió inclinando la cabeza.

—Cuesta creer que estamos en junio, ¿no es así, Ben?

—Desde luego, señor. Pero me han dicho que ahí abajo hace un tiempo excelente.

Harpur se despidió del guardián, y estaba avanzando por el pasillo, cuando el dolor acabó por cercarle. Un dolor definido, muy puro. Como si alguien hubiera elegido una aguja estéril y, tras colocarla en una empuñadura antiséptica y calentarla al rojo blanco, la hubiera introducido en su costado con la rapidez de la compasión. Se detuvo un instante y se apoyó en la pared embaldosado, esforzándose por no llamar la atención, mientras el sudor formaba gotas en su frente. «No puedo abandonar ahora —pensó—, no cuando sólo me quedan dos semanas… Pero ¿y si es ahora mismo? ¡Ahora mismo!»

Harpur combatió el pánico, hasta que la entidad que era su dolor se retiró ligeramente. Respiró de un modo entrecortado, de alivio, y siguió caminando poco a poco, sabedor de que su enemigo estaba atento y siguiendo sus pasos. Pero llegó al sol sin nuevos ataques.

Sam Macnamara, el guardián de la puerta interior, empezó a esbozar su acostumbrada sonrisa, y entonces, viendo la tirantez del rostro de Harpur, le introdujo rápidamente en la sala. Macnamara era un irlandés de elevada estatura cuya única ambición, al parecer, era beber dos tazas de café cada hora, a la hora en punto; no obstante, entre él y el juez había nacido una amistad que a Harpur le resultaba extrañamente confortadora. El policía abrió una silla plegable en la parte trasera de la sala y la mantuvo firme mientras Harpur tomaba asiento.

—Gracias, Sam —dijo éste, agradecido, al tiempo que miraba a los extraños que le rodeaban.

Nadie había advertido su llegada. Todos contemplaban el sol.

El olor de la ropa mojada por la lluvia que llevaban los periodistas daba la impresión de estar curiosamente fuera de lugar en el polvoriento sótano. La sala formaba parte de la sección más antigua de la comisaría, y hasta hacía cinco años se había utilizado

para guardar expedientes obsoletos. A partir de entonces, y con excepción de conferencias de prensa especiales, sus paredes de cemento sólo habían albergado a dos aburridos guardianes, el tablero de un equipo de grabación y una hoja de vidrio montada sobre un armazón en un extremo de la sala.

El cristal era de la especialísima variedad que la luz tardaba muchos años en atravesar. Era el tipo de cristal que la gente usaba para aprehender escenarios de excepcional belleza y contemplarlos en sus hogares.

Para Harpur, la visión de este fragmento de vidrio lento no tenía belleza particular. Mostraba una bahía, razonablemente hermosa en la costa atlántica, pero el agua estaba tapada por embarcaciones deportivas, y una gasolinera de chillones colores se interponía en primer plano. Un conocedor del vidrio lento habría lanzado una piedra contra aquel cristal; sin embargo, Emile Bennett, el propietario original, lo había traído a la ciudad simplemente porque contenía la vista desde el hogar de su infancia. Tener el vidrio a mano, había explicado Bennett, le ahorraba un viaje de trescientos kilómetros cuando se sentía nostálgico.

La hoja de vidrio usada por Bennett tenía un grosor de cinco años, es decir había tenido que permanecer cinco años en su hogar paterno antes de que el paisaje surgiera. Naturalmente, seguiría transmitiendo la misma vista durante cinco años después de ser transportada a la ciudad, a despecho de que había sido confiscada a Bennett por impacientes agentes policiales con profundo desinterés por el hogar paterno del propietario. El vidrio revelaría sin fallo posible todo lo que había visto…, aunque sólo durante su época buena.

Repantigado en su asiento, rendido, Harpur recordó la última vez que había visto una película. La única luz de la sala procedía de la oblonga hoja de vidrio, y los periodistas se agitaban sentados en ordenadas hileras, igual que el público de un cine. Harpur pensó que la presencia de aquellos hombres le distraía. Evitaba que se deslizara hacia el pasado con la acostumbrada facilidad.

Las inquietas aguas de la bahía esparcían sol por la habitación (que de otro modo habría resultado depresiva), las embarcaciones pasaban y volvían a pasar, y silenciosos coches entraban de cuando

en cuando en la gasolinera. Una atractiva fémina con la ropa extremadamente abreviada de hacía una década paseaba por un jardín en primer plano, y Harpur vio que varios periodistas tomaban notas personales en sus libretas.

Uno de los reporteros más curiosos abandonó su asiento y se acercó a la parte trasera de la hoja de vidrio para contemplar la vista de la otra cara, pero regresó con aspecto decepcionado. Harpur sabía que habían soldado una plancha metálica al armazón posterior, cubriendo por completo el cristal. El municipio había decretado que exponer a la vista del público las actividades domésticas del señor Bennett durante el tiempo en que el vidrio estuvo cargándose habría constituido una invasión de la intimidad del propietario.

Conforme iban transcurriendo los minutos en el sofocante ambiente de la sala, los periodistas fueron poniéndose cada vez más nerviosos, y empezaron a intercambiar sonoros bostezos. En la primera fila, algunos reporteros estornudaron repetidamente y renegaron entre estornudo y estornudo. Estaba prohibido fumar cerca del equipo de grabación, que en nombre del estado exploraba vorazmente el vidrio, por lo que relevos de tres o cuatro personas empezaron a salir al pasillo para encender los cigarrillos. Harpur oyó sus quejas sobre la prolongada espera y sonrió. Él llevaba cinco años esperando, y tenía la impresión de que habían sido muchos más.

Aquel mismo día, el 7 de junio, era una fecha clave esperada por Harpur y el resto del municipio, pero había sido imposible hacer saber a la prensa por anticipado en qué momento exacto conseguirían la información. El problema era que Emile Bennett había sido incapaz de recordar a qué hora de aquel ardiente domingo se había trasladado a la vivienda de sus padres para recoger la hoja de vidrio lento. En el transcurso del subsiguiente juicio no había sido posible fijar la hora en algo más definido que «hacia las tres de la tarde».

Un periodista reparó finalmente en que Harpur estaba sentado cerca de la puerta y se acercó a él. Vestía de un modo estridente, tenía el cabello rubio y su aspecto era increíblemente juvenil.

—Perdóneme, señor. ¿No es usted el juez Harpur?

Harpur asintió. Los ojos del muchacho se abrieron desmesuradamente durante un instante y después se entrecerraron mientras estimaban el valor periodístico del anciano.

—¿No fue usted el juez que presidió el… caso Raddall?

Había estado a punto de decir el caso del vidriodetective, pero cambió de idea al momento. Harpur asintió por segunda vez.

—Sí, es cierto. Pero ya no concedo entrevistas a la prensa. Lo siento.

—No tiene importancia, señor. Lo comprendo.

El joven reportero salió al pasillo, andando con pasos que iban haciéndose más rápidos, más elásticos. Harpur supuso que el muchacho acababa de decidir su punto de vista para el artículo del día. El mismo se veía capaz de redactar el artículo:

El juez Kenneth Harpur, el hombre que hace cinco años presidió el polémico caso del «vidriodetective», en el que un hombre de veintidós años, Ewan Raddall, fue acusado de doble asesinato, estaba sentado hoy en una de las sillas del sótano de la comisaría. «El Juez de Hierro», un anciano en la actualidad, no tiene nada que decir. Se limita a observar, a esperar y a formularse preguntas…

Harpur sonrió irónicamente. Ya no sentía amargura ante los ataques de los periódicos. El único motivo que le impedía hablar con los periodistas era que se encontraba más que harto de ese aspecto de su vida. Había llegado a la edad en que un hombre desecha lo trivial y se concentra en lo esencial. En cuestión de dos semanas más tendría libertad para sentarse a «tomar» el sol y contar el número exacto de matices azules y verdes que había en el mar, y cuánto tiempo transcurría entre la aparición de la primera estrella vespertina y la segunda. Si su médico lo permitía, tomaría un poco de whisky de primera calidad, y si su médico no lo permitía, se tomaría el whisky de todos modos. Leería algunos libros, tal vez escribiría uno…

Definitivamente, la hora aproximada que Bennett había testificado en el juicio resultó ser bastante exacta.

A las tres y ocho minutos, Harpur y los periodistas vieron a Bennett aproximarse a la hoja de vidrio con un destornillador en la mano. Exhibía la timidez característica de una persona que se halla en el radio de acción del vidrio lento. Bennett maniobró durante

unos instantes en ambos lados del cristal, y a continuación apareció el cielo en una desenfrenada fluctuación, indicativa de que el vidrio había sido separado de su armazón. Un momento después, la imagen de una manta marrón, similar a las usadas por el ejército, fue cubriendo el vidrio hasta anular la luz de otros días, y la habitación quedó a oscuras.

Los dispositivos de grabación situados en la parte trasera de la sala produjeron suaves sonidos (clic-clic-clic), que quedaron ahogados por el ruido de los reporteros al precipitarse hacia los teléfonos.

Harpur se levantó y salió de la sala, lentamente, detrás de los periodistas. No había necesidad de correr. Según el informe policial, el vidrio permanecería a oscuras durante dos días, el tiempo que había estado en el maletero del automóvil de Bennett antes de que éste se decidiera a instalarlo en el marco de la ventana de la parte trasera de su casa de la ciudad. A partir de ese punto, y durante dos semanas más, el cristal mostraría los casuales acontecimientos cotidianos que tuvieron lugar cinco años atrás en el parque infantil situado detrás de la casa de Bennett.

Dichos acontecimientos no tenían especial interés para ninguna persona. Sin embargo, el informe policial también indicaba que en el mismo parque infantil, en la noche del 21 de junio de 1986, una mecanógrafa de veinte años, Joan Calderisi, había sido violada y asesinada. Su novio, un mecánico de veintitrés años llamado Edward Jerome Hattie, también había sido asesinado, presumiblemente por intentar defender a la muchacha.

Sin que el asesino lo supiera, un testigo presenció el doble asesinato… y ese testigo estaba a punto de dar su perfecto e incontrovertible testimonio.

No había sido difícil prever el problema.

Desde el mismo día en que el vidrio lento había aparecido en algunas tiendas muy caras, la gente se había preguntado qué sucedería si se cometía un crimen a la vista de un cristal. ¿Cuál sería la posición legal si, por ejemplo, había tres sospechosos y se sabía que un fragmento de vidrio identificaría al asesino sin duda posible al cabo de cinco o diez años? Obviamente, la ley no podía arriesgarse a castigar a la persona inocente; pero era igualmente

obvio que no podía permitir que el culpable estuviera en libertad todo ese tiempo.

Así resumieron el problema los periódicos sensacionalistas, aunque para el juez Kenneth Harpur no hubo problema ninguno. Tras leer las especulaciones, le costó menos de cinco segundos tomar una decisión, y mantuvo una calma impresionante cuando la causa instrumental le tocó en suerte.

Había sido una coincidencia. El distrito de Erskine tenía tantos homicidios y vidrios lentos como cualquier otra zona comparable. De hecho, Harpur no recordaba haber visto ese material hasta que el alumbrado eléctrico de Holt City fue repentinamente sustituido por hojas de vidrio alternas, unas de ocho horas y otras de dieciséis, suspendidas en líneas continuas sobre las vías públicas.

Había sido preciso cierto tiempo para que las primeras hojas de retardita, que apenas retrasaban medio segundo la luz, evolucionaran hasta ser capaces de producir retrasos de años. El usuario debía estar absolutamente seguro de la dilación que deseaba, debido a que no había forma de acelerar el proceso. Si la retardita hubiera sido un «vidrio» en el auténtico sentido del término, habría sido posible reducir un fragmento para obtener espesores distintos y recibir antes la información; pero en realidad se trataba de un material extremadamente opaco: opaco en cuanto a que la luz jamás entraba en él.

Las radiaciones con longitudes de onda del orden de las luminosas eran absorbidas por la cara de una hoja de retardita, y su información se convertía en modelos de deformación dentro del material. El efecto piezolumínico mediante el cual la información se abría paso hasta la cara opuesta implicaba a toda la estructura cristalina, y cualquier causa que desorganizara dicha estructura equilibraría de un modo instantáneo los modelos de deformación.

Si bien este descubrimiento había sido irritante para ciertos investigadores, también había sido un factor importante en el éxito comercial de la retardita. El público se habría mostrado reacio a instalar ventanoramas en sus hogares, sabiendo que todo lo que habían hecho detrás de ellas quedaría registrado para que otros ojos lo vieran años después. Por eso la floreciente industria piezolumínica se había apresurado a inventar un barato dispositivo

de «regeneración», que permitía limpiar y volver a usar una hoja de vidrio lento, como si se tratara de un programa saturado de ordenador.

Por esta misma razón, dos guardias se turnaban las veinticuatro horas del día, desde hacía cinco años, en la vigilancia de la ventanorama que contenía la evidencia del caso Raddall. Siempre existía la posibilidad de que uno de los parientes de Raddall, o algún tipo estrafalario en busca de publicidad, entrara furtivamente en la sala y eliminara las pruebas antes del momento que iba a resolver todas las dudas.

Durante esos diez años hubo épocas en que Harpur se sintió demasiado enfermo y cansado para preocuparse en exceso, y otros instantes en que habría sido un alivio que el testigo perfecto hubiera sido silenciado para siempre. Pero por lo general la existencia del vidrio lento no preocupaba al juez.

Había dictado su resolución en el caso Raddall, y era una decisión que, según él, habría tomado cualquier otro juez. La controversia que se originó, así como la enemistad mostrada por diversos sectores de la prensa y el público, e incluso por varios de sus colegas, le hirieron al principio, pero había superado todo eso.

La ley existía solamente porque la gente creía en ella, había declarado Harpur en su recapitulación. Si esa creencia se debilitaba, aunque sólo fuera una vez, la ley sufriría un daño irreparable.

Según pudo determinarse, los asesinatos se produjeron aproximadamente una hora antes de la medianoche.

Teniendo en cuenta ese detalle, Harpur cenó temprano, y a continuación se duchó y afeitó por segunda vez aquel día. El esfuerzo representaba una proporción notable de su cuota diaria de energía, mas en la sala del tribunal había pasado un calor bochornoso. El caso que le ocupaba en la actualidad era intrincado y, al mismo tiempo, latoso. Últimamente había más y más casos como ése; lo sabía. Era una señal de que estaba listo para el retiro. Pero quedaba una última tarea que realizar. Era una deuda con la profesión.

Harpur se puso una chaqueta ligera y dio la espalda al espejo de vestir comprado por su esposa hacía algunos meses. Estaba recubierto por una hoja de retardita de quince segundos que

permitió al juez, tras una ligera pausa, volverse y comprobar qué aspecto tenía por detrás. Examinó fríamente su frágil aunque erguida figura y se marchó antes de que el extraño del vidrio se volviera para mirarle.

A Harpur le disgustaban estos espejos casi tanto como los igualmente populares espejos «auténticos», meros fragmentos de retardita de corta dilación que giraban sobre un eje vertical. Cumplían aproximadamente la misma función que los espejos ordinarios, con la excepción de que no se producía el efecto de inversión. Por primera vez en la vida, alardeaban los fabricantes, una persona podía verse tal como la veían los demás. Harpur ponía objeciones a esta idea con una argumentación que esperaba fuera vagamente filosófica, pero que en realidad era incapaz de explicar, ni siquiera a sí mismo.

—No tienes buen aspecto, Kenneth —dijo Eva, mientras le arreglaba meticulosamente la corbata—. No es preciso que vayas allí, ¿no es cierto?

—No, no es preciso que vaya… por eso tengo que ir. Ahí está el detalle.

—Entonces yo conduciré el coche.

—No lo harás. Vas a irte a la cama. No permitiré que conduzcas por la ciudad en plena noche.

Rodeó los hombros de su esposa con un brazo. A los cincuenta y ocho años, Eva Harpur era una meseta —aparentemente sin límites — de insuperable salud, aunque ambos mantenían la ficción de que era él el que se cuidaba de ella.

Condujo por la ciudad, pero el avance en medio del tráfico era anormalmente lento y, en un impulso, Harpur se detuvo a varias manzanas de la comisaría y empezó a caminar. «Vive peligrosamente —pensó—, pero camina con lentitud, por si acaso.» Hacía una noche cálida, radiante, y con las prolongadas horas de luz de junio sólo estaban oscuras las hojas de vidrio de dieciséis horas suspendidas sobre la vía pública. Los cristales alternativos de ocho horas fulguraban innecesariamente con la luz que habían absorbido por la tarde. El sistema se basaba en un acomodo a las variaciones estacionases de las horas de luz natural, pero daba un resultado razonablemente bueno y, sobre todo, la luz resultaba

prácticamente gratis.

Una ventaja adicional era que proporcionaba a las autoridades policiales una evidencia perfecta de sucesos tales como accidentes de tráfico y violaciones del código. De hecho, los entonces flamantes vidrios de iluminación de la avenida Cincuenta y Tres habían suministrado buena parte de las pruebas en el caso de Ewan Raddall.

Unas pruebas en las que Harpur se había basado para enviar a Raddall a la silla eléctrica.

Los hechos sobresalientes del caso no se habían producido exactamente en la situación típica propuesta por la prensa sensacionalista, aunque se habían aproximado lo bastante como para despertar el interés del público. No hubo otro sospechoso aparte de Raddall, pero las pruebas en su contra fueron circunstanciales en gran medida. Los cadáveres no se encontraron hasta la mañana siguiente, cuando Raddall ya había tenido tiempo para volver a casa, asearse y acostarse. Estaba lozano, compuesto y sensato cuando le detuvieron, y los forenses no pudieron demostrar nada.

El caso Raddall se basó en que había sido visto yendo hacia el parque público a la hora conveniente, y en que tenía magulladuras y arañazos compatibles con el crimen. Además, entre medianoche y las nueve y media de la mañana siguiente, la hora en que se le interrogó, Raddall había «perdido» la chaqueta de pana sintética que vestía el día anterior, y la prenda nunca apareció.

Al terminar el juicio contra Raddall, el jurado tardó menos de una hora en llegar a un veredicto de culpabilidad; sin embargo, durante una apelación posterior la defensa expuso que el jurado estaba influido por el conocimiento de que el crimen se hallaba, registrado en la ventana trasera de Emile Bennett. Al solicitar un nuevo juicio, el abogado defensor expuso el punto de vista de que el jurado había rechazado la «duda razonable» porque esperaba que Harpur impusiera, como máximo, una condena de cadena perpetua.

Pero el código legal revisado, redactado en 1977, que en esencia daba un mayor poder a los jueces en los tribunales, no proveía, en opinión de Harpur, ninguna legislación que justificara «mantenerse a la expectativa», en especial en casos de homicidio en primer

grado. Raddall fue debidamente condenado a muerte en enero de 1987.

El recto criterio de Harpur, que le había valido el apodo de «Juez de Hierro», fue que una decisión tomada en un tribunal siempre había sido, y seguía siendo, sacrosanta. La entidad sobrehumana que era la ley no debía ser humillada por un trozo de vidrio. La argumentación de Harpur, reducida a sus términos más crudos, fue que si se introducía una legislación para demorar los veredictos, los criminales llevarían fragmentos de retardita de quince años entre sus útiles regulares.

Los lentos engranajes del Tribunal Supremo ratificaron la decisión de Harpur dos años después, y la sentencia fue ejecutada. Lo mismo, a escala microscópica, había ocurrido en numerosas ocasiones en el mundo del deporte; y la única solución posible, la única solución factible era que el imperio estuviera siempre en pie, sin importar lo que las cámaras o el vidrio lento tuvieran que opinar después.

A pesar de su vindicación, o quizá por culpa de ella, los periódicos sensacionalistas nunca simpatizaron con Harpur. El juez empezó a esforzarse en mostrarse indiferente a todo lo que cualquier persona escribiera o dijera. Lo único que había necesitado durante aquellos cinco años era el conocimiento de haber tomado una buena decisión, buena como término antónimo de incorrecta. En la actualidad, Harpur iba a descubrir si había tomado una buena decisión, buena como antónimo de mala…

Aunque esa noche se había cernido sobre su horizonte durante media década, a Harpur le resultaba arduo hacerse a la idea de que en cuestión de minutos se sabría si Raddall era culpable. Ese pensamiento causó un crescendo de molestos dolores pectorales, y Harpur se detuvo un instante para recobrar el aliento. Al fin y al cabo, ¿qué más daba? Él no había hecho las leyes. ¿Por qué sentirse personalmente comprometido?

La respuesta se presentó con rapidez.

Estaba comprometido porque él formaba parte de la ley. La razón por la que habían seguido trabajando pese al consejo adverso de su médico era que había sido él, no cierta personificación abstracta de los «grandes intereses del hombre en la tierra», la

persona que había dictado sentencia contra Ewan Raddall. Y si había cometido un error, él iba a estar allí, en persona, para enfrentarse a las consecuencias.

La comprensión resultó extrañamente confortadora para Harpur, mientras seguía avanzando por las atestadas calles. Había algo en el ambiente del atardecer que le impresionaba por su rareza. Entonces se dio cuenta de que el centro de la ciudad estaba repletísimo de automóviles de otras poblaciones. Hombres y mujeres atestaban las aceras, y Harpur supo que eran forasteros por la forma en que sus ojos observaban de vez en cuando las partes superiores de los edificios. El olor de hamburguesas asándose en la parrilla flotaba en un ambiente denso, calmado.

Harpur se preguntó cuál sería el motivo de la afluencia, y entonces reparó en el flujo general hacia la comisaría. Así que era por eso… La gente no había cambiado desde los tiempos en que era atraída por las arenas, las guillotinas y las horcas. No había nada que ver, pero estar muy cerca bastaría para que la gente saboreara el antiguo placer de continuar respirando sabiendo que otra persona acababa de fallecer. Tampoco importaba nada llegar cinco años tarde.

Ni siquiera Harpur, en caso de que lo hubiera deseado, habría podido entrar en el sótano. Aparte del equipo de grabación, sólo estarían presentes seis sillas y seis binoculares especiales de pocos aumentos y enormes objetivos hambrientos de luz. Estaban reservados para los observadores nombrados por el estado.

Harpur no estaba interesado en ver el crimen con sus propios ojos; sólo quería saber el resultado; y luego disfrutar de un larguísimo descanso. Pensó que era totalmente irracional ir hasta las dependencias policiales, con el esfuerzo y la tensión letal que el recorrido significaba para él; pero ninguna otra cosa iba a serle de ayuda. «Soy culpable —pensó de repente—, culpable de…»

Llegó a la plaza donde estaba situado el edificio y se abrió paso entre las flexibles y agotadoras barreras de gente. A medio camino el sudor se había pegado tanto a sus ropas que a duras penas podía levantar los pies. En un punto indeterminado del largo trayecto se dio cuenta de que otra presencia le seguía de cerca: el compasivo amigo con la aguja al rojo blanco.

A la altura de las desordenadas hileras de automóviles de la prensa, Harpur comprendió que no podía entrar tan temprano; y aún quedaba media hora como mínimo. Dio media vuelta y se abrió paso hacia el lado opuesto de la plaza. La punta de la aguja le alcanzó en una acometida precisa, y Harpur cayó hacia delante con las manos abiertas en busca de algo a que agarrarse.

—¡Pero qué…! —Una sorprendida voz retumbó en la cabeza del juez—. Tómeselo con calma, abuelo.

El que había hablado era un fornido gigante en bañador, que estaba observando un programa de televisión tridimensional cuando Harpur cayó encima de él. Se quitó las gafas receptoras y las diminutas y precisas imágenes brillaron mientras se movían igual que distantes fogatas. Un susurro musical salía de los auriculares.

—Lo siento —se excusó Harpur—. He tropezado. Lo siento.

—No tiene importancia. ¡Hey! ¿No es usted el juez…?

Harpur siguió avanzando mientras el hombretón tiraba excitadamente del brazo de la mujer que le acompañaba. «No deben reconocerme», pensó Harpur, en medio del pánico que sentía. Se escondió entre la multitud, empezando a perder el sentido de la orientación. Otros seis desesperados pasos y la aguja volvió a alcanzarle, en esta ocasión introduciéndose hasta la empuñadura antiséptica. Gimió mientras la plaza giraba pesadamente. «Aquí no —suplicó—, aquí no, por favor.»

Sin saber cómo, se salvó de la caída y siguió andando. Al alcance de su mano, pero a un millón de kilómetros de distancia, una mujer invisible emitió una risa maravillosa y desenfadada. El dolor volvió al borde de la plaza, aún más decisivamente que antes… Una vez, dos veces, tres veces… Harpur chilló al notar que su músculo vital implosionaba con terribles calambres.

Empezó a desplomarse y entonces notó que le aferraban unas manos firmes. Harpur levantó los ojos al moreno joven que estaba sosteniéndole. El rostro bien parecido, arrugado por la preocupación, que asomaba entre rojizas brumas parecía curiosamente familiar. Harpur se esforzó en hablar.

—Tú… ¿tú eres Ewan Raddall, verdad?

Las negras cejas se fruncieron de asombro.

—¿Raddall? No. Nunca he oído ese nombre. Será mejor que

pidamos una ambulancia para usted.

Harpur forzó su mente para pensar.

—Eso es cierto. No puedes ser Raddall. Yo le maté hace cinco años. —A continuación habló en voz más alta—. Pero, si no sabes quién es Raddall, ¿por qué estás aquí?

—Volvía a casa después de ir a la bolera, y he visto a la muchedumbre.

El muchacho empezó a sacar del gentío a Harpur, sosteniéndole en pie con un brazo, y apartando cuerpos incomprensivos con el otro. El juez intentó ayudarle, pero era consciente de que sus pies se arrastraban impotentes sobre el cemento.

—¿Vives aquí, en Holt?

El muchacho asintió enfáticamente.

—¿Sabes quién soy? —volvió a preguntar Harpur.

—Lo único que sé de usted, señor, es que debería estar en el hospital. Llamaré a una ambulancia desde el teléfono de la bodega.

Harpur percibía vagamente que había algo de tremenda importancia en lo que habían estado hablando, pero no tenía tiempo para clarificar el tema.

—Escucha —dijo, obligándose a permanecer erguido un momento—. No quiero una ambulancia. Estaré perfectamente si llego a casa. ¿Puedes ayudarme a buscar un taxi?

El muchacho estaba inseguro, pero acabó encogiéndose de hombros.

—Será su funeral.

Harpur abrió cuidadosamente la puerta y entró en la acogedora oscuridad de la vieja vivienda. Durante el recorrido de vuelta sus ropas empapadas de sudor habían quedado húmedas y frías, y se estremeció irrefrenablemente mientras buscaba a tientas el interruptor de la luz.

Una vez encendida la lámpara, tomó asiento junto al teléfono y miró el reloj. Casi medianoche… A esa hora ya no habría misterio, ya no habría dudas acerca de lo que había ocurrido en el parque de la avenida Cincuenta y Tres cinco años atrás. Cogió el microteléfono, y en el mismo instante oyó que su esposa se movía en el piso de arriba. Había varios números a los que podía telefonear para enterarse de las revelaciones del vidrio lento, pero

la idea de hablar con un policía, un secretario o un miembro del ayuntamiento le parecía agobiante. Llamó a Sam Macnamara.

Siendo guardián, Sam no conocería el resultado de un modo oficial, aunque de todas maneras tendría la respuesta. Harpur intentó marcar el número de la línea directa con la caseta del guardián, pero las puntas de sus dedos se doblaron una y otra vez al tocar los botones y desistió.

Eva Harpur bajó las escaleras vestida con una bata y se acercó recelosa a su marido.

—¡Oh, Kenneth! —Se llevó la mano a la boca—. ¿Qué has hecho? Tienes un aspecto… Tendré que llamar al doctor Sherman.

Harpur sonrió débilmente. «Sonrío muchas veces estos días pensó desatinadamente. Es la única respuesta que un viejo puede dar a tantas situaciones.»

—Lo único que deseo es que me prepares café y que me ayudes a subir al dormitorio. Pero antes que nada, márcame un número en este artefacto.

Eva abrió la boca para protestar, y la cerró cuando su mirada se encontró con la de su marido.

En cuanto Sam se puso al teléfono, Harpur se esforzó en mantener la voz firme.

—Hola, Sam. Soy el juez Harpur. ¿Ya ha terminado el jaleo?

—Sí, señor. Después hubo una conferencia de prensa y también ha concluido. Supongo que habrá oído el resultado por la radio.

—La verdad es que no lo he oído, Sam. He estado… fuera hasta hace poco rato. He decidido telefonear a alguien para enterarme antes de acostarme, y su número me ha venido a la cabeza.

Sam se echó a reír de un modo vacilante.

—Bueno, han logrado efectuar una identificación positiva. Fue Raddall, efectivamente. Aunque supongo que usted siempre lo ha sabido.

—Supongo que sí, Sam.

Harpur notó que sus ojos ardían a causa de las lágrimas.

—De todos modos, se habrá quitado un buen peso de la conciencia, juez.

Harpur asintió cansinamente, pero dijo:

—Bueno, claro que me alegra que no hubiera un error judicial,

pero los jueces no hacen las leyes, Sam. Ni siquiera deciden quién es culpable y quién no lo es. Por lo que a mí respecta, la presencia de un peculiar fragmento de vidrio tiene muy poca importancia, en todos los sentidos.

Un buen discurso tratándose del «Juez de Hierro».

Hubo un prolongado silencio en la línea. Después, con un tono de algo similar a desesperación en su voz, Sam insistió.

—Ya sé todo eso, juez… pero de todas maneras debe de haberse quitado un buen peso de la conciencia.

Con grata sorpresa, Harpur comprendió que el hombrón irlandés estaba suplicándole. «Ya no tiene importancia —pensó el juez—. Por la mañana me jubilaré y me reuniré con la raza humana.»

—De acuerdo, Sam —dijo finalmente—. Digámoslo de este modo: dormiré bien esta noche. ¿Conforme?

—Gracias, juez. Buenas noches.

Harpur colgó el teléfono con los dedos fuertemente apretados, y esperó la paz.

5

Era más de medianoche cuando Garrod llegó a casa. La servidumbre estaba durmiendo, aunque un resplandor de luz amarillenta procedente de la entreabierta puerta de la biblioteca indicaba que Esther seguía levantada todavía. Ella no leía mucho, ya que prefería ver la televisión, pero le gustaba sentarse en la dorada cordialidad de la biblioteca. Garrod sospechaba que ello se debía a que era la única habitación que él no había modernizado ampliamente cinco años atrás, poco tiempo después de comprar la casa. Entró y encontró a Esther acurrucada en un sillón de cuero de alto respaldo, con las gafas de televisión cubriendo sus ojos.

—Llegas tarde. —Alzó una mano para saludar, pero no se quitó las pantallas de los ojos—. ¿Dónde has estado?

—He tenido que ir a un centro de investigación del ejército en un lugar llamado Macon.

—¿Qué quiere decir «en un lugar llamado Macon»?

—Es el nombre del lugar.

—Lo dices como si esperaras que yo no hubiera oído hablar nunca de ese sitio.

—Lo siento. No pretendía…

—¿Macon está en Georgia, verdad?

—Exacto.

—Los demás no somos completamente estúpidos, Alban.

Esther ajustó las gafas de televisión y se revolvió hasta encontrar una posición más cómoda.

—¿Quién ha dicho que…? —Garrod se mordió el labio y se acercó al mueble bar, donde las botellas de licor brillaban cálidamente en un estanque de luz—. ¿Estás bebiendo algo?

—No necesito beber, gracias.

—Yo tampoco necesito beber, pero de todas formas disfrutaré

haciéndolo.

Garrod mantuvo uniforme su voz, preguntándose por qué Esther estaba pinchándole. Era como si ella tuviera conocimiento anticipado de lo que él deseaba decir. Mezcló un bourbon suave con agua y se sentó cerca de la chimenea. La corteza gris y blanca de un tronco yacía en el hogar, crujiendo suavemente, y despidiendo ocasionales chispas anaranjadas que remolineaban en la oscuridad de la chimenea.

—Hay un montón de mensajes en el escritorio —dijo Esther en tono de censura—. Un hombre de tu posición no debería desaparecer días enteros sin ponerse en contacto con la oficina.

—Para eso empleo y pago muy bien a los directivos. Si son incapaces de ocuparse de los asuntos durante unas horas, no me sirven.

—El gran cerebro no quiere corromperse pensando en dinero. ¿No es eso, Alban?

—Yo no he dicho que tenga un gran cerebro.

—No, no eres lo bastante sincero para decirlo, pero en realidad te consideras una persona aparte. Cuando te dignas hablar con alguien hay una sonrisita en tu cara que dice: «Ya sé que hacer esta observación es perder el tiempo, pero la expongo por diversión, para ver si alguien intuye siquiera mínimamente su significado».

—¡Por el amor de Dios! —Garrod se inclinó hacia delante en su sillón—. Esther, divorciémonos.

Esther se quitó las gafas y le miró.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Qué motivo hay para que sigamos así?

—Así hemos estado durante bastantes años y ni una sola vez has mencionado el divorcio.

—Lo sé. —Garrod tomó un gran trago de su bebida—. Pero hay un límite. Esto no es lo que se espera de un matrimonio.

Al cabo de un instante Esther estaba levantada y mirándole atentamente a los ojos. Rió de un modo trémulo.

—¡Oh, Dios! Creo que finalmente te ha sucedido eso.

—¿Eso?

Una visión de carnosos labios plateados centelleó en la mente de Garrod.

—¿Cómo se llama ella, Alban?

Garrod se echó a reír, incrédulo.

—No hay otra mujer.

—¿La has conocido en este viaje?

—Te aseguro que tú eres la única. Y ya he tenido bastante.

—Vive en Macon. Por eso decidiste ir allí tan de repente.

Garrod miró con desprecio a su esposa, pero en su fuero interno le tenía miedo.

—Te lo diré claramente: no hay otra mujer. Desde que nos casamos no he pasado de estrechar las manos de otras mujeres. Simplemente, se me ocurre pensar que hemos ido demasiado lejos.

—A eso me refiero. Eres un tipo aburrido, Alban. Lo descubrí terriblemente pronto. Sin embargo, ahora hay algo que te agita. Y ella tiene que ser algo especial para haber encendido tu hoguerita.

—Ya he escuchado bastantes absurdos. —Garrod se puso de pie y cruzó la habitación hasta el escritorio—. ¿Qué opinas del divorcio?

—Opino que… ni pensarlo, guapo. —Esther se acercó a él, todavía sosteniendo las gafas, y Garrod oyó débiles voces que surgían de los auriculares—. Es lo primero que has querido de mí desde que descubriste que no necesitabas el dinero de papá. Es lo primero que me has pedido…, y voy a disfrutar asegurándome de que no lo consigues.

—Eres un tesoro —dijo lentamente, incapaz de expresar su cólera.

—Lo sé.

Esther volvió a su sillón, tomó asiento y se puso otra vez las gafas repletas de imágenes. Un rasgo de pacífica concentración se extendió por su menudo rostro.

Garrod cogió el delgado paquete de cintas-mensaje que estaba sobre su escritorio. La mayor parte eran copias mecánicas de mensajes orales, un sistema que a él le parecía más conveniente que tener que escuchar una serie de grabaciones. La que estaba encima del montón databa de hacía sólo una hora, y procedía de Theo McFarlane, el jefe de investigación de los laboratorios que Garrod tenía en Portston. Decía así:

«ESTRICTAMENTE CONFIDENCIAL. ESTOY UN NOVENTA POR CIENTO SEGURO DE LOGRAR EMISIÓN ACELERADA ESTA NOCHE. SÉ QUE TE GUSTARÍA ESTAR PRESENTE. PERO Mi PACIENCIA TIENE UN LÍMITE, AL. ME CONTENDRÉ HASTA MEDIANOCHE. THEO.»

Una helada excitación se apoderó de Garrod mientras ojeaba rápidamente las cintas y veía una serie de mensajes de McFarlane, todos relativos al mismo terna. Habían sido enviados a intervalos durante aquel mismo día. Al mirar el reloj vio que pasaban veinticinco minutos de la medianoche. Cruzó la habitación y arrojó los mensajes en el regazo de Esther para desviar su atención de la televisión.

—¿Por qué nadie se ha puesto en contacto conmigo para informarme de los proyectos de Theo?

—A nadie le está permitido interrumpir tus paseítos, Alban. Recuérdalo. Para eso tienes directivos.

—Sabes que el trabajo de los laboratorios es diferente —contestó bruscamente Garrod, reprimiendo el impulso de arrancar las gafas de la cara de Esther y partirlas por la mitad.

Se precipitó hacia el videófono y marcó el número del canal directo de la oficina de McFarlane. Un instante después, el seco rostro con gafas de McFarlane apareció en la pantalla. Sus ojos parpadeaban de fatiga detrás de las lentes bicóncavas que los hacían parecer de tamaño menor que el normal.

—Por fin, Al —dijo en tono desaprobador—. He intentado localizarte todo el día.

—He estado fuera de la ciudad. ¿Ya lo has hecho?

McFarlane negó con la cabeza.

—Problemas laborales. Los técnicos han insistido en descansar para tomar un café.

Su aspecto era de disgusto.

—Nunca te amoldarás a trabajar con seres humanos, Theo. Estaré ahí dentro de veinte minutos.

Garrod cortó la conexión, salió de la vivienda y se dirigió al garaje. Eligió el Mercedes de dos plazas y motor de rotor doble como mejor vehículo para un viaje por las afueras de la ciudad.

Mientras lanzaba el coche por el sinuoso camino cercado de arbustos que salía de la casa, Garrod se dio cuenta de que se había ido sin avisar a Esther; pero no había nada que decir aparte de que él iba a conseguir el divorcio como fuera…, y eso podía esperar hasta el día siguiente.

Durante el agitado trayecto, Garrod pensó en las implicaciones del mensaje que había recibido de McFarlane. Pese a nueve años de continua investigación, el vidrio lento había conservado su integridad en un aspecto vital: se negaba a suministrar información antes del momento determinado por el periodo de dilación inherente a su estructura cristalina. Una sección de retardita de un año de espesor conservaría durante un año las imágenes que almacenaba, y ningún tipo de coacción a cargo de un ejército de investigadores lo persuadiría a obrar de otro modo. Incluso con esa inflexibilidad, la retardita había encontrado miles de aplicaciones en todos los campos, desde la bisutería a la exploración de planetas. Pero de haber sido posible rebajar el periodo de retraso y liberar la información a voluntad, el vidrio lento habría sido enteramente independiente.

La base de la dificultad residía en que las imágenes no estaban almacenadas en el material en calidad de imágenes. Las variaciones en la disposición de luz y sombra se traducían en modelos de deformación que poco a poco pasaban de un lado a otro del vidrio. El descubrimiento de este hecho había resuelto una objeción teórica al principio de la retardita. En los primeros tiempos, cuando se creía que el retraso temporal estaba en función del grosor del material cristalino, algunos físicos habían observado que las imágenes que entraran con cierto ángulo debían surgir mucho más tarde que otras que atravesaran el material perpendicularmente. Para superar la anomalía había sido preciso postular que la retardita poseía un índice de refracción infinitamente grande, cosa que a Garrod, de un modo instintivo, no le gustó. Y por ello obtuvo una gran satisfacción personal al establecer la verdadera naturaleza del fenómeno de la transferencia piezolumínica, y al ver que dicho fenómeno recibía el nombre de efecto Garrod en los textos científicos.

No obstante, establecer la naturaleza del efecto no había alterado el hecho de que no existía acceso a las imágenes

almacenadas. Si el retraso temporal hubiera estado directamente relacionado con el grosor, habría sido posible fraccionar la retardita en hojas más delgadas y obtener antes la información. Pero en la práctica cualquier tentativa —por sutil o insidiosa que fuera— de intervenir en la estructura cristalina producía la eliminación de los modelos de deformación. Ni siquiera había un vislumbre de luz emitida. El material se limitaba a aflojar su asimiento al pasado, y se volvía negro como el azabache, una pizarra vítrea a la espera de grabar nuevos recuerdos.

Aunque le resultaba cada vez más difícil dedicar tiempo a los laboratorios, Garrod seguía teniendo gran interés personal en resolver el problema de la emisión acelerada. Ello se debía en parte a su egoísmo científico en relación con lo que él había descubierto, y en parte al vago conocimiento de que existían casos en que el vidrio lento actuaba como el agua y la fruta de Tántalo, torturando a los individuos cuya irresistible necesidad era sentir inmediatamente el frescor del conocimiento. No hacía mucho, Garrod había leído el relato periodístico de un juez fallecido poco después de una espera de cinco años para saber si el hombre al que había condenado a la silla eléctrica era declarado igualmente culpable por una hoja de vidrio lento, único testigo del crimen. No recordaba el nombre del juez, pero la realidad de su sufrimiento formaba parte de un modo desagradable de la imagen del mundo que tenía Garrod.

Sobre la calle por la que conducía, las hojas de vidrio lento relucían con el azul del cielo diurno, creando el efecto de ir a toda velocidad por un amplio túnel que tenía agujeros rectangulares en el techo. En una de las hojas vislumbró el dardo plateado de un avión de línea regular que había sobrevolado aquel punto hacía algunas horas.

El vigilante nocturno saludó desde su caseta cuando Garrod introdujo el Mercedes entre las puertas del edificio de investigación y desarrollo. La mayor parte del inmueble se hallaba a oscuras, excepto la sección de McFarlane, iluminada con una luz dorada. Garrod se quitó la chaqueta y la echó encima de una silla al entrar en el laboratorio. Un grupo de hombres se hallaban reunidos en tomo a uno de los bancos. El único que no estaba en mangas de

camisa era el mismo McFarlane; el jefe de investigación vestía, como siempre, un pulcro traje de calle de rectas hombreras. Se decía que McFarlane no había tocado un soldador desde el día en que pasó al directorio, pero su control sobre lo que ocurría en su departamento era absoluto y minucioso.

—Llegas justo a tiempo —dijo McFarlane, saludando con la cabeza a Garrod—. Tengo el presentimiento de que vamos a dar en el blanco.

—¿Sigues aplicando la técnica modificada de radiaciones Cerenkov?

—Y obteniendo resultados, además. —McFarlane señaló una hoja de vidrio lento, totalmente negra, montada en un armazón y rodeada por un conjunto de cajas grises, osciloscopios y un improvisado tablero de mandos—. Es una hoja de vidrio de tres días que fue regenerada ayer. Las imágenes que ha captado a partir de entonces no llegarán a este lado hasta mañana, pero creo que las haremos correr un poco más de prisa.

—¿Cómo lo sabes?

—Fíjate en estas curvas de difracción. —McFarlane indicó una pantalla—. ¿Ves lo diferentes que son de las que solemos obtener cuando proyectamos rayos X a través de la retardita? Ese resplandor demuestra que la velocidad de la imagen y la velocidad de la radiación Cerenkov han empezado a igualarse.

—Es posible que hayas reducido la velocidad de la radiación Cerenkov.

—Apuesto a que he acelerado la imagen.

—Algo va mal —indicó uno de los técnicos, con voz sosegada—. La curva distancia-tiempo está empezando a tomar una forma… exponencial.

Garrod examinó la imagen del osciloscopio e imaginó que la luz vertida en la hoja de vidrio lento durante tal vez treinta y seis horas estaba concentrándose, formando una onda, un pico…

—¡Tápense los ojos! —Gritó McFarlane—. ¡Apártense de aquí!

Garrod se llevó el brazo a la cara mientras los técnicos se alejaban en desorden; y entonces hubo una silenciosa llamarada blanca, un resplandor que encogió el corazón de Garrod, porque debía de ir acompañado de la detonación de una bomba infernal.

Bajó el brazo y vio a los demás, sólo difusamente, a través de una pantalla de imágenes consecutivas verdes y anaranjadas. El vidrio lento estaba negro como la noche una vez más, e igualmente pacífico.

McFarlane fue el primero en hablar, con una voz suave.

—Te he dicho que íbamos a forzar la salida de la luz de esa hoja… y no hay duda de que lo hemos logrado.

—¿Están todos bien? —Garrod examinó a los técnicos, que poco a poco convergían de nuevo en el banco—. ¿Le ha alcanzado directamente en la cara a alguno de ustedes?

Los técnicos movieron negativamente la cabeza.

—Todos estamos bien, señor Garrod.

—En ese caso hemos terminado. Anótense el turno nocturno entero y den tiempo a sus ojos para que se recuperen antes de volver a sus casas. —Garrod se volvió hacia McFarlane—. Tendrás que idear nuevos procedimientos de seguridad antes de avanzar más con esto.

—¡Como si no lo supiera! —Los ojos de McFarlane parecían magullados detrás de sus gafas—. Pero hemos conseguido luz, Al. Ha sido la primera vez en nueve años enteros de tentativas que alguien modifica la estructura de la retardita sin anular los modelos de deformación. Hemos obtenido luz… —Yo diría que sí. —Garrod recogió la chaqueta mientras se encaminaban hacia el despacho privado de McFarlane—. Será mejor que pongas a trabajar a los expertos en derecho patentarlo a primera hora de la mañana. ¿Hay tipos habladores entre tus muchachos?

—Son de confianza.

—Perfecto. No sé qué aplicaciones tendrá este invento tuyo, pero seguro que tiene muchas.

—Armas —aventuró sombríamente McFarlane.

—No lo creo. Demasiado engorroso; y el radio de acción sería muy corto con la absorción atmosférica. Pero tenemos la fotografía con flash, sistemas de señales en el espacio… Apuesto a que si transportas una hoja de cinco años hasta Urano en una sonda espacial y la descargas, el relámpago será detectable en la Tierra.

McFarlane abrió la puerta de su despacho.

—Echemos un trago para celebrarlo. Guardaba una botella para

esta ocasión.

—No sé, Theo.

—Vamos, Al. Además, tengo una frase nueva para ti. A ver qué te parece. —Señaló hacia delante con un fiero ceño en su rostro y gritó—: ¡Deja de jugar con ese cinturón, Van Allen!

—No está mal. No está muy bien, pero tampoco está mal.

Garrod dedicó una sonrisa a su jefe de investigación, amigo suyo desde los tiempos escolares. Solían bromear con una fantasía en la que los grandes científicos que habían dado nombre a diversos descubrimientos eran niños reunidos en un aula. Pese a tener una edad tan tierna, todos y cada uno de ellos estaban preocupados en cierto modo por el campo científico en que iban a triunfar a lo largo de sus vidas; sin embargo, el atormentado maestro no podía saberlo, y se esforzaba una y otra vez en obligarlos a prestar atención. Hasta la fecha, y en esa secuencia fantástica, el profesor había gritado: «¿Qué tienes en esa botella, Klein?» (a un incipiente topólogo), «¡Deja ya de agitarte, Brown!» (al futuro descubridor de la agitación molecular), y «¡Decídete, Heisenberg!» (al niño que un día iba a formular el principio de indeterminación). Garrod casi había abandonado el juego debido a que era difícil encontrar una frase nueva con el grado de universalidad requerido, pero McFarlane seguía trabajando y creando una nueva frase todas las semanas… Garrod vaciló en la puerta.

—Es un poco pronto para celebrarlo. Aún tenemos que explicar por qué se ha producido una reacción incontrolable y determinar qué haremos con ella.

—Puesto que hemos llegado tan lejos, el resto sólo es un problema de tiempo —dijo enfáticamente McFarlane—. Te garantizo que dentro de tres meses podrás coger una hoja de vidrio lento y ver cualquier escena que contenga, la que desees, igual que si proyectaras una película en tu casa. Piensa en lo que eso va a significar.

—Sí, para gente como la policía. —Garrod pensó en el juez anónimo—. Y para el gobierno.

McFarlane se encogió de hombros.

—¿Espionaje? ¿A eso te refieres? ¿Vidriodetectives? ¿Invasión de la intimidad? Los únicos que tendrán motivo de preocupación

serán los ladrones —cogió una botella de whisky de un aparador y sirvió dos generosas raciones en sendos vasos de borde dorado— Pero te diré una cosa: no me gustaría ser uno de esos tipos que están metidos en asuntos que no desean que lleguen a oídos de sus mujeres.

—A mí tampoco me gustaría —convino Garrod.

En el fondo de su vaso, en el punto donde la interacción de reflexión y refracción creaba un universo en miniatura, Garrod vio una mujer de cabello negro y labios plateados.

Al llegar a casa una hora más tarde, Garrod esperaba encontrar la vivienda a oscuras, pero había luz en varias habitaciones y vio a Esther en la puerta principal. Su esposa vestía una ceñida chaqueta de cheviot y llevaba un pañuelo atado al cabello. Garrod salió del Mercedes y, presintiendo problemas, subió las escaleras. Las luces de la pared revelaban que la cara de Esther estaba pálida y con señales de lágrimas. ¿Se trataba de una reacción tardía a su solicitud de divorcio?, se preguntó Garrod. Sin embargo, ella se había mostrado muy fría…

—Alban —dijo rápidamente Esther, antes de que él pudiera hablar—, he intentado localizarte en los laboratorios, pero el vigilante me ha dicho que acababas de salir.

—¿Algo va mal?

—¿Me acompañas a ver a papá?

—¿Está enfermo?

—No. La policía le ha detenido.

Garrod estuvo a punto de soltar una carcajada.

—¡Pero eso sería un delito de lesa majestad! ¿Qué se supone que ha hecho?

Esther se tapó la boca con temblorosas manos mientras decía:

—Aseguran que ha matado a un hombre.

6

—Tenemos todas las pruebas —dijo el teniente Mayrick, con un sereno espíritu servicial, indicativo de que estaba muy seguro de lo que decía y no veía riesgo en mostrarse franco.

Era un hombre joven, fornido, con canas prematuras y un rostro curtido que reflejaba competencia.

—¿Qué pruebas? Hasta el momento nadie ha presentado pruebas.

Garrod intentó mostrarse tan ágil y eficaz como el teniente, pero el día había sido increíblemente largo, y el whisky tomado con McFarlane ya se había disipado. La mirada de Mayrick era fija.

—Sé quién es usted, señor Garrod, y que tiene mucho dinero. Pero también sé que no estoy obligado a contestarle.

—Perdóneme, teniente… Estoy muy cansado, y lo único que deseo es volver a casa y acostarme, pero sé que mi esposa no me dejará dormir hasta que tranquilice su mente. Bien, ¿qué ha ocurrido?

—No sé si esto contribuirá a tranquilizar la mente de la señora Garrod. —Mayrick encendió un cigarrillo y echó el paquete sobre el escritorio—. Una de nuestras patrullas iba hacia el este por la avenida Ridge poco antes de la una de la madrugada, y los agentes encontraron el coche del señor Livingstone parado y con una rueda encima de la acera. El señor Livingstone estaba caído sobre el volante, drogado a más no poder.

»Al otro lado de la calle encontraron a un hombre muerto que ha sido identificado como William Kolkman. La muerte le sobrevino tras ser atropellado por un automóvil que iba a considerable velocidad. El guardabarros delantero izquierdo del coche del señor Livingstone estaba abollado de un modo totalmente acorde con las heridas de Kolkman, y ya hemos comparado muestras de la pintura

tomada de las ropas con pintura del coche.

»¿Qué opina de todo esto?

Mayrick se recostó y siguió fumando tranquilamente su cigarrillo.

—Da la impresión de que ya han declarado culpable a mi suegro.

—Esa es su reacción personal. Yo lo único que he hecho ha sido resumir la evidencia.

—Sigo sin poder aceptarla —dijo lentamente Garrod—. Tenemos, por ejemplo, la cuestión de las drogas. Boyd Livingstone nació en los años treinta, y por eso le gusta el alcohol; no lo considera como una droga. Pero siente una antipatía natural por cualquier cosa que salga de una caja para píldoras.

—Le hemos sometido a un examen médico, señor Garrod, y su suegro rebosa de MSR. —Mayrick abrió una carpeta azul y mostró a Garrod diversas ampliaciones fotográficas—. ¿Le parecen más creíbles estas fotografías?

Las fotografías, todas con la hora indicada en un ángulo, mostraban a Livingstone echado sobre el volante de su automóvil, primeros planos del guardabarros abollado, un hombre muerto vestido de un modo andrajoso que estaba caído en un charco de sangre pasmosamente grande y vistas generales del escenario del accidente, sometido a iluminación intensiva sin sombras.

—¿Qué es esto? —Garrod señaló unos objetos oscuros, similares a fragmentos pétreos, diseminados en el asfalto de la calle.

—Es el barro incrustado en las ruedas, que saltó a causa del impacto. —Mayrick esbozó una rápida sonrisa—. Es un detalle que olvidan los realizadores realistas cuando filman escenas de accidentes.

—Comprendo. —Garrod se levantó—. Gracias por la explicación, teniente. Tendré que esforzarme para que mi esposa afronte los hechos.

—Perfectamente, señor Garrod.

Se estrecharon las manos y Garrod salió del reducido y fríamente iluminado despacho. Avanzó por el pasillo y encontró a Esther y a Grant Morgan, el abogado de los Livingstone, en una antesala próxima a la entrada principal de las dependencias

policiales. Los ojos castaños de Esther le miraron, suplicándole que dijera lo que ella deseaba oír. Garrod meneó la cabeza.

—Lo siento, Esther. Esto tiene mal aspecto. No sé cómo se las arreglará tu padre para evitar una acusación de homicidio impremeditado.

—¡Pero es ridículo!

—Para nosotros sí. Para la policía…, bueno, no podían haberle detenido más de justicia.

—Será mejor que yo decida eso, Al —intervino Morgan. Era un hombre de aspecto aristocrático, inmaculadamente vestido aun en plena madrugada. En ese momento, simplemente por exudar confianza en favor de Esther, estaba ganándose sus honorarios—. Pronto aclararemos todo este absurdo.

—Buena suerte —replicó Garrod, haciendo que Esther le mirara colérica.

—Señor Morgan —dijo ésta—. Sé que debe de tratarse de un error, y deseo escuchar la versión de mi padre. ¿Cuándo podré verle?

—Ahora mismo…, supongo. —Morgan abrió la puerta, miró de un modo inquisitivo a cierta persona que había al otro lado, y asintió con satisfacción—. Todo está preparado, Esther. Quiero que no se preocupe por lo que puedan parecer las cosas en estos momentos.

Escoltó a Esther y a Garrod por el pasillo, donde un capitán de la policía y otros dos hombres les acompañaron a una habitación situada en la parte trasera del edificio. Al entrar en la sala, un hombre uniformado recogió las tazas del café en una bandeja y se fue. El capitán y sus dos compañeros hablaron con Morgan en voz baja y volvieron al pasillo, dejando que el abogado cerrara la puerta. Boyd Livingstone, vestido con esmoquin, yacía en un lecho de aspecto de hospital. Su rostro estaba anormalmente pálido, pero ofreció una lánguida sonrisa a Morgan y a Garrod mientras Esther se echaba en sus brazos.

—Esto es un lío infernal —musitó por encima del hombro de Esther—. ¿Hay periodistas ahí fuera?

—No. Yo me ocuparé de la prensa, Boyd —dijo el abogado, de un modo tranquilizador.

—Gracias, Grant, pero vamos a necesitar expertos para este asunto. Será mejor que localices al agente publicitario del partido, Ty Beaumont, y le digas que venga a verme inmediatamente. Esto va a tener una apariencia desastrosa, y habrá que llevarlo en la forma correcta.

Al escuchar la conversación, Garrod se quedó ligeramente desconcertado, hasta que recordó que su suegro era el candidato del Partido de la Mancomunidad Republicana a la representación de Portston en el consejo del condado. Nunca había considerado en serio la tardía entrada de Livingstone en la política de poca monta, pero Livingstone sí que parecía tomarlo en serio, y sin duda el ultraderechista Partido de la Mancomunidad Republicana se entristecería al saber que uno de sus miembros estaba acusado de abuso de drogas y de homicidio impremeditado. La cruzada particular de Livingstone era contra el juego, aunque adoptaba vigorosas posiciones en relación con todo tipo de vicios.

Morgan escribió algo en un cuaderno.

—Llamaré a Beaumont por teléfono, Boyd, pero lo primero es lo primero. ¿Resultaste herido en el accidente?

—¡Herido! —Livingstone parecía confuso—. ¿Cómo iba a resultar herido? —bramó, recobrando parte de su vigor—. Volvía a casa después de la cena de candidatos en el teatro de la ópera cuando comencé a sentirme un poco aturdido. Así que me detuve junto a la acera y aguardé a que la sensación desapareciera. Supongo que me dormí o perdí el conocimiento, pero no he estado envuelto en ningún accidente. ¡Yo no! —Sus ojos enrojecidos por la fatiga examinaron al grupo con aire beligerante y se fijaron en Garrod— Hola, Al.

—Boyd…

—De acuerdo, volveremos en seguida a ese punto —prosiguió Morgan, todavía tomando notas—. ¿Se tomó mucha droga en la cena?

—Lo normal, supongo. Los camareros la distribuían como si fuera confetti.

—¿Qué cantidad tomaste tú?

—Alto, un momento, Grant. —Livingstone se puso muy erguido en la cama—. Ya sabes que yo no me meto en ese tipo de cosas.

—¿Estás diciendo que no probaste la droga?

—Maldita sea, claro que no.

—Entonces, ¿cómo explicas el hecho de que, aparte del alcohol que había en tu sangre, el médico de la policía haya encontrado vestigios sustanciales de MSR?

—¿MSR? —Livingstone enjugó parte del sudor de su frente—. ¿Qué demonios es MSR?

—Un tipo de cannabis sintético… Una variedad bastante potente.

—Es obvio que mi padre no se encuentra bien —intervino Esther —. ¿Por qué está usted…?

—Todas las preguntas han de tener una respuesta —atajó Morgan, con una firmeza que Garrod no esperaba de él—. La policía hará todas estas preguntas, y hemos de tener preparada una buena serie de respuestas.

—Te daré una buena respuesta. —Livingstone intentó dar una palmada en el hombro de Morgan, pero su sentido espacial estaba tan trastocado que los dedos se movieron en el aire—. Alguien me metió eso en el cuerpo a escondidas. A propósito. Para que perdiera las elecciones.

Morgan suspiró con un gesto de tristeza.

—Me temo que…

—No me vengas con suspiros, Grant. Te aseguro que eso es lo que debió de pasar. Además, el problema de las drogas es improcedente. No pueden acusarme de atropellar a ese hombre mientras conducía bajo la influencia de drogas… porque frené y paré el coche antes de que sucediera nada.

Garrod se acercó al lecho.

—Eso no tiene sentido, Boyd. He visto la evidencia fotográfica.

—No me importa cuántas fotos has visto. Yo estaba allí, y aunque alguien me hubiera envenenado a medias, sé qué hice y qué no hice.

Livingstone cogió la mano de Garrod y la aferró, al tiempo que miraba a la cara a su yerno. Garrod experimentó una punzada de compasión por el otro hombre, y con la punzada llegó la repentina e ilógica convicción de que su suegro estaba diciendo la verdad, de que a pesar de las pruebas concluyentes quedaba espacio para la

duda. Morgan dejó a un lado su cuaderno de notas.

—Creo que tengo bastante para empezar, Boyd. Lo primero que hay que hacer ahora es sacarte de aquí.

—Quiero volver a hablar con el teniente Mayrick —dijo impulsivamente Garrod—. Recuerda, Boyd. ¿Hay algún otro detalle que pudiera ser de utilidad?

Livingstone volvió a dejarse caer en el almohadón y cerró los ojos.

—Yo…, yo estaba inmóvil junto al bordillo… y oía el motor… No, es imposible porque debí de apagarlo… y… y veo a ese hombre delante de mí, y me abalanzo hacia él muy de prisa… El ruido del motor es muy fuerte… piso el freno pero no sirve de nada… El chasquido, Al, ese terrible chasquido carnoso…

Livingstone dejó de hablar; acalló su acento de sorpresa, como si estuviera enterándose de algo en aquel mismo momento, y las lágrimas se escaparon de sus cerrados párpados.

Garrod se levantó temprano y desayunó a solas debido a que Esther había pasado la noche en la vivienda de sus padres. Experimentaba la sensación de tener arena en los ojos por culpa de la falta de sueño, pero se dirigió directamente a la planta con la intención de ponerse a trabajar con McFarlane y los expertos en derecho patentarlo de la empresa.

Le resultó difícil concentrarse, empero, y al cabo de una hora de fútiles esfuerzos delegó la responsabilidad de la reunión en Max Fuente, su ejecutivo principal. En la intimidad de su despacho interior, Garrod llamó a la comisaría de Portston y preguntó por el teniente Mayrick. La telefonista, muy agradable, le dijo que Mayrick no iniciaría su tumo hasta el mediodía.

Garrod pensó que estaba mostrándose irrazonable. Morgan, con su experta mente legal, creía obviamente en la culpabilidad de Livingstone. Esther ya lo había aceptado y, al final, hasta el mismo Livingstone se creía culpable… Pero había algo en las pruebas que roía la tranquilidad mental de Garrod. ¿O se trataba de una muestra del egotismo intelectual de que le había acusado Esther? Si otras personas implicadas creían que Livingstone había matado a un hombre mientras conducía su coche bajo los efectos de un ofuscamiento provocado por las drogas, ¿iba él, Alban Garrod, a

maldecir a esas personas, y a ponerse por encima de ellas, llevado por el impulso de descubrir una verdad insospechada? «Aunque así fuera —decidió—, el resultado final será el mismo.»

Meditó unos instantes, y se resolvió a utilizar una vieja técnica estimuladora de inspiración. Sacó un gran taco de papel de un cajón y empezó a escribir, a intervalos muy espaciados, títulos relativos a todos los aspectos de las declaraciones de Mayrick y Livingstone que recordaba. A continuación anotó detalles, sin importarle que fueran triviales, y pensamientos inducidos. La hoja de papel estaba casi llena después de transcurrir treinta minutos. Garrod pidió café y contempló la hoja mientras sorbía el caliente líquido. Finalmente, cuando casi había vaciado la segunda taza, cogió el bolígrafo y trazó un círculo en torno a una frase que Livingstone había pronunciado el día anterior. Se hallaba bajo el encabezamiento AUTOMÓVIL, y decía: «El ruido del motor es muy fuerte».

Garrod había estado en el Rolls con motor de turbina de Livingstone, y estaba familiarizado con ese tipo de coche. Según su experiencia, era prácticamente imposible oír el motor, incluso a plena potencia.

Mientras terminaba el café trazó un círculo en torno a otro detalle; después llamó a Grant Morgan.

—Buenos días. ¿Cómo está el viejo?

—Completamente dormido, gracias a los sedantes. —Morgan parecía impaciente—. ¿Quería verme por algo especial, Al? Estoy trabajando bastante en provecho de Boyd.

—Igual que yo, si quiere que le diga la verdad. Anoche mi suegro dijo algo respecto a que le había drogado alguien que deseaba que perdiera sus insignificantes elecciones. Sé que esto le parecerá una locura, pero ¿hay alguien que tenga un buen motivo para apartar a Livingstone del consejo del condado?

—Caramba, Al, va usted al galope…

—Desbocado, lo sé, pero va a responder a mi pregunta, ¿o quiere que investigue en la ciudad?

Morgan hizo un gesto de indiferencia, un gesto extrañamente incongruente.

—Bien, ya sabe las ideas de Boyd respecto al juego. Lleva tiempo presionando para que se controlen los casinos de una manera más

estrecha, y si llega al consejo no hay duda de que apretará las clavijas. Lo dudo, pero…

—Con eso me basta. En realidad no estoy interesado en el motivo, sólo en la posibilidad. Bien, ¿ha estado alguna vez en el coche de Boyd?

—Un Rolls, ¿verdad? Sí, Boyd me ha llevado varias veces. ¿Cómo suena el motor?

—¿Tiene motor? —Morgan aventuró una sonrisa—. Tuve la sensación de que un cable invisible tiraba del automóvil.

—¿Quiere decir que nunca ha podido oír el motor?

—Pues… efectivamente.

—En ese caso, ¿cómo explica la observación que hizo Boyd anoche? —Garrod cogió su taco de papel y leyó—: «El ruido del motor es muy fuerte».

—Si yo tuviera que explicarlo, diría que un posible efecto secundario del MSR es un acrecentamiento de la percepción sensorial.

—Esa percepción sensorial acrecentada ¿es compatible con que Boyd cayera inconsciente sobre el volante?

—No soy experto en narcóticos, aunque…

—Déjelo, Grant. Ya le he hecho perder bastante tiempo.

Garrod cortó la conexión y volvió a estudiar sus notas. Poco antes del mediodía dijo a su secretaria, la señora Werner, que iba a salir por asuntos personales; abandonó la planta y se dirigió a la comisaría bajo un cielo gris acero. El edificio estaba atestado, y tuvo que aguardar veinte minutos antes de que se le permitiera entrar en el despacho del teniente Mayrick.

—Lamento el retraso —dijo Mayrick en cuanto ambos tomaron asiento—, pero usted es culpable en parte del exceso de trabajo que hay en esta sección.

—¿Cómo es eso?

—Han tantos vidriospías en estos tiempos… Los mirones solían ser un problema; si había una queja, el tipo se largaba corriendo o lo cogías, y el riesgo implícito impidió que esos actos se convirtieran en pasatiempo popular. Ahora hay gente que coloca vidriospías por todas partes: habitaciones de hotel, lavabos, en cualquier sitio imaginable. Y cuando alguien lo advierte y presenta

una queja, no tienes más remedio que vigilar el lugar y esperar a que el mirón regrese y recoja lo que le pertenece. Después tienes que demostrar que él fue la persona que lo puso allí.

—Lo siento.

Mayrick agitó la cabeza ligeramente.

—¿Para qué ha venido a verme?

—Bueno, ya debe de suponer que es por las acusaciones que hay en contra de mi padre político. ¿Está totalmente cerrada su mente a la posibilidad de que Livingstone haya sido mera víctima de un complot?

Mayrick sonrió y cogió su paquete de tabaco.

—Sé que en este caso no es correcto admitir que se tiene la mente cerrada a algo, pero a veces me canso de parecer liberal, consciente y todas esas cosas… Sí, mi mente está cerrada a esa posibilidad. ¿Y bien?

—¿Le importa que exponga algunos puntos?

—No. Adelante.

Mayrick le animó con visibles ademanes, creando remolinos de humo.

—Gracias. Primero: esta mañana he oído por la radio que William Kolkman, el hombre que resultó muerto, frecuentaba las salas de apuestas que hay a lo largo del río. Bien, ¿qué hacía Kolkman paseando precisamente por la avenida Ridge a esa hora de la noche?

—No sabría decirlo. Quizás iba a robar en una de esas viviendas construidas por encargo… Pero eso no autorizaría a los conductores a ir en su caza.

—¿No le parece importante el detalle?

—No.

—¿Ni siquiera pertinente?

—Tampoco. ¿Tiene otros puntos?

—Uno de los recuerdos de mi suegro es que oyó un ruido muy fuerte de motor, pero… —Garrod vaciló, súbitamente consciente de lo superficiales que debían de parecer sus palabras—. Pero su coche no produce ningún ruido.

—Debe de ser magnífico que su padre político posea un coche tan perfecto —dijo Mayrick, con calculada voz neutral—. ¿Cómo

afecta al caso ese detalle?

—Bien, si él oyó…

—Escuche, señor Garrod —atajó bruscamente Mayrick, perdiendo la paciencia—. Dejando aparte el hecho de que su padre político estaba tan drogado con MSR que probablemente debió de pensar que estaba pilotando un bombardero, hay otras personas que oyeron ese automóvil supuestamente silencioso. Tengo declaraciones firmadas de personas que oyeron el impacto, que estuvieron en la escena del crimen al cabo de treinta segundos, que encontraron a Kolkman aún vertiendo sangre en su agonía, y que vieron al señor Livingstone en el automóvil que le mató.

—Usted no mencionó testigos anoche.

Garrod estaba sorprendido.

—Quizá porque anoche estaba ocupado. Y voy a estar ocupado hoy.

Garrod se levantó, dispuesto a marcharse, pero se encontró con que seguía hablando en tono de obstinación.

—Sus testigos no presenciaron el accidente.

—No, señor Garrod.

—¿Qué tipo de iluminación existe en la avenida Ridge? ¿Hojas de retardita?

—Todavía no. —Mayrick parecía estar maliciosamente divertido—. Mire, los residentes adinerados de esa zona han puesto objeciones a que se cuelguen grandes placas de vidriospía cerca de sus hogares, y el municipio sigue peleando con ellos al respecto.

—Comprendo.

Garrod tartamudeó una disculpa por haberse entremetido en la jornada laboral del teniente y salió del edificio. El tenue e ilógico destello de esperanza de poder demostrar que el mundo estaba equivocado respecto al accidente de Livingstone se había esfumado, pero Garrod se dio cuenta de que era incapaz de regresar a la planta. Condujo hacia el norte, lentamente al principio y cobrando velocidad después al admitir finalmente que iba a un lugar concreto.

La avenida Ridge era una faja de hormigón armado bordeado por árboles que serpenteaban hacia un ramal de las Cataratas. Garrod localizó el escenario del accidente, indicado por marcas de

tiza amarilla, y aparcó en las cercanías. Sintiéndose extrañamente cohibido, salió del coche e inspeccionó la somnolencia típica del mediodía de los tejados verdes e inclinados, el césped y el oscuro follaje. Se trataba de una zona donde en realidad no hacían falta las ventanoramas; las vistas que había desde las viviendas eran lo bastante placenteras. Sin embargo, las hojas de vidrio con tamaño de ventanas seguían siendo lo suficientemente costosas para convertirlas en excelentes símbolos de posición social. De las seis casas que tenían vista al lugar donde había ocurrido el accidente, dos poseían ventanas que parecían secciones rectangulares tajadas en las laderas de una colina.

Garrod volvió a su automóvil, cogió el videófono y marcó el número de su secretaria.

—Hola, señora Werner. Quiero que averigüe qué almacén suministró una ventanorama de gran tamaño a los ocupantes del dos mil ocho de la avenida Ridge. Ocúpese de ello ahora mismo, por favor.

—Sí, señor Garrod.

La imagen en miniatura de la señora Werner denotó la desaprobación que siempre acompañaba a cualquier tarea considerada por la secretaria como aparte de sus deberes normales.

—En cuanto haya hecho eso, póngase en contacto con el director del almacén y oblíguele a volver a comprar la ventanorama. Que invente cualquier motivo que le venga en gana y que pague el precio que sea.

—Sí, señor Garrod. —La cara de la señora Werner se oscureció todavía más—. ¿Y después?

—Ocúpese de que me envíen la ventanorama a mi domicilio. Esta noche, si es posible.

Garrod pretendía estar fuera de la oficina durante un periodo indefinido, pero una ausencia de tan sólo cinco días creó tal presión de trabajo, combinado con indirectas de dimisión de la señora Werner, que Garrod, de mala gana, convino en pasar varias horas en la planta. Metió el coche en la zona del aparcamiento que tenía reservada y se quedó allí unos instantes, intentando sacudiese la fatiga. El sol de primeras horas de la tarde llenaba el mundo de una luz rojizo-dorada que daba un aspecto curiosamente irreal a los

edificios circundantes; y en la distancia, enmarcada en perspectivas industriales, Garrod vio diminutas figuras blancas que jugaban un partido de tenis. Un dulce y nostálgico rayo de luz resaltaba a los silenciosos jugadores, transformándolos en una perfecta miniatura clásica. Garrod tenía el vago recuerdo de haber observado la misma escena hacía años, y ese recuerdo estaba repleto de significado, como si estuviera relacionado con una importante etapa de su vida; pero no pudo determinar la ocasión. El sonido de pisadas en la grava interrumpió sus pensamientos, y al volverse vio a Theo McFarlane acercándose al automóvil. Garrod cogió el maletín y salió del coche. McFarlane le señaló.

—Siempre constante, ¿eh, Planck?

—Desiste, chico. —Garrod le saludó con la cabeza—. ¿Algo nuevo?

—Nada de momento. He estado probando una gama completa de frecuencias y analizando las curvas distancia-tiempo con el ordenador, pero es preciso que pase cierto tiempo antes de que demos en el clavo. ¿Y tú?

—Más o menos igual; no obstante, estoy experimentando con varias frecuencias superpuestas, en heterodinaje, para comprobar si es posible acelerar el efecto pendular.

—Creo que pretendes ir demasiado rápido, Al —adujo McFarlane en tono de duda—. Ya hemos acelerado otras cincuenta hojas de vidrio en el laboratorio y la reacción sigue siendo incontrolable. Me gusta bastante tu método de frecuencias múltiples pero, sinceramente, no creo que estabilice…

—Ya te he explicado la razón de que no pueda dedicar más tiempo. Esther cree que su padre no podrá resistir una estancia en la cárcel, teniendo en cuenta su salud, y mi suegro se enfrenta a la muerte política a menos que…

—¡Oye, Al! Aunque alguien hubiera querido complicarle la vida no podría haberío hecho, no en esas circunstancias. Es decir, resulta tan lastimosamente obvio que Livingstone atropelló y mató a un hombre…

—Quizá no sea tan obvio —dijo obstinadamente Garrod—. Quizá todos los detalles cuadren con excesiva perfección.

McFarlane suspiró y arrastró el pie por la grava, dejando al

descubierto capas húmedas.

—Y no deberías estar trabajando en tu casa con vidrio de dos años, Al. Ya viste la llamarada que conseguimos con una acumulación de dos días.

—No hay almacenamiento calorífico. No hay peligro de que una reacción incontrolado haga arder mi laboratorio.

—Aun así…

—Theo —interrumpió Garrod—, no me lleves la contraria en este asunto.

McFarlane alzó sus fornidos hombros en un gesto de resignación.

—¿Yo? ¿Llevarte la contraria? Soy un judoka mental desde hace tiempo. Ya conoces mi filosofía para tratar a la gente: no hay acción sin reacción.

De repente, de un modo inexplicable, las palabras de McFarlane alancearon a Garrod. Theo agitó la mano para despedirse y se dirigió hacia su coche. Garrod intentó devolver el saludo, pero su atención se vio atraída por el revuelo que había en su organismo. Sentía que se le doblaban las rodillas, que su corazón había caído en un ritmo inestable y pesado, y un escalofrío se extendió de arriba abajo, del estómago a las ingles. En su cabeza había una presión que no tardó en alcanzar un máximo y explotar en una especie de orgasmo psíquico.

—Theo —dijo en voz baja—. No necesito el vidrio lento… Sé cómo se hizo.

McFarlane no le oyó; entró en su coche y se alejó. Garrod se quedó absolutamente inmóvil en el centro del aparcamiento hasta que el automóvil de su amigo desapareció de la vista, y entonces salió de su trance y corrió hacia el despacho. La señora Werner estaba aguardándole, con el pálido rostro tenso a causa de la impaciencia.

—Sólo puedo quedarme dos horas —dijo—, así que sería…

Garrod la rozó al pasar por su lado.

—Váyase a casa ahora mismo. La veré por la mañana.

Entró en su despacho privado, cerró la puerta de un portazo y se hundió en su sillón. Acción y reacción. Todo era tan sencillo… Un coche y un hombre chocan a cierta velocidad, y con la fuerza suficiente para abollar el guardabarros del vehículo y arrebatar la

vida al cuerpo humano. Debido a que los automóviles suelen moverse con rapidez y a que los hombres lo hacen con lentitud, un investigador que llega al escenario del accidente está condicionado a interpretar el suceso únicamente de una manera. En el contexto de la vida cotidiana, el coche debe de haber atropellado al hombre; pero considerando el accidente como un problema de mecánica pura, idéntico resultado fatal se obtendría si el hombre arremetiera contra el coche.

Garrod guareció su cara entre las manos mientras se esforzaba en visualizar el método. Se droga al conductor del coche, juzgando con sumo cuidado la dosis y el momento en que se administra, de forma que el individuo sea incapaz de controlarse en el lugar aproximado que se desea. Si el sujeto se mata en el proceso, será un beneficio adicional, y no hará falta poner en práctica la segunda fase del plan. Ahora bien, si el individuo logra frenar el automóvil sano y salvo, se tiene dispuesta una víctima apropiada, atontada o drogada hasta quedar inconsciente. Se cuelga de un vehículo a dicha víctima —un camión de averías con grúa saledizа sería ideal— y se le aplasta contra el coche aparcado. El individuo rebota en el vehículo y es encontrado a varios metros de distancia, mientras el criminal huye del lugar a gran velocidad, probablemente sin luces.

Garrod sacó del cajón el taco de papel y anotó los rasgos peculiares del caso que se acomodarían a su nueva teoría. Quedaba explicada la presencia de Kolkman en la avenida Ridge a esas horas de la noche. Quedaba explicado el fuerte ruido del motor escuchado por Livingstone y el resto de los testigos. «Piso el freno pero no sirve de nada», había dicho Livingstone cuando aún estaba bajo los efectos de la conmoción… Pisar el freno no habría cambiado nada si el coche no estaba moviéndose.

¿Y cómo detectar el crimen en ese momento? El muerto tendría vestigios de cierta droga en la sangre, o una herida adicional sin relación con el «accidente». Sus ropas tendrían marcas de un gancho u otro medio de suspensión, y un examen de las cámaras de vidrio lento en las calles que llevaban a la avenida Ridge demostraría que un camión de averías u otro vehículo apropiado había estado en el lugar exacto en el momento oportuno.

Garrod decidió llamar a Grant Morgan, y estaba volviéndose

hacia el videófono cuando el timbre del aparato sonó para anunciar una llamada. Apretó el botón de respuesta y se encontró mirando a su esposa. El fondo de estanterías y equipo diverso le indicó que Esther se hallaba en el laboratorio de su hogar.

Esther se tocó nerviosamente su cabello cobrizo.

—Alban, yo…

—¿Cómo has entrado ahí? —Quiso saber Garrod—. Cerré la puerta con llave, y te dije que te mantuvieras apartada del laboratorio.

—Lo sé, pero he oído una especie de zumbido y por eso he cogido la otra llave y he entrado.

Garrod se puso en tensión, alarmado. El zumbido debía de ser la señal automática de que la constante piezolumínica de la ventanorama había dejado de ser constante y estaba aumentando. Su equipo estaba programado para interrumpir el bombardeo de radiaciones en cuanto tal cosa sucediera, pero no había garantías de que produjera efecto. La hoja de vidrio lento podía explotar como una nova en cualquier instante.

—…La ventanorama se comporta de una forma extraña —estaba diciendo Esther—. Tiene mucho más brillo, y todavía va más de prisa. Mira.

El videófono giró en una toma panorámica y se detuvo cuando la ventanorama llenó la pantalla. Garrod vio un lago bordeado de árboles con una cordillera como fondo. El escenario debía estar en calma, pero en lugar de eso rebosaba de una actividad anormal. Las nubes remolineaban en el cielo, animales y pájaros eran veloces manchas casi invisibles, y el sol caía igual que una bomba. Garrod intentó mantener controlado el pánico que podía reflejar su voz.

—Esther, esa hoja va a explotar. Debes salir del laboratorio ahora mismo y cerrar la puerta inmediatamente después. ¡Sal en seguida!

—Pero me dijiste que a lo mejor veíamos algo que ayudaba a papá.

—¡Esther! —gritó Garrod—. ¡Si no sales de ahí ahora mismo jamás volverás a ver! ¡Por el amor de Dios, corre!

Hubo una pausa y a continuación Garrod oyó el sonido de las pisadas de su esposa y una puerta que se cerraba de golpe. Su

desabrido miedo declinó ligeramente —Esther se hallaba a salvo—, aunque el espectáculo de la ventanorama, que se disponía a aniquilar dos años de luz almacenada en una agotadora llamarada, le dejó inmóvil en el sillón. El sol se hundió detrás de las montañas y sobrevino la oscuridad…, pero sólo durante los instantes en que la luna cruzó el cielo igual que un proyectil plateado. Apareció otro día en forma de una explosión de fuego infernal que duró diez segundos, y a continuación…

La sobrecargada pantalla del videófono quedó en blanco.

Garrod enjugó una fría capa de sudor de su frente y un momento después los circuitos del videófono quedaron fijados mediante los canales de reserva. Al reaparecer la imagen, la consumida ventanorama era una hoja de pulida obsidiana, negra como la noche. Las partes del laboratorio visibles a los lados del vidrio lento tenían un extraño aspecto descolorido, como si se las viera en televisión monocroma. Pocos segundos más tarde, Garrod oyó la puerta que se abría, y luego la voz de Esther.

—Alban —dijo apocadamente su esposa—. La habitación ha cambiado. No queda color en ninguna parte.

—Será mejor que salgas de ahí hasta que yo vuelva.

—Pero si ya no hay peligro… Y la habitación está completamente blanca. Mírala. El videófono giró de nuevo y Garrod vio a Esther, con el pelo rojizo y el vestido verde botella destacando con increíble intensidad sobre el blanqueado espectro de una habitación. Suaves olas de una nueva alarma empezaron a extenderse por la mente de Garrod.

—Escucha —dijo, dando voz a su intranquilidad—. Sigo pesando que será mejor que salgas de ahí.

—Pero todo es tan distinto… Mira este jarrón… Era azul.

Esther dio la vuelta al jarrón, poniendo al descubierto un disco del color original situado en la parte inferior, que había estado protegida por la luz. La sensación de alarma de Garrod se hizo más fuerte, y se esforzó por poner en acción su entumecido cerebro. Puesto que la ventanorama había desprendido la luz que conservaba, ¿qué peligro podía existir en el laboratorio? La luz había sido absorbida por paredes y techo, y…

—Tápate los ojos y sal de ahí, Esther —dijo ásperamente—. El

lugar está lleno de fragmentos experimentales de vidrio lento, y algunos tienen dilaciones de sólo…

La voz de Garrod enmudeció mientras la pantalla se encendía por segunda vez. Esther chilló en medio de un entramado de brillantes rayos, y su imagen emitió un destello espectral, como una persona sorprendida en un fuego cruzado de rayos láser. Garrod corrió hacia la puerta de su despacho, pero la voz de Esther le persiguió por el pasillo y durante todo el trayecto hasta su casa.

—¡Estoy ciega! —gritaba ella—. ¡Estoy ciega!

7

Eric Hubert era un hombre sorprendentemente joven para hallarse en la cúspide de su profesión. Era rechoncho, tenía la piel sonrosada y probablemente había perdido el cabello de un modo prematuro, puesto que lucía una de las modernísimas pelucas de fijación directa (un adhesivo orgánico extendido sobre el cuero cabelludo, formando un exagerado pico en el centro de la frente, y una sedosa borra, también de color negro, esparcida encima mediante aire a presión). A Garrod le resultó difícil creer que era uno de los mejores oculistas del hemisferio occidental. Se sintió vagamente feliz porque Esther, sentada muy erguida al otro lado del enorme y liso escritorio, no pudiera ver a Hubert.

—Éste es el momento que todos esperábamos —dijo Hubert arrastrando las palabras, con una voz profunda que estaba en total desacuerdo con su aspecto—. Las fatigosas pruebas han quedado atrás, señora Garrod.

«Esto va mal —pensó Garrod—. No habría empezado así si la noticia fuera buena.» Esther se inclinó un poco hacia delante; su menudo rostro estaba sereno, al parecer, detrás de las gafas oscuras. El tono sosegado de Hubert estaba proporcionándole solaz en sus tinieblas. Garrod, escapando a pensamientos no pertinentes, recordó a una amiga de edad madura de su tía Marge que deseaba aprender a tocar el piano y, cohibida por su edad, eligió a un profesor ciego.

—¿Cuál es el resultado de las pruebas?

La voz de Esther fue firme y clara.

—Bien, le han dado un auténtico puñetazo en la mandíbula, señora Garrod. La córnea y el cristalino de ambos ojos han quedado opacos a causa del destello y, en el estado presente de la ciencia, la cirugía óptica no puede hacer nada por remediarlo.

Garrod meneó la cabeza con aire de incredulidad.

—Todos los días hay gente que se somete a transplantes de córnea. Y en cuanto a la opacidad del cristalino… ¿no es lo mismo que una catarata? ¿Qué le impide efectuar ambas operaciones con el intervalo apropiado?

—Estamos considerando un estado físico enteramente nuevo. La estructura actual de la córnea se halla alterada de un modo tal que se produciría un rechazo de los injertos al cabo de pocos días. De hecho, tenemos suerte de que no se haya producido una degeneración progresiva del tejido. Naturalmente, podríamos operar los cristalinos del mismo modo que lo hacemos con una catarata ordinaria, tal como usted ha indicado. —Hubert hizo una pausa y pasó los dedos por el incongruente y demoníaco pico de su postizo—. Pero su esposa no quedaría mejor sin una córnea sana y transparente que transmitiera luz.

Garrod miró la serena cara de Esther y apartó la vista rápidamente.

—Debo decir que me parece enormemente increíble que se pueda poner en mi pecho un corazón de cerdo, casi como una rutina, y que en cambio una sencilla operación de los ojos…

—En este caso la operación no sería sencilla, señor Garrod —dijo Hubert—. Mire, a su esposa le han dado una patada en la espinilla, y ahora tendrá que levantarse y seguir andando.

—¿Ah, sí? —Garrod se sintió repentinamente encolerizado por la manía de Hubert de usar analogías, puñetazos en la mandíbula y patadas en la espinilla, al referirse a la catástrofe de quedarse ciego —. A mí me parece que…

—¡Alban! —La voz de Esther tuvo un extraño tono regio—. El señor Hubert me ha ofrecido la mejor atención y los mejores consejos que el dinero puede comprar. Y estoy segura de que tendrá muchos pacientes que atender.

—No pareces entender lo que está diciendo.

Garrod notó que el pánico crecía en su interior.

—Pero si lo comprendo perfectamente, cariño. Estoy ciega, eso es todo. —Esther sonrió, mirando un punto situado justo a la derecha del hombro de Garrod, y se quitó las gafas, enseñando los globos blanqueados que eran sus ojos—. Llévame a casa.

Garrod sólo imaginaba una forma de describir su reacción ante

el coraje y la sangre fría de Esther: se sentía humillado.

Durante el descenso hasta el nivel de la calle, en el ascensor, Garrod se esforzó vanamente en pensar algo que decir, pero su silencio no pareció preocupar a Esther. Ella siguió cogida de su brazo con ambas manos, la cabeza bien echada hacia atrás, sonriendo un poco. Varios hombres aguardaban con cámaras en la entrada principal del edificio de Artes Médicas.

—Lo lamento, Esther —musitó Garrod—. Los de la televisión están esperando… Alguien ha debido de ponerles sobre aviso de que estamos en la ciudad.

—No importa. Eres un hombre famoso, Alban.

Esther se aferró con más fuerza a su brazo mientras ambos pasaban entre el grupo de periodistas y entraban en el automóvil que les aguardaba. Garrod se negó a efectuar comentarios ante los micrófonos, y al cabo de pocos instantes el coche se deslizó hacia el aeropuerto. Esther no había exagerado la fama de Alban Garrod. Su marido estaba en el centro de dos noticias distintas que habían captado y retenían el interés del público. La primera era una versión sensacionalista de cómo él, sin ninguna ayuda, había puesto al descubierto la tentativa de un sindicato del juego de Portston para hundir a su padre político. La segunda era el difundidísimo relato de una investigación secreta para producir una nueva y terrible arma con el vidrio lento, la cual se había cobrado la primera víctima en la persona de la esposa del inventor. Los primeros esfuerzos de Garrod para lograr que los medios de comunicación expusieran los hechos en su debida perspectiva había obtenido el efecto opuesto, y él había adoptado una línea contraria a la comunicación.

Al llegar al aeropuerto, Garrod distinguió el rostro y la barba pelirroja de Lou Nash entre la multitud y guió a Esther hacia el piloto. Otros periodistas y camarógrafos aguardaban cerca del avión de Garrod, pero el aparato se elevó rápidamente y efectuó el breve vuelo hasta Portston. Allí les aguardaba un mayor gentío de periodistas, pero en esa ocasión Garrod gozó de la ayuda de Manston, su director de relaciones públicas, y llegaron a casa en un tiempo sorprendentemente corto.

—Sentémonos en la biblioteca —dijo Esther—. Es la única

habitación que veo sin ojos.

—Por supuesto.

Acompañó a Esther hasta el sillón favorito de ésta y él tomó asiento delante. El frío y dorado silencio de la sala se cerró sobre ellos.

—Debes de estar cansada —dijo Garrod al cabo de unos momentos—. Pediré café para ti.

—No quiero nada.

—¿Algo de beber?

—Nada. Sólo quiero estar contigo, Alban. Tengo tantas cosas que reajustar…

—Entiendo. ¿Hay algo que yo pueda hacer?

—Sólo estar conmigo.

Garrod asintió, y volvió a sentarse para contemplar el sol de media tarde que cruzaba los elevados ventanales. El viejo reloj del rincón emitía su impasible tictac, creando y destruyendo distantes universos con cada oscilación de su péndulo.

—Tus padres vendrán pronto —dijo.

—No; les dije que esta noche deseábamos estar solos.

—Pero la compañía te sentaría bien.

—Tú eres las única compañía que deseo.

Cenaron a solas y después volvieron a la biblioteca. En todas las ocasiones en que Garrod intentó iniciar una conversación, Esther indicó con claridad que prefería no hablar. Garrod miró su reloj de pulsera: la medianoche estaba muy lejos, en la cresta de una montaña de tiempo.

—¿Qué me dices de los libros sonoros que te he comprado? ¿No te gustaría escuchar algo?

—No. Ya sabes que nunca me ha preocupado demasiado la lectura.

—Pero eso sería distinto. Sería como escuchar la radio.

—Escucharía la radio real si quisiera hacerlo.

—La cuestión es… Olvídalo.

Garrod se esforzó en guardar silencio; cogió un libro y se puso a leer.

—¿Qué haces?

—Nada… Sólo leer.

—Alban, hay algo que me gustaría mucho hacer —dijo Esther unos quince minutos después.

—¿Qué es?

—¿Podríamos ver juntos algún programa de televisión?

—No sé a qué te refieres.

—Llevaremos gafas distintas. —Esther denotaba un ansia infantil —. Yo escucharé el sonido con mis auriculares, y si hay algún detalle de la imagen que no pueda captar, tú me explicarás lo que ocurre. De esa manera ambos tomaremos parte, juntos.

Garrod vaciló. La palabra juntos había aflorado de nuevo, como sucedía con mucha frecuencia aquellos días en las conversaciones con Esther. Ninguno de los dos había vuelto a referirse a la cuestión del divorcio.

—De acuerdo, cariño —dijo Garrod.

Se acercó a un cajón, sacó los accesorios tridimensionales y puso uno de los juegos en el rostro serenamente expectante de su esposa. El ascenso cuesta arriba, hacia la medianoche, se estaba haciendo más largo y empinado.

La cuarta mañana Garrod asió a Esther por los hombros y la mantuvo frente a sí.

—Lo acepto —dijo—. Acepto que tengo parte de culpa en que hayas perdido la vista, pero ya no aguanto más.

—¿Ya no aguantas más qué, Alban?

Esther parecía herida y sorprendida.

—Este castigo. —Garrod suspiró, tembloroso—. Estás ciega, pero yo no. Tengo que proseguir mi trabajo…

—Para eso tienes directivos.

—… y mi vida, Esther.

—¡Todavía quieres divorciarse!

Esther se retorció para desasirse, dio unos pasos y cayó en una mesa baja. No intentó levantarse; se quedó tendida en el suelo, sollozando en silencio. Garrod contempló a su esposa un instante, desesperado, y luego la cogió en sus brazos.

Aquella misma tarde recibió una llamada de McFarlane. El jefe de investigación estaba pálido y fatigado, pero sus ojos, empequeñecidos por las lentes cóncavas, destellaban igual que circones.

Empezó preguntando por Esther con un tono casual que no logró ocultar su excitación.

—Esther está bien —dijo Garrod—. Pasa por un periodo de adaptación…

—Lo imagino. Eh…, ¿cuándo volverás al laboratorio, Al?

—Pronto. Dentro de algunos días. ¿Me has llamado sólo para pasar el rato?

—No. En realidad…

—Lo has conseguido; ¿es eso, Theo?

Garrod sintió un presentimiento. McFarlane asintió con solemnidad.

—Hemos obtenido emisión acelerada controlada. Un efecto pendular bastante definido, aunque con una frecuencia variable controlada mediante realimentación de la frecuencia de los rayos X. Los chicos tienen un trozo de vidrio lento en el dispositivo, y ahora mismo lo están acelerando como si fuera una película casera. Acelerándolo hasta una hora por minuto, decelerándolo cuando les apetece, casi congelando las imágenes.

—¡Control perfecto!

—Te dije que lo conseguiríamos al cabo de tres meses, Al… y eso fue hace diez semanas.

McFarlane parecía intranquilo, como si hubiera dicho algo que prefería haber callado; Garrod lo captó inmediatamente. Si él no hubiera sido tan egoísta, si no hubiera intentado hacer el descubrimiento por su cuenta pese a llevar años de atraso en los avances de los laboratorios, su esposa aún conservaría la vista. La responsabilidad y la culpabilidad eran suyas, y de nadie más.

—Felicidades, Theo —dijo Garrod.

—Esperaba sentirme contento. La retardita ya está perfeccionada. La dilación fija era lo único que lo impedía. A partir de ahora un simple trozo de vidrio lento es superior a la cámara más costosa del mundo. Todo lo anterior no es nada comparado con lo que se avecina.

—Entonces, ¿cuál es tu problema, Theo?

—Acabo de comprender que jamás volveré a estar completamente solo.

—No te preocupes por eso —dijo tranquilamente Garrod—.

Todos tendremos que aprender a vivir así.

TERCERA LUZ SECUNDARIA: Una cúpula de vidrio multicolor

La vida, cual cúpula de vidrio multicolor, mancilla el albo resplandor de la eternidad.

P.B. SHELLEY

El duelo entre el Diseñador y el Soldado Raso estaba entrando en su sexto año.

Era una lucha tranquila, amarga, caracterizada y hecha notable por el hecho de que había durado más que el invariable número de semanas. De acuerdo con las reglas no escritas que rigen ese tipo de cosas, el Diseñador debía de haber triunfado en una fase anterior, porque todos los recursos y todas las ventajas estaban de su parte.

El Diseñador se llamaba Lap Wing Chon, y aunque en último término era responsable ante el presidente Lin, la reputación de que gozaba en su provincia era tal que poseía la autoridad de un emperador. Brillante ingeniero civil —la profesión que le había valido su apodo popular—, Lap Wing Chon se había graduado en política, se había hecho famoso como teórico y en cierta fase de su vida había parecido estar destinado a ser primer mandatario de la República Popular. Su progreso en esa dirección se vio obstaculizado por los defectos afines del egotismo y el provincialismo, pero esos mismos puntos débiles reforzaron su posición entre la gente del estuario en que había nacido. El sistema

de instalaciones para controlar la pleamar diseñado por él, y que insistió en construir pese a ciertas quejas importantes del plan nacional respecto a la productividad de la zona, había salvado un número aproximado de medio millón de vidas al cabo de cinco años de terminarse. Era un hombre rudo, terco, inteligente, patriotero…, y la gente le quería. Dentro de las fronteras de su provincia, Lap Wing Chon poseía el equivalente del poder absoluto. Por ejemplo, podía haber ordenado la ejecución del Soldado Raso en cualquier instante de los seis años de su duelo, pero ése no era su estilo, y tampoco se había propuesto hacer tal cosa.

El Soldado Raso no era ni mucho menos soldado raso, y la explicación de que sólo él y Lap Wing Chon supieran o comprendieran por qué le llamaban así estaba en la naturaleza de su lucha. Se llamaba Lawrence Bell Evans. Había nacido en Portsmouth, Inglaterra, pero se había educado en Massachusetts, y era teniente de las Fuerzas Aéreas Norteamericanas cuando su avión fue alcanzado por un rayo durante un vuelo Manila-Seúl. El aparato se vio obligado a caer en dominios del Diseñador, y Evans, el piloto, fue el único miembro de la tripulación que sobrevivió al accidente. Dos décadas antes habría sido transportado hasta Pekín para ser ofrecido a su país en una subasta diplomática, pero se habían producido considerables evoluciones y cambios en el seno del Partido. El aviador no tenía valor político, de modo que su destino se hallaba únicamente en manos de Lap Wing Chon.

Ambos, el Diseñador y el Soldado Raso, se conocieron fugazmente una tarde cuando el primero se hallaba en una rutinaria visita a la fortaleza del siglo XII que supuestamente era un monumento histórico, pero que servía como lugar conveniente para albergar a diversos inadaptados y monstruos políticos.

Y se inició el intermitente duelo de seis años…

Al principio, el Diseñador no había estado muy interesado. El caso no había pasado de una idea suelta, un capricho. Lap Wing Chon menospreció inmediata e instintivamente a Evans por su cuerpo delgaducho y poco desarrollado, por el infantil color sonrosado de su cara y, más que nada, por la blandura que vio en los nerviosos ojos grises del aviador. Esa blandura, la patente falta de voluntad política y social, habían sido una afrenta para la entera

existencia del Diseñador, y algo le había impulsado a moldear la arcilla que le habían puesto en las manos.

El Diseñador había comenzado ofreciendo a Evans la propuesta típica. Era manifiesto que el norteamericano estaba envuelto en actividades hostiles a la República. Además, las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos le habían dado por muerto junto con el resto de la tripulación del avión desaparecido, por lo que ninguna maquinaria política estaba actuando en favor de Evans. Se encontraba abandonado, y se le podía enterrar sin dejar rastro. La República estaba autorizada a ejecutar a Evans sin más retraso, pero los ideales humanitarios que inspiraban a los líderes de la revolución los impulsaban a mostrarse compasivos. Si Evans confesaba su crimen y reconocía los numerosos crímenes de sus maestros, volvería de inmediato a su país.

Como era de esperar, Evans se negó.

Lap Wing Chon sonrió pacientemente, indulgentemente. E incrementó la presión.

En el transcurso del sexto mes se dio cuenta de que había subestimado al norteamericano. Evans era un ingenuo políticamente hablando, físicamente débil, tenía enorme miedo al dolor y a la muerte… y a pesar de todo poseía un núcleo interno de certidumbre, una armadura filosófica, que era inquebrantable.

—Quiero firmar la confesión, quiero volver al hogar —solía decir Evans—, pero ambos sabemos que sería una falsedad… En consecuencia, no puedo firmar.

Y en cierta ocasión comentó:

—Si usted mismo creyese en lo que dice ese papel, yo lo firmaría, y le engañaría, porque entonces no sería muy importante. Pero usted sabe la verdad, y yo sé la verdad, de manera que lo que está pidiéndome es que me someta a su autoridad y aniquile voluntariamente toda mi vida anterior. Eso es imposible.

En aquel momento Lap Wing Chon aún pensaba en su prisionero como «Evans» o «el norteamericano»… Pero un día Evans fue encontrado en su celda padeciendo neumonía lobular. En el transcurso de las fiebres subsiguientes, Lap le vigiló ansiosamente, temiendo la intervención de la muerte; y durante una vela junto a su lecho oyó al joven norteamericano musitar frases en su delirio.

—La noche anterior… —Las palabras apenas eran audibles en la alargada sala del hospital—. La noche anterior, estando con los otros rufianes, él bromeó, bebió sin cesar y maldijo…

El Diseñador, meticuloso en todo lo que hacía, tomó nota de las palabras en su cuaderno y, posteriormente, cuando se le aseguró que Evans se recobraría, dispuso una investigación para localizar la fuente. Luego cogió con cierta curiosidad la impresión fototipográfica que le entregó su secretario y leyó un poema titulado El Soldado Raso de los Buffs, con más interés que si hubiera desechado la hoja. El texto —Lap Wing Chon no se atrevió a clasificarlo como poesía— narraba un caso que tenía obvios paralelos con la situación de Evans. Un solitario inglés en manos de los chinos… Se te ordena arrodillarse y tocar el suelo con la frente… Se niega a doblegarse; acepta la muerte antes que el deshonor. La idea de que un solo humano adulto pudiera estar influido —o incluso sentir aprecio— por los principios imperialistas contenidos en el escrito divirtió y sorprendió al Diseñador. El texto también afectó a su visión de Evans, porque le permitió comprender el nivel político primario en que se cruzaban su vida y la del prisionero. No era un choque de ideologías, sino de ideas arquetípicas.

Dejó que pasaran varios meses, y entonces visitó a Evans en la celda. El norteamericano no se sorprendió al ver a Lap Wing Chon, ya que la visita sucedía durante un periodo en que se le permitía un contacto bastante frecuente con otros seres humanos. El Diseñador dejó que la conversación errara sin objeto durante un rato antes de referirse al tema del poema.

—Creo que en cierta ocasión me dijo que le gustaba la poesía —empezó.

—¿Ah, sí? No lo recuerdo.

—Podría disponer que usted tuviera algunas antologías.

—¿Sí?

Evans parecía poco interesado.

¿Quiénes son sus poetas favoritos?

—Los buenos.

El Diseñador asintió y se miró las manos, de piel veteada como la madera.

—¿Los buenos? ¿Qué opina del estilo chabacano del distinguido autor inglés sir Francis H. Doyle?

—Tal como usted dice —contestó Evans, enarcando ligeramente las cejas—, fue un distinguido autor inglés de estilo chabacano.

El Diseñador se echó a reír sumisamente.

—¡El Soldado Raso de los Buffs! El colmo del jingoísmo, ¿no cree?

—Supera a Kipling. A propósito, el término jingoísmo está en desuso desde hace bastante tiempo.

—«Que los hindúes giman y se arrodillen; un caballero inglés debe morir.» ¿No es increíble?

—Fantástico.

La reacción de Evans no fue la esperada por el Diseñador, y por eso cambió de táctica.

—¿Se considera usted así? ¿Como el Soldado Raso de los Buffs? —Debe de estar bromeando.

—Pero los paralelos son muy obvios —insistió el Diseñador—. La situación es prácticamente idéntica.

—No. Hay una gran diferencia.

—¿Cuál?

—En el poema, cuando el soldado se niega por primera vez a postrarse y tocar el suelo con la frente, el caudillo chino le hace matar. ¿Comprende? El caudillo estaba seguro de sí mismo… No tenía demasiada importancia que el soldado cediera o no. —Evans sonrió, enseñando unos dientes que empezaban a mostrar signos de deficiencia dietética—. En cambio usted no me matará, ¿no es cierto?

Quizá por centésima vez, el Diseñador abrió la diminuta caja forrada de cuero y examinó su contenido. Dos pequeños objetos vítreos relucían en sus alojamientos de terciopelo. Tenían una suave forma de cúpula, y brillaban con todos los colores posibles, igual que exquisitas piedras preciosas sin tallar.

«Han llegado justo a tiempo —pensó al cerrar la caja—. Después de seis años, la salud del Soldado Raso casi está destruida.» Respiró profundamente y entró en la habitación de discreto emplazamiento a que había sido trasladado el prisionero. El doctor Sing y dos enfermeros vestidos con chaquetas blancas se hallaban de pie junto

a la cama. Evans estaba inmóvil por completo, mirando fijamente el alto techo, con el consumido cuerpo cubierto hasta la barbilla.

—¿Es usted, Lap? —dijo débilmente—. ¿Me ha traído algo bueno esta vez?

—Algo muy especial esta vez, Larry.

El Diseñador abrió su cajita y la sostuvo cerca del rostro de Evans. El enfermo entrecerró los ojos.

—¿Joyas?

—Retardita. Vidrio lento. ¿Conoce el material?

—Oh, eso. —Evans volvió a apoyar la cabeza en el almohadón —. Estaban haciendo bisutería con vidrio lento cuando yo…

Su voz se quebró en la incertidumbre.

—Ahora tiene usos mucho más importantes, Larry. Se han descubierto técnicas para controlar la emisión de luz almacenada. Es posible ver cualquier cosa que un fragmento de vidrio lento haya visto, exactamente cuando se desee verla.

El Diseñador se aseguró de que su voz no revelara la excitación, el ansia y el miedo que vibraban en su interior.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—Vuelva a mirar dentro de la caja, Larry. Fíjese en la forma. ¿Qué le recuerdan?

Evans levantó la cabeza con patente esfuerzo.

—Dos diminutas cúpulas de cristal. Parecen lentes de contacto. ¿Son para mí?

—Sí. Muy bien, Larry. Usted hará un viaje.

—¿Adónde?

La voz de Evans mostró cautela.

—¿Ha oído hablar alguna vez de una población vietnamita llamada My Lay?

—No estoy seguro.

—Le refrescaremos la memoria. Su viaje le llevará a My Lay a un centenar de lugares similares. En algunos casos lo que verá será material filmado, pero conforme se vaya poniendo al día se encontrará mirando a través de un vidrio lento que estuvo en los escenarios reales. Estará allí, Larry. Por lo que respecta a la evidencia de sus ojos, usted estará realmente presente en todos esos lugares. Y seguirá estando allí, aunque se encuentre dormido,

contemplando y contemplando y…

—¿De qué clase de lugares está hablando?

—Ya lo verá. Va a participar en un recorrido por el mundo que su nación ha liberado con la ayuda del napalm y de las bombas antipersonales. Va a verse como otros le han visto a usted.

—Usted… usted no puede obligarme a mirar una cosa que no deseo ver.

—¿No?

El Diseñador hizo un ademán con la cabeza y los dos expectantes enfermeros dispusieron correas alrededor de la cama, anudándolas fuertemente sobre el pecho, caderas y piernas de Evans. El enfermo respondió haciendo girar sus ojos frenéticamente, a fin de evitar que los otros pudieran actuar. El doctor Sing cogió una reluciente pistola hipodérmico de su bandeja de instrumentos y disparó una minúscula nube de anestésico muy especializado en dirección a la sien de Evans. Los rápidos movimientos oculares cesaron casi al instante, y la mandíbula del norteamericano se aflojó. Mediante un objeto parecido a un pequeño calzador revestido de cromo, el doctor Sing hizo girar los ojos del prisionero en sus cuencas hasta dejarlos mirando hacia delante. El Diseñador le entregó la caja forrada de cuero.

¿Está seguro de que se halla en estado consciente?

—Está completamente consciente —replicó Sing—. Solamente le hemos privado del control de ciertos músculos sensibles.

Introdujo una gota de un líquido transparente en ambos ojos de Evans, cogió los discos de vidrio lento con un tubo de succión y los colocó en los inmovilizados globos oculares. Se aseguró de que los discos tenían la orientación correcta, comprobando que los puntos rojos del borde se hallaran en la posición doce en punto de un supuesto reloj, y se apartó de la cama. Evans tenía discos multicolores y fulgurantes en lugar de ojos. Sing cogió un objeto similar a una linterna negra, accionó el mando y apuntó la luz a la cara del prisionero durante algunos instantes.

Las joyas cobraron vida con torbellinos de movimiento microscópico.

El Diseñador aguardó a que el prisionero hubiera efectuado una gira por Ciudad atrocidad de doce horas seguidas, y entonces volvió

junto al lecho. Miró un largo instante la barbuda faz, propia del pincel de El Greco, con una mezcla de compasión y desprecio.

La boca de Evans estaba abierta, con los labios apartados de los ennegrecidos vestigios de sus dientes, y un fino reguero de saliva brillaba en su mejilla. El Diseñador tomó asiento y acercó la boca a la oreja de Evans.

—Larry —dijo suavemente—, sigo siendo su amigo, y lamento que hayamos tenido que forzarle a decir la verdad de esta forma. Quiero hacerle volver del lugar donde se halla ahora mismo… Lo único que ha de hacer es firmar la confesión. ¿Cuál es su respuesta, Larry?

Examinó el rostro de Evans, y los ojos, las anaranjadas puertas del infierno. Los ojos del Diseñador se desorbitaron de asombro.

Se levantó y retrocedió, con los dedos revoloteando nerviosamente hacia su boca.

—Algo va mal —murmuró—. El Soldado Raso está sonriendo.

—Le advertí que podía suceder esto, camarada —contestó el doctor Sing, detrás de Lap Wing Chon, en un tono desapasionado—. El prisionero ha escapado de usted.

Finalmente, Evans logró completar la transición a la psicosis sin más problemas. Había sido un largo trayecto, repleto de dolor y horror, pero todo había quedado atrás. Había vuelto a Inglaterra; la reina Victoria estaba segura en su trono, y él no tardaría en estar en su hogar. Quedaba muy poco camino que recorrer.

Los lejanos campos de lúpulo de Kent en torno a él parecían,
cual sueños, surgir y desvanecerse;
brillantes extensiones de cerezos en flor resplandecían,
una nívea capa viviente;
el humo sobre el hogar paterno,
en grises y apacibles remolinos ascendía…

El Soldado Raso Evans limpió el polvo de su raído uniforme color caqui, se echó el rifle al hombro y caminó a grandes zancadas, gozosamente, hacia el sol de un siglo de otros días.

8

La noticia de que Esther volvería a ver —aunque de un modo singularmente artificial— llegó cuando Garrod estaba envuelto en una serie de compromisos.

A primera hora de la mañana tenía una reunión con Charles Manston para discutir «asuntos generales de la política de relaciones públicas». Manston era un hombre alto y enjuto de facciones aguileñas y suelto cabello negro. Gustaba de un estilo de vestir muy británico, que incluía corbatas azul oscuro con lunares blancos, y hablaba con lo que Garrod definía como un acento del Atlántico medio; pero había sido un sobresaliente periodista y en la actualidad era un perspicaz y eficiente experto en relaciones públicas.

—Lo he estado viendo venir desde hace un año o más —dijo, encendiendo un cigarrillo de boquilla dorada—. La corriente de opinión pública está volviéndose en contra de nuestros productos.

Garrod ojeó los montones de recortes de periódico y copias de emisiones de radio y televisión que Manston había puesto en su escritorio.

—¿Seguro que no estás exagerando? ¿Existe ese animal, la corriente de opinión pública?

—Créeme, Alban, la corriente es muy real y muy potente. Si va en la dirección que tú deseas, maravilloso. Si va en contra de ti…, tienes problemas. —Manston le entregó una hoja de papel—. Es un análisis de la aceptación de nuestra imagen de acuerdo con estos recortes. Casi el sesenta por ciento de los artículos es abiertamente desfavorable a la retardita y productos derivados, y otro doce por ciento tiene connotaciones hostiles.

»Esto, Alban, es lo que en la profesión se denomina mala prensa.

Garrod examinó las cifras tabuladas, aunque el hábito de

Manston de dirigirse a él utilizando su nombre completo le había recordado a Esther y el mensaje recibido de Eric Hubert. La operación había sido un éxito, y Esther volvería a ver…, si se aceptaba que la sorprendente propuesta del cirujano era un medio de «visión».

—Fíjate en el análisis —estaba diciendo Manston—. Fíjate en el número de noticias que se ocupan de huelgas y otras acciones laborales provocadas por los sindicatos que se oponen a la instalación de cámaras de vidrio lento en las fábricas. Fíjate en esos artículos sobre las asociaciones pro derechos civiles opuestas a la decisión gubernamental de que todos los vehículos a motor lleven cámaras de vidrio lento. Y tenemos la nueva Liga por la Defensa de la Intimidad… Está haciéndose cada vez más…

—¿Qué propones al respecto? —dijo Garrod.

—Tendremos que gastar dinero. Puedo encargarme de planear una campaña de relaciones públicas, pero costará un mínimo de un millón.

La reunión se prolongó veinte minutos más, en los que Manston expuso sus ideas preliminares respecto a cómo planear la campaña. Garrod, que sólo escuchó a medias, dio su aprobación, y Manston se marchó corriendo, lleno de entusiasmo y gratitud. Garrod pensaba que si los recortes de periódico hubieran sido totalmente favorables a la retardita, su experto en relaciones públicas le habría urgido igualmente a invertir un millón, para flotar en la cresta de la ola. En aquellos momentos un millón tenía menos importancia que un solo dólar durante su infancia en Barlow, Oregon, aunque jamás había logrado quebrar el conocimiento impuesto por los años de tacañería pasados con su tío. Siempre que firmaba un cheque importante o autorizaba una fuerte inversión de capital, veía a su tío palideciendo de temor.

Su siguiente reunión era con Schickert, director de la sección de pinturas luminosas. El producto básico era una emulsión tixotrópica de resina y minúsculos granos de vidrio lento con diversos periodos de dilación que iban de unas horas hasta varios días. La principal aplicación de la pintura era en el campo de la arquitectura (los edificios pintados con ella brillaban tenuemente por la noche), aunque otros fabricantes de pintura habían hecho pedidos sin

precedentes de partículas de retardita. Schickert deseaba autorización para una nueva factoría que aumentaría la producción hasta mil toneladas semanales. De nuevo, Garrod se dejó convencer mientras sus pensamientos estaban en otra parte. Por fin, miró su reloj de pulsera, vio con gran alivio que debía partir hacia Los Angeles antes de una hora, y huyó de la oficina.

—Hay cierta incomodidad en esta fase —dijo Eric Hubert—, pero la señora Garrod vuelve a ver.

—¡Por fin! —Garrod tuvo dificultad en que sus palabras se correspondieran con el calidoscopio de sus sentimientos—. Yo… le estoy muy agradecido.

Hubert se pasó los dedos suavemente por el corte de cabello artificial, terminado en V sobre la frente, que le hacía parecer un sonrosado y escultural Mefistófeles.

—La operación en sí fue muy sencilla en cuanto cerramos la cámara anterior con una capa de jalea plástica inerte. Eso nos permitió extraer las cápsulas oculares y formar rendijas permanentes en las córneas sin perder… Lo siento… ¿Lo encuentra desagradable?

—En absoluto.

—Una de las desventajas de ser cirujano oculista es que no puedes alardear demasiado de tu trabajo. El ojo es un órgano sorprendentemente resistente, y sin embargo muchas personas, en especial los varones, no soportan que se les expliquen detalles ni siquiera de la operación más simple. Una persona es sus ojos, ya sabe. Se trata de una especie de reconocimiento instintivo del hecho de que la retina es una extensión del cerebro, y en consecuencia…

—¿Puedo ver a mi esposa?

—Naturalmente. —Hubert no hizo ningún movimiento para levantarse de la silla. Se puso a reordenar montones de documentos —. Antes de que vayamos a la habitación de la señora Garrod deseo asegurarme de que usted sabe qué cosas se le exigen.

—No comprendo.

Garrod empezó a sentirse intranquilo.

—He intentado convencer a la señora Garrod de que una enfermera experta en oftalmología fuera a verla todos los días, pero su esposa no ha querido escucharme. —Hubert miró a Garrod con

ojos serenos, evaluadores—. Ella desea que usted le cambie los discos todas las mañanas.

—¡Oh! —Garrod notó que su estómago se contraía de asco y que sus genitales intentaban escabullirse en las cavidades proyecto ras del cuerpo—. ¿Qué implica eso con exactitud?

—Nada que usted no pueda hacer —dijo cordialmente Hubert.

De repente Garrod se despreció por haber permitido que su opinión del cirujano se viera influida por el aspecto más bien ridículo de aquel hombre.

—Aquí están los discos —añadió el cirujano.

Abrió una caja plana y dejó al descubierto diversos objetos de vidrio dispuestos por pares. Eran discos de menos de un centímetro de diámetro, con apéndices de vidrio curvados hacia arriba, que parecían transparentes miniaturas de sartenes. Algunos discos tenían un color negro como el azabache, otros reflejaban color y luz. Hubert sonrió fugazmente.

—No hace falta que le explique, a usted precisamente, qué tipo de material es éste. Son discos de retardita con diferentes períodos de dilación: un día, dos días, tres días… El periodo más corto es de un día, porque no recomiendo que se abran las ranuras de las córneas más de una vez cada veinticuatro horas.

»Para cambiarlos tendrá que rociar los ojos de su esposa con una mezcla de inmovilizador y anestésico, coger firmemente los discos viejos por sus extensiones, sacarlos, colocar los discos nuevos y poner un poco de fusionador en las ranuras. Podría parecerle una empresa difícil, pero le enseñaremos la rutina antes de que su esposa abandone la clínica. Al cabo de un tiempo no le parecerá raro.

—Y por lo que respecta a mi esposa, ¿volverá a tener una visión real?

—Exactamente… Con la lógica excepción de que todo lo que verá tendrá un retraso de uno, dos o tres días, según los discos que utilice.

—Me pregunto qué relación tiene eso con la visión normal.

—Lo importante, señor Garrod —señaló Hubert con firmeza—, es la diferencia entre tener estos discos y no tener ojos ni discos.

—Perdone… Puede parecer que no aprecio lo que usted ha

hecho, y ése no es el caso. ¿Cómo está reaccionando Esther?

—Maravillosamente. Me ha dicho que solía ver muchos programas de televisión y que ahora podrá seguir haciéndolo.

—¿Y el sonido? —preguntó Garrod, con el ceño fruncido.

—Se graba y se reproduce en sincronía con lo que se ve. —La voz de Hubert adquirió entusiasmo—. Esta operación ayudará a mucha gente…; quizás algún día tengamos emisoras de televisión patrocinadas por el estado que emitan el sonido en una longitud de onda distinta exactamente veinticuatro horas después de las transmisiones visuales. Así, un aparato tridimensional ordinario, con ligeras modificaciones en los circuitos de audio…

La atención de Garrod se desvió a la aceptación del hecho de que su esposa volvía a ver. Esther había estado ciega durante casi un año, y en ese tiempo no habían estado separados una sola noche, y únicamente habían salido, quizás, en seis ocasiones. A Garrod le parecía haber aguantado eones en la dorada penumbra de la biblioteca, describiendo los hechos en interminables programas televisivos.

—Una voz interesante —comentaba Esther algunas veces—. ¿Cuadra con su dueño?

Otras veces ella tomaba la iniciativa y ofrecía largas visualizaciones de los «dueños» de las voces, y después pedía a Garrod que confirmara si había acertado. Pero, casi de un modo invariable, Esther no había acertado —incluso en casos en que Garrod sospechaba que ella podía describir a la persona de memoria—, y acogía las correcciones de su marido con una sonrisa tensa, melancólica, indicativa de que él estaba perdonado por haberla cegado; y ese perdón representaba una esclavitud más intensa. En otras ocasiones Esther pronunciaba las palabras más indulgentes y sofocantes posibles, las palabras que Garrod temía escuchar, dichas con una expresión radiante:

—Estoy segura de que el escenario que estoy creando para esta obra es mucho mejor que el que contemplan los televidentes.

No obstante, a partir de entonces Esther iba a tener imágenes propias, luz para sus ojos, y tal vez él lograría respirar de nuevo.

—Visitaremos ahora a la señora Garrod si ése es su deseo —dijo Hubert.

Garrod asintió y siguió al cirujano hasta la habitación individual. Esther estaba sentada en la cama de una resplandeciente sala llena de prismas de luz solar, la cual entraba oblicuamente por las ventanas. Llevaba unas pesadas gafas con los lados tapados, y a juzgar por la continua expresión de arrobamiento de su rostro, no les había oído introducirse en la habitación. Garrod se acercó a la cama y, tomando la decisión de que debía acostumbrarse a los resultados de aquella extravagante operación, miró la cara de su esposa. Unos impecables ojos azules parpadeaban al otro lado de las lentes de las gafas. Los ojos de una extraña. Dio un involuntario paso atrás, y se dio cuenta de que los ojos no habían respondido a su presencia.

—Olvidé decírselo —musitó Hubert—. La señora Garrod se opuso a llevar gafas oscuras. Lo que usa ahora son lentes de retardita programadas con los ojos de otra persona.

—¿Dónde han conseguido esas lentes?

—Se obtienen en el comercio. Muchachas con ojos bonitos ganan un dinero extra llevando lentes de retardita durante todo el día. Ciertas mujeres sin enfermedades oculares las usan por razones estéticas. Con una finísima trama de retardita se fabrican gafas que permiten una visión normal al usuario; pero cualquier otra persona que las mire ve los ojos programados. ¿No las había visto nunca?

—No. Últimamente he estado apartado del mundo —dijo en voz alta Garrod para llamar la atención de Esther.

—Alban —dijo ella de inmediato, y extendió las manos hacia él.

Garrod asió los cálidos y secos dedos de su esposa y la besó suavemente en los labios, siempre con los azules ojos de la extraña mirando indulgente a través de las gafas de Esther. Garrod bajó los ojos.

—¿Cómo te encuentras?

—¡Maravillosamente! Vuelvo a ver, Alban.

—¿Igual que antes?

—Mejor que antes; acabo de descubrir que siempre fui un poco miope. Ahora mismo estoy contemplando el promontorio de Piedras Blancas, creo, al otro lado del océano, y veo a kilómetros de distancia. Había olvidado cuántos matices de azul y verde hay en el mar…

La voz de Esther enmudeció, y sus labios se abrieron de placer. Garrod experimentó un principio de esperanza.

—Me alegro, Esther. Enviaré tus discos a cualquier parte del mundo que desees ver. Podrás estar en los teatros de Broadway, hacer viajes de placer…

—¡Pero eso sería estar separada de ti! —dijo Esther, riendo.

—En realidad no estarías lejos. Y yo siempre estaría cerca.

—No, cariño. No quiero desperdiciar este obsequio empleando el resto de mi vida en ver documentales. —Los dedos de Esther apretaron los de Garrod—. Quiero cosas personales, sencillas. Cosas que nos relacionen… como ir de paseo juntos por nuestros jardines.

—Una excelente idea, cielo, pero no podrías ver el jardín.

—Sí, lo vería… siempre y cuando diéramos nuestro paseo todos los días a la misma hora, y siempre siguiendo el mismo camino.

Una brisa fría sopló en la frente de Garrod.

—Eso significa vivir en el día de ayer. Pasearías por el jardín un día determinado, pero viéndolo tal como era el día anterior…

—¿No sería maravilloso? —Esther se llevó a los labios la mano de Garrod y besó los nudillos. Garrod notó el cálido aliento en el dorso de la mano—. Llevarás un par de discos, ¿verdad, Alban? Quiero que los lleves siempre encima, a todas partes donde vayas. De ese modo siempre estaremos juntos.

Garrod intentó retirar la mano, pero Esther se aferró a ella.

—Dime que lo harás, Alban. —Sus palabras eran como varillas de vidrio crujiendo al partirse—. Dime que compartirás tu vida conmigo.

—No te preocupes —dijo Garrod—. Haré cualquier cosa que desees.

Apartó los ojos de las manos frenéticamente aferradas de su esposa y miró la cara de ésta. Los azules ojos de la extraña le contemplaban con una satisfacción serena, inexpresivo.

9

El asesinato del senador Jerry Wescott tuvo lugar a las dos y treinta y tres minutos de la madrugada en una solitaria carretera varios kilómetros al norte de Bingham, Maine.

La hora de la muerte fue determinada con precisión debido a que el arma usada fue un cañón láser con potencia suficiente para vaporizar buena parte del coche en que viajaba el senador. El asesino eligió un lugar en que la carretera se hundía bruscamente en una depresión, evitando así que alguna persona viera la llamarada en la zona circundante, pero no que fuera captada por un satélite de observación militar tipo Sk-ll y que la información fuera transmitida a una estación subterránea de seguimiento. Desde la estación fue comunicada al Pentágono, y finalmente, antes de que hubiera transcurrido una hora, llegó a manos de las autoridades civiles.

Un cañón láser, si bien resulta efectivo, es un arma tremendamente indiscreta, y se dedujo que había sido utilizada debido a que aseguraba la destrucción de las cámaras de retardita del coche y cualquier fragmento de vidrio lento que pudiera haber en el vehículo. La comunidad criminal había aprendido sin tardanza que era desaconsejaba ser «visto» por el vidrio lento incluso en horas nocturnas, y aun estando lejos, a causa de las especiales técnicas ópticas que se usaban para «interrogar» al vidrio. Y puesto que ya era posible reproducir a voluntad las imágenes de la retardita, sin tener que esperar a que transcurriera el periodo normal de dilación, aún resultaba más imperativo tomar precauciones al respecto.

En este caso, el láser destruyó eficazmente toda la incriminadora retardita del vehículo. También carbonizó el cuerpo del senador, imposibilitando su reconocimiento; la identidad del muerto no

habría sido deducida durante algunos días de no haber sido porque el láser no logró quemar el contenido del maletín a prueba de fuego usado por Wescott.

El caso fue que la creciente ola de información, iniciada con una minúscula onda fotónica en una cámara en órbita, se extendió por las diversas redes de noticias y, en cuestión de horas, asumió las proporciones de un maremoto.

A despecho de que el suceso fuera o no previsible, a despecho de las numerosas ocasiones en que algo semejante había ocurrido en el pasado, el asesinato de un hombre que, probablemente, antes de un año iba a ser presidente de los Estados Unidos seguía siendo un notición.

10

La tarde era soleada, pero anduvieron por los jardines mientras Esther admiraba la lluvia del día anterior.

—Realmente maravilloso, Alban.

Esther tiró del brazo de Garrod, forzándole a detenerse cerca de un grupo de arbustos de intensos colores. Garrod recordó que el día anterior se habían parado en el mismo sitio; a Esther le gustaba crear la ilusión de que tenía una vista normal igualando los movimientos corporales de un día con los variables puntos de vista del día anterior.

—Veo la lluvia que cae en torno a mí —continuó Esther—, pero lo único que siento es el calor del sol. El sol es mi paraguas.

Garrod estaba casi convencido de que su esposa se esforzaba en ser profunda o poética, y por eso le apretó la mano para animarla, mientras se aseguraba de que su cara no entrara en la esfera de acción de los discos negros que relucían en la solapa de Esther. Había descubierto que una mirada de impaciencia o enojo grabada por los ojos indirectos de Esther, pero que no pasaba al cerebro de ésta hasta veinticuatro horas más tarde, suponía una tensión en sus relaciones más violenta que un espontáneo choque mutuo.

—Creo que deberíamos entrar —dijo Garrod—. La cena debe de estar a punto.

—Dentro de un momento. Ayer caminamos hasta el estanque para que yo viera la lluvia que caía sobre el agua.

—De acuerdo.

Garrod acompañó a su esposa hasta el borde del gran estanque. Esther se detuvo un momento en el embaldosado azul turquesa y se inclinó sobre los reflejos de los dos. Al mirar la lisa superficie del agua, Garrod vio los mismos ojos azules de la extraña detrás de las gafas de Esther. Cerca de los ojos, debido a la condensación del

reflejo de su esposa, había dos manchas negras como la noche que eran las ventanas por las que Esther miraba el mundo, pero que no podían ofrecer las imágenes hasta la misma hora del día siguiente. El reflejo de Garrod vibraba y menguaba junto al de su mujer, con anónimos hoyos oscuros en vez de ojos, igual que un detalle de un cuadro al óleo aumentado a un tamaño que revelaba todas sus imperfecciones. «Mi verdadero yo está ahí abajo —fue el pensamiento fugaz que pasó por su mente—. Y yo soy el auténtico reflejo.» Respiró profundamente, pero el aire parecía no llegar a sus pulmones. Su corazón estaba hinchado como una almohada; llenaba su pecho con frustrados latidos huecos; le estrangulaba.

—Vamos a caminar —ordenó Esther.

Se alejaron hacia la casa color hiedra para cenar. Como siempre, Esther tenía una ensalada de marisco; prefería una dieta repetitivo a una alimentación variada, con gustos que no estuvieran en concordancia con las imágenes del día anterior. Garrod hizo una cena frugal y después se puso en pie. Esther cogió los discos de su solapa y los entregó a su marido. Garrod tomó la montura que ella le ofrecía y entró en su laboratorio, situado en la parte trasera de la casa, para preparar la sesión televisiva nocturna.

En un rincón del laboratorio había colocado uno de los antiguos televisores de pantalla grande, una grabadora y un mando automático que conmutaba los canales de acuerdo con las exigencias decididas anteriormente por Esther. Frente al televisor había un atril en el que Garrod puso los discos oculares de su esposa para que absorbieran los programas de la noche. En el atril había también algo que parecían unas gafas ordinarias pero que tenían dos discos de vidrio lento de veinticuatro horas en lugar de los cristales convencionales. Eran para él.

Garrod sustituyó las gafas por otras similares y conectó el televisor, la grabadora y la unidad de control. Se llevó una cinta y las gafas cargadas a la biblioteca, donde Esther ya estaba aguardando en su sillón de amplio respaldo. Al ponerse las gafas, Garrod se encontró contemplando un noticiario emitido hacía exactamente veinticuatro horas. Introdujo la cinta en un dispositivo reproductor, maniobró unos instantes para sincronizar el sonido grabado y se sentó al lado de su esposa. Así empezaba otra noche

hogareña.

Normalmente, Garrod soportaba con total indiferencia los noticiarios del día anterior, pero con la noticia del asesinato del senador Wescott fresca en su mente (se había enterado por la mañana), la experiencia te destrozó los nervios. Ayer era algo tan distante, perdido y fútil como las Guerras Púnicas. Y su esposa estaba haciéndole vivir con un día de retraso. Permaneció con los puños apretados y pensó en la única vez, hacía un mes, en que había intentado liberarse. Esther se había arrancado de los ojos los discos de retardita, chillando de dolor, y soportó la ceguera durante varios días, negándose a volver a ver hasta que él prometiera restaurar el nivel anterior de «unidad». La sensación de asfixia volvió a presentarse, y Garrod la combatió respirando de un modo profundo y controlado.

Habría transcurrido quizás una hora cuando McGill, el mayordomo, entró silenciosamente en la biblioteca y dijo a Garrod que había una llamada con prioridad procedente de Augusta, Maine.

Garrod contempló el rostro impasible de su esposa.

—Sabe perfectamente que no acepto llamadas de negocios mientras estoy en casa. Diga al señor Fuente que se ocupe de la llamada.

—El señor Fuente ha llamado por otro canal, señor Garrod. Ha dicho que ha dado este número privado al comunicante, y que es urgente que usted atienda personalmente la llamada.

McGill hablaba en voz baja en atención a Esther, pero tenía una expresión de terquedad en su rostro, dotado de una notable papada.

—En ese caso…

Garrod se levantó, complacido por la inesperada pausa en la atontadora rutina, se quitó las gafas y se dirigió a la sala de la planta baja que usaba como despacho. En el videófono había un hombre de fornida figura, elegantemente vestido, con ojos feroces y una espectacular veta blanca en su cabello.

—Señor Garrod —dijo el comunicante—. Soy Miller J. Pobjoy, jefe ejecutivo de la comisión policial del estado de Maine.

Garrod creía haber oído ese apellido aquel mismo día, pero fue incapaz de situarlo en su contexto.

¿Puedo hacer algo por usted?

—Puede hacer mucho, creo. Mi departamento está investigando el asesinato del senador Wescott, y solicito su colaboración.

—¡En una investigación criminal! No sé cómo puedo colaborar.

Pobjoy sonrió, enseñando unos dientes muy blancos, ligeramente desiguales.

—Vamos, señor Garrod… Aparte de Sherlock Holmes, usted es el detective aficionado más famoso que me viene a la memoria. —Estrictamente aficionado, señor Pobjoy. El caso de mi padre político fue un asunto privado.

—Reconozco que he de explicar que al hablar de detectives sólo bromeaba. La razón por la que le he llamado es… ¿Puedo suponer que estamos en un canal seguro?

—Sí. Además, dispongo de una cubierta de seguridad tipo 183 si lo desea.

—No es preciso. Hemos recuperado los restos de las cámaras de retardita del coche del senador y estamos seleccionando un equipo de expertos cuya tarea será comprobar si dichos restos contienen alguna información referente al asesino o asesinos.

—¿Restos? —Garrod notó que su interés se estimulaba— ¿Qué tipo de restos? Tengo entendido, de acuerdo con las noticias de la radio, que el vehículo quedó convertido en chatarra.

—Bien, ahí está el problema…; no estamos demasiado seguros de lo que tenemos entre manos. Tenemos trozos de metal pringoso, y pensamos que tal vez uno de ellos contenga una cámara de retardita. El mejor consejo técnico que nos han dado hasta ahora es que sería arriesgado partir el metal, por si el vidrio resultara dañado.

—Poca importancia tendría —dijo enfáticamente Garrod—. Si la cámara ha estado en contacto con metal al rojo blanco, los modelos internos de deformación habrán sido eliminados. La información habrá desaparecido.

—Desconocemos el estado del metal en el momento en que se formaron estos trozos; ni siquiera sabemos si se fundió por completo. Estuvo sometido a fuerzas explosivas.

—Sigo opinando que la información habrá desaparecido.

—¿Pero es posible que usted, un científico, un científico que aún

no ha visto lo que tenemos, haga una declaración positiva al efecto?

Pobjoy se inclinó hacia delante, mostrando su interés.

—Naturalmente que no.

—Así pues, ¿estará de acuerdo en examinar el material?

—De acuerdo. —Garrod suspiró—. Envíenlo a mis laboratorios de Portston.

—Lo siento, señor Garrod, pero tendrá que venir aquí. El caso se lleva en el estado de Maine.

—Yo también lo siento. No creo que pueda perder tanto tiempo y…

—Nos estamos jugando mucho, señor Garrod. Los asesinos ya han desvalijado excesivamente a este país.

Garrod pensó en el vehemente compromiso de Wescott para efectuar reformas sociales, en su odio al tipo de injusticia que nace de la desigualdad de oportunidades. La cólera ante la prematura muerte del senador había sido una contracorriente en sus pensamientos durante todo el día, pero de pronto se veía agobiado por una consideración completamente nueva; se le ocurrió que tendría que ir sin Esther.

—Intentaré colaborar —dijo en voz alta—. Dígame dónde podré reunirme con usted.

En cuanto acabaron de hablar y la pantalla quedó en blanco, Garrod se quedó inmóvil un instante, sondeando los falsos infinitos grises del videófono. Su primera reacción fue de júbilo infantil, pero la misma intensidad de la emoción le inspiró una sosegadora duda. «¿Por qué he permitido que Esther me crucifique?»

Se le ocurrió pensar que la cárcel más a prueba de fugas era aquella que tenía la puerta siempre abierta… siempre que el prisionero no tuviera valor para abrirla y salir. Su responsabilidad en la ceguera de su esposa radicaba en el hecho de haber olvidado la existencia de una segunda llave para entrar en el laboratorio; aunque si un adulto advierte a otro en términos claros…

—Así que vas a ir a Augusta —dijo Esther a su espalda.

Garrod se volvió para mirarla.

—No podía negarme.

—Lo sé, cariño. He oído lo que ha dicho el señor Pobjoy.

—¿No te importa?

Garrod estaba sorprendido por la serenidad de la voz de su esposa.

—No, siempre que me lleves contigo.

—Eso es imposible —dijo, inflexible—. Tendré que trabajar y viajar durante todo…

—Comprendo que yo sería un estorbo… si fuera en persona.

Esther sonrió y extendió una mano.

—Pero ¿de qué otra…?

La voz de Garrod se quebró al ver que Esther estaba ofreciéndole una de las cajitas que contenían ojos de repuesto.

A fin de cuentas, no iba a estar solo.

11

El avión de Garrod despegó a primera hora de la mañana, girando y planeando en el claro aunque turbulento aire de Portston, y se elevó hacia el este.

—Esta mañana hemos de volar bajo —le recordó Lou Nash por el intercomunicador—. Las líneas comerciales siguen estando prohibidas para nosotros.

—Ya lo ha mencionado otras veces, Lou —dijo sosegadamente Garrod, recordando la multa que el tribunal de tráfico aéreo les había impuesto por aquel alocado vuelo a Macon hacía una eternidad—. No se preocupe por eso.

—Esto de volar a baja altura y lentamente le está costando dinero.

—Ya lo he dicho, no se preocupe.

Garrod sonrió, consciente de que la preocupación de Nash no estaba relacionada con los costes del vuelo, sino con el hecho de que no podía dar rienda suelta al elegante proyectil. Se acomodó en el asiento y contempló el mundo en miniatura que flotaba abajo. Al cabo de unos instantes se dio cuenta de que los discos oculares de Esther, colocados en el soporte plástico de su solapa, estaban por debajo del nivel de la ventanilla. Desprendió el dispositivo, que contenía una grabadora, y lo situó en el borde inferior de la ventanilla, con los vigilantes círculos negros hacia fuera. «Disfruta de la vista», pensó.

—¡Hay otro! —exclamó bruscamente la excitada voz de Nash en los altavoces ocultos.

—¿Otro qué?

Garrod contempló un panorama de montañas color canela salpicadas de arbustos y atravesadas por una solitaria autopista. No vio nada anormal.

—Están rociando los cultivos a unos seiscientos metros de altitud.

La inexperta vista de Garrod aún no había encontrado algo que se pareciera a otro avión.

—Pero si aquí no hay cultivos…

—Eso es lo curioso. He visto tres de estos trastos en el último mes.

El avión se inclinó hacia la derecha, aumentando la vista desde ese lado, y de repente Garrod descubrió un diminuto crucifijo que relucía muy por debajo, siguiendo el mismo rumbo que ellos y dejando un rastro, una nube blanca que parecía ser humo. Mientras la contemplaba, la nube desapareció súbitamente.

—Acaba de localizarnos —dijo Nash—. Siempre dejan de rociar cuando te ven.

—Seiscientos metros es una altura excesiva para rociar los cultivos, ¿no es cierto? ¿Cuál es la altitud normal?

—Prácticamente en la superficie. Es otro detalle curioso. —Alguien debe de estar haciendo pruebas con el equipo, simplemente.

—Pero…

—Lou —dijo Garrod con voz severa—, hay excesivos controles automáticos en este avión…, y eso significa que usted está ahí sentado, completamente solo y sin nada en que ocupar su mente. ¿Querrá hacer el favor de pilotar el aparato usted mismo, o hacer un crucigrama?

Nash murmuró algo apenas audible y mantuvo un silencio que duró el resto del vuelo. Garrod, que había acortado sus horas de sueño nocturno para estar a punto para el viaje, dormitó, bebió café y dormitó de nuevo hasta que el videófono empotrado en el mamparo delantero sonó reclamando su atención. Aceptó la llamada y se encontró ante las aguileñas facciones de Manston, su director de relaciones públicas.

—Buenos días, Alban —dijo Manston, con su acento neutral—. ¿Has visto algún noticiario o periódico de la mañana?

—No, no he tenido tiempo.

—Has vuelto a salir en los titulares.

—¿Cómo?

Garrod se irguió.

—De acuerdo con todas las noticias sensacionalistas que he visto, estás en ruta hacia Augusta y muy confiado en poder determinar quién fue el asesino del senador Wescott tras examinar los restos del automóvil.

—¿Qué?

—Hay alusiones para todos los gustos en el sentido de que tienes una nueva técnica para lograr imágenes de muestras de vidrio lento fragmentado o fundido.

—¡Pero eso es una locura! Informé a Pobjoy que no había… —Garrod respiró para calmarse—. Charles, ¿hiciste alguna declaración a la prensa ayer por la noche?

Manston se arregló la corbata azul con lunares y puso cara de pena.

—¡Por favor! —dijo.

—Entonces debe de haber sido Pobjoy.

—¿Quieres que haga público algún tipo de réplica?

—No. No le prestes atención. Lo resolveré con Pobjoy cuando le vea. Gracias por llamar, Charles.

Garrod dio por terminada la conversación. Se recostó en el asiento e intentó poner la mente en blanco para dormirse otra vez, pero una brizna de inquietud se agitaba en sus pensamientos, igual que una resplandeciente serpiente retorciéndose en la superficie de una charca. El último año con Esther le había hecho volverse muy sensible a ciertas cosas, y en ese momento tenía la firme sensación de ser manipulado, de que otra persona le estaba utilizando. Las declaraciones de Pobjoy a la prensa no eran una simple imprudencia, eran una flagrante contradicción de la esencia de la única conversación que había mantenido con Garrod. No había dado la impresión de ser un hombre capaz de actuar sin un motivo bien pensado. Mas ¿qué esperaba conseguir?

El mediodía era claro y luminoso cuando el avión de Garrod aterrizó en la pista de un aeropuerto próximo a Augusta. Mientras el aparato se deslizaba en la zona de recepción del aeropuerto privado, Garrod miró a través de las ventanillas y vio el ya familiar grupito de reporteros y camarógrafos. Algunos de ellos llevaban hojas de retardita, pero los demás como reflejo de las luchas que se

estaban produciendo entre las secciones del sindicato de reporteros gráficos sostenían en sus manos el equipo fotográfico convencional. En el último instante Garrod se acordó de coger los discos oculares de Esther y asegurarlos a su solapa. Al salir del avión, los periodistas se precipitaron hacia la pista, pero fueron frenados por un fuerte contingente de policía uniformada. La alta y fornida figura de Miller Pobjoy se destacó con su traje de seda azul medianoche.

—Lamento que haya tanta gente —dijo tranquilamente, mientras estrechaba la mano de Garrod—. Le sacaremos de aquí en seguida. —Hizo una señal con la mano, apareció un automóvil junto al avión y en cuestión de segundos Garrod estuvo dentro y dirigiéndose hacia las puertas del aeropuerto—. Supongo que ya estará acostumbrado a que le traten como a una celebridad.

—No soy tan célebre —replicó rápidamente Garrod—. ¿Qué pretendían comunicando ese disparate a la prensa ayer por la noche?

—¿Disparate, señor Garrod?

Pobjoy parecía sorprendido.

—Sí… eso de la confianza en poder determinar quién fue el asesino con nuevas técnicas de análisis.

La arrugada frente de Pobjoy recuperó la tersura y el lustre color estaño.

—¡Oh, es eso! Alguien de nuestra sección de publicidad llevó su entusiasmo demasiado lejos, supongo. Ya sabe cómo son estas cosas.

—A decir verdad, no lo sé. Mi director de publicidad despediría al primer empleado que hiciera una cosa así. Y después yo le despediría a él por haber permitido que pasara eso.

—Alguien perdió el sentido, perdió la cabeza, eso es todo. —Pobjoy se encogió de hombros—. Para el estado es muy violento que Wescott fuera asesinado aquí… La única razón de que el crimen ocurriera en Maine es que el senador nos visitaba regularmente para cazar y pescar. Todo el mundo está ansioso por colaborar.

A Garrod le pareció extrañamente inaceptable la actitud del hombre de color, pero decidió olvidar el asunto. En el trayecto hacia el centro de Augusta se enteró de que los otros miembros del equipo de expertos eran un agente del FBI llamado Gilchrist y un

oficial encargado de investigaciones militares designado temporalmente por el ejército para ocuparse del caso. Este último resultó ser el coronel John Mannheim, uno de los pocos hombres de la institución militar con que Garrod podía tomarse una copa tranquilamente. Mannheim era además —y el pensamiento hizo que el corazón de Garrod diera un ligero vuelco— el jefe inmediato de la preciosidad de rasgos coreanos y labios plateados que, sin mover un dedo, había destrozado la cordura de Garrod durante un día. Abrió la boca para preguntar si el coronel venía acompañado de algún miembro de la secretaría, pero entonces recordó la grabadora de visión y sonido que llevaba en la solapa. Su mano se alzó instintivamente hacia el liso plástico.

—Un artefacto poco normal el que lleva ahí —dijo Pobjoy, sonriente—. ¿Es una cámara?

—Algo así.

—¿Adónde nos dirigimos?

—Al hotel.

—Ah. Creía que iríamos directamente a la jefatura de policía.

—Antes quiero que se refresque y coma algo. —Pobjoy volvió a sonreír—. Un hombre no rinde al máximo con el estómago vacío, ¿no cree?

Garrod meneó la cabeza con aire de duda mientras experimentaba de nuevo la sensación de estar manipulado.

¿Dispondremos de instrumental de laboratorio y taller?

—Todo está dispuesto, señor Garrod. En cuanto conozca a los otros miembros del equipo, y coma, nos desplazaremos a Bingham para que vean ustedes mismos el escenario del crimen.

—¿De qué servirá eso?

—Es difícil explicar lo útil que es siempre… pero se trata del punto de partida natural de todas las investigaciones de homicidios. —Pobjoy se puso a examinar la calle por la que pasaban—. Es útil, sabe usted, para tener la mejor imagen posible del crimen. Los ángulos y posiciones relativas… Aquí está el hotel. ¿Le gustaría echar un trago antes de comer?

Otro grupo de periodistas aguardaba en la acera junto al hotel, y de nuevo fueron contenidos por un todavía más numeroso contingente policial. Pobjoy saludó a los reporteros de un modo

amistoso mientras urgía a Garrod a que entrara rápidamente en el vestíbulo.

—No es preciso que se registre —dijo Pobjoy—. Me he preocupado de todos los detalles y su equipaje llegará ahora mismo.

Cruzaron una sección pródiga y lujosamente alfombrada, subieron tres pisos en el ascensor y recorrieron una corta distancia hasta una amplia habitación color verde claro y muy soleada que daba la impresión de haber sido usada para reuniones del Club Rotario. En esta ocasión había una sola mesa con veinte sillas. Se había preparado un bar en un rincón, y diversos hombres, con aspecto de políticos y funcionarios de policía, conversaban en pequeños grupos. Garrod distinguió inmediatamente a John Mannheim, que parecía un poco incómodo con su traje civil.

Pobjoy ofreció a Garrod un combinado de vodka y fue presentándole a los reunidos. El único nombre que retuvo Garrod fue el de Horace Gilchrist, el experto forense del FBI, que era un individuo con piel color de arena, cabello corto que crecía hacia delante y una expresión de tenacidad propia de la persona que tiene mal oído y está resuelta a no perder palabra. Garrod iba ya por su segunda bebida fuerte y una atmósfera de irrealidad dominaba sus sentidos cuando habló con Mannheim. Garrod llevó aparte al coronel.

—¿Qué sucede aquí, John? Me siento como si estuviera participando en una charada.

—Pero si es precisamente eso, Al…

—¿Qué quieres decir?

Una festiva expresión apareció en la rubicunda cara de pescador de Mannheim.

—Nada.

—Algo tiene en mente.

—Al, usted sabe igual que yo que los asesinatos no se resuelven a este nivel…

—La comida está servida, caballeros —anunció Pobjoy, haciendo sonar su vaso con una cuchara—. Siéntense, por favor.

Garrod se encontró justo enfrente de John Mannheim en la larga mesa, pero demasiado lejos para sostener una conversación discreta. Siguió intentando llamar la atención del coronel, mas éste no

cesaba de beber y hablar con los hombres que le flanqueaban. Durante la comida, Garrod respondió a ocasionales preguntas de sus compañeros de mesa y se esforzó en ocultar su impaciencia con el método que se seguía. Estaba revolviendo el café, malhumorado, cuando reparó en que una mujer había entrado en la sala y se había inclinado junto a Mannheim para susurrarle algo. Garrod levantó la mirada y sintió que su garganta se secaba al reconocer aquel cabello negro, muy negro, y aquellos labios pintados de color plata. Era Jane Wason.

En ese instante, Jane alzó los ojos y los fijó en Garrod con tanta franqueza que éste creyó que le estaban arrebatando la fuerza corporal. La seriedad profesional del hermoso rostro se dulcificó un instante, y luego Jane se marchó apresuradamente de la mesa. Garrod la siguió con la mirada, henchido de la jubilosa certidumbre de que había estremecido a Jane Wason tanto como ella le había estremecido a él.

Pasó un minuto entero antes de que recordara que los ojos de Esther estaban ajustados a su solapa, y su mano se alzó de nuevo de un modo reflejo para tapar los sensibles discos vítreos.

Después de comer Garrod se refrescó, se cambió de ropa y se reunió con el resto de hombres —Mannheim, Gilchrist y Pobjoy— para desplazarse a Bingham y examinar el escenario del crimen. El ambiente dentro del automóvil fue de somnolencia después de una buena comida, y hablaron muy poco mientras se abrían paso entre el flujo del tráfico que iba hacia el norte. Garrod seguía pensando en Jane Wason; veía su cara como una brillante imagen consecutiva. Habrían recorrido unos cinco kilómetros, cuando Garrod asimiló el hecho de que no dejaban de cruzarse con cuadrillas de operarios que estaban sustituyendo las hojas de iluminación de vidrio lento suspendidas sobre la carretera.

—¿Qué ocurre?

Dio una palmada en la amplia rodilla de Pobjoy y señaló con un gesto de la cabeza a uno de los camiones de mantenimiento.

—¡Oh, eso! —Pobjoy hizo una mueca—. En Augusta tenemos una organización local francamente activa de la Liga por la Defensa de la Intimidad. Algunas noches salen con sus coches, con las capotas abiertas, y disparan contra las placas de iluminación con

escopetas de perdigones.

—Pero eso sólo ennegrecerá el vidrio durante algunas horas, hasta que la luz lo atraviese de nuevo.

—No. En cuanto el material está agujereado o agrietado se considera que es estructuralmente inseguro y debe ser cambiado. Es una ordenanza municipal.

—Debe de costarle una fortuna al ayuntamiento.

—No sólo a este ayuntamiento… Se trata del nuevo deporte nacional. Y sé que no necesito decirle que la gente ya no compra ventanoramas.

—Lo cierto es que he desatendido el negocio durante el último año —reconoció Garrod—, por lo que no estoy al corriente del estado de las ventas.

—Yo le pondré al corriente. Los fanáticos de la Liga arrojan ladrillos a las ventanoramas. Los tipos más sutiles las ennegrecen con regeneradores, y los orgullosos propietarios se quedan con las ventanas negras.

—¿Qué tipo de personas hay en esta Liga por la Defensa de la Intimidad?

—Eso es lo curioso. No se puede afirmar que un grupo o subdivisión especial apoye a la Liga. Tenemos maestros de escuela, oficinistas, taxistas, universitarios… toda clase de categorías.

Garrod se recostó en el mullido tapizado y miró pensativo a lo lejos. En aquella excursión estaba aprendiendo cosas sobre el mundo que seguía existiendo, forcejeando y cambiando al otro lado de las ventanas de su biblioteca. Manston tenía razón al afirmar que la corriente de opinión pública estaba volviéndose en contra de la retardita; sin embargo, era obvio que él mismo subestimaba la velocidad y potencia creciente de la reacción.

—Personalmente, no acabo de entender la antipatía del público —dijo Garrod—. ¿Cuál es su opinión?

—Personalmente —replicó Pobjoy—, yo diría que se trata de una reacción bastante previsible.

—¿Pero y el descenso en el número de delitos? ¿Y el gran salto en detenciones y enjuiciamientos fructíferos? ¿Es que al público no le importan esas cosas?

—Le importan. —Pobjoy sonrió de un modo que podía ser

malicioso—. Mire, es el público el que infringe todas las leyes.

—A nadie le gusta que le espíen —intervino inesperadamente Gilchrist.

Garrod abrió la boca para decir algo, pero recordó que Esther estaba vigilando y escuchando en su solapa, y que él la odiaba por ello. El silencio invadió a los cuatro hombres y prosiguió prácticamente ininterrumpido mientras el vehículo efectuaba el fácil ascenso a la zona de montañas y lagos.

—Si usted empieza a perder dinero con el vidrio lento —dijo con voz jovial Pobjoy en un momento dado—, tal vez le sea posible invertir en eso, Al.

Garrod abrió los ojos y miró por la ventanilla. Estaban pasando junto a la entrada de un centro de recreo cuya curvada valla exhibía un letrero recién pintado: «ALTOS LUNA DE MIEL: 50 idílicas hectáreas a prueba de vidrio lento, vidriospías, vidriodetectives, etc.». Garrod volvió a cerrar los ojos, y en su mente se introdujo la idea de que, por lo que respectaba al vidrio lento, el orden natural de las cosas estaba invertido; la leyenda hacía surgir el hecho. Uno de los primeros cuentos populares que apareció tras la comercialización de la retardita hablaba de un vendedor que ofreció una ventanorama increíblemente barata a una pareja de recién casados. Al cabo de una semana se presentó en la vivienda y sustituyó la ventana por otra todavía mejor, sin costes adicionales. El matrimonio del cuento, típicamente ingenuo, se complació en su nueva fortuna, sin saber que la retardita funcionaba en ambos sentidos y que, posteriormente, los dos iban a tener un gran éxito en fiestas exclusivas para hombres. Un cuento infantil, sí, pero ilustraba el temor básico del hombre a ser observado en ocasiones en que, por manifiestas razones biológicas y sociales, desea ocultarse y permanecer apartado de su prójimo.

El automóvil se detuvo un rato en Bingham, donde los tres componentes del equipo de expertos fueron presentados a personalidades de la policía del condado antes de tomar un café. Ya atardecía cuando llegaron al escenario del asesinato de Wescott. Una parte de la carretera y de la montaña cercana estaba destrozada, pero el destruido vehículo había sido retirado, y había poco que ver aparte de las marcas del fuego, muy hundidas en la

superficie.

Garrod volvió a tener la convicción de que la investigación era fútil. Pasó casi una hora vagando por el lugar y recogiendo gotas metálicas bajo la atenta mirada de un grupo de reporteros a los que no se permitía entrar en el recinto acordonado. Tal como Garrod esperaba, toda aquella ceremonia —incluyendo una breve charla de Pobjoy acerca del posible tipo y posición del cañón láser— resultó inútil. Garrod manifestó su creciente impaciencia sentándose en un bajo saliente rocoso y mirando al cielo. Muy por encima de él, prácticamente en silencio, una avioneta blanca del tipo que se usaba para pulverizar los cultivos flotaba en el azulado aire.

Durante el regreso a Augusta alguien conectó la radio y sintonizó un noticiario, con dos noticias que tuvieron un interés particular para Garrod. Una se refería a que la oficina del fiscal del estado había anunciado un progreso sustancial hacia el establecimiento de la identidad del asesino del senador Wescott; la segunda decía que los sindicatos de empleados de correos habían iniciado la esperada huelga contra la instalación de cámaras de retardita en los centros de clasificación de correspondencia, y que en consecuencia no se estaban repartiendo cartas. Garrod miró a la cara a Pobjoy.

—¿Qué progreso se ha hecho?

—Yo no he dicho nada de progreso —protestó Pobjoy.

—¿Otra vez ese publicista ansioso de hacer algo?

—Supongo que sí. Ya sabe cómo son estas cosas.

Garrod resopló, y se disponía a criticar a ciertas secciones de la oficina del fiscal cuando comprendió las implicaciones personales de la flamante huelga de correos. Había acordado con Esther que todas las noches le enviaría un juego de discos oculares mediante el servicio de estratocorreo, de manera que las lentillas estuvieran en Portston todas las mañanas, a tiempo para que la enfermera las colocara antes del desayuno. Su enojo por el grado de neurosis que Esther había manifestado para hacerle aceptar la idea significaba que era importantísimo que Garrod hiciera un esfuerzo patente para hallar una solución alternativa. Sacó de su bolsillo un alargado y minúsculo transmisor, giró las manecillas para señalar el código de Lou Nash y apretó el botón de llamada. La voz de Nash se oyó casi

al instante.

—¿Señor Garrod?

—Lou, hay huelga de correos, por lo que tendré que utilizarle como cartero mientras estoy en Augusta.

—De acuerdo, señor Garrod.

—Eso significa volar a Portston todas las noches y regresar por la mañana.

—No hay inconveniente…, a no ser por la orden de volar a baja altura y a poca velocidad. El aeropuerto de Portston no estará abierto después de medianoche, y eso quiere decir que tendré que salir de Augusta hacia las diecinueve horas.

Garrod abrió la boca para insistir en que el aeropuerto permaneciera abierto, a despecho de los gastos, pero una timidez poco característica en él le sobrecogió. Dispuso ver a Nash en el hotel a las seis en punto, y se acomodó en el asiento con una grata sensación de culpabilidad. Una noche libre, liberado de la cruz, en una ciudad extraña. Esther le preguntaría por qué no se había puesto los discos oculares por la noche, pero él argüiría que los ojos de su esposa estaban captando las imágenes del vuelo de Nash hasta Portston, y que no había forma de comprimir seis horas extras de visión en un día de veinticuatro horas. Lo único que tenía que decidir era en qué emplear ese tiempo extra, ese tiempo libre. Garrod consideró varias posibilidades, entre ellas ir al teatro o beber sin cesar hasta aniquilar su mente… por fin, llegó a la conclusión de que se estaba engañando, y decidió que si estaba dispuesto a serle infiel a su mujer, era importante que fuera honesto consigo mismo.

Lo que haría por la noche sería, si las circunstancias lo permitían, esforzarse al máximo en irse a la cama con la secretaria de labios plateados de John Mannheim.

Garrod prendió el alfiler del soporte de los discos oculares en la solapa de Lou Nash, sonrió a manera de despedida ante las sensibles cupulitas negras y contempló al piloto mientras se alejaba por el vestíbulo del hotel. Tuvo la impresión de que Nash andaba de un modo diferente, cohibido, y de pronto vio la imagen que de su matrimonio debía de tener un extraño. Nash no había hecho un solo comentario al enterarse de la finalidad de los discos oculares, pero

había sido incapaz de ocultar la perplejidad que se reflejó en sus ojos. La pregunta no formulada había sido: ¿por qué un hombre que puede disponer de una mujer hermosa todas las semanas, todos los días, hasta agotar sus fuerzas y sus deseos, sigue sometido a Esther? ¿Por qué? Garrod nunca había pensado en exceso al respecto, ya que solía considerarse como un monógamo natural, pero… ¿y si la verdad era que Esther, siempre pensando en el dinero y en el valor de las cosas en todas sus transacciones, había tenido la suficiente inteligencia para comprar el tipo exacto de hombre que necesitaba?

—¡Ahí está! —Sonó la voz de Mannheim a espaldas de Garrod—. Vamos a tomar algo antes de cenar.

Garrod se volvió con la intención de rehusar la invitación, pero entonces vio que Mannheim iba acompañado por Jane Wason. Jane vestía un traje de noche de color negro, tan fino y transparente que sus pechos parecían no tener más abrigo que una película de lustrosa pintura, y bajo la apetecible curva del vientre había una suave protuberancia triangular formada por el vello púbico. Brillantes toques de luz inundaban el cuerpo de Jane, como el sol reflejándose en las móviles aguas de un estanque.

—¿Tomar algo? —dijo Garrod, aturdido al darse cuenta de que Jane estaba sonriéndole de un modo curiosamente incierto—. ¿Y por qué no? No había hecho planes para la cena.

—No tiene que planear nada…, relájese y disfrute. Va a cenar con nosotros. ¿Te parece bien, Jane?

—No podemos obligar al señor Garrod a que cene con nosotros si no desea hacerlo.

—¡Deseo hacerlo! —Garrod sacudió su mente para aprovechar la inesperada oportunidad—. En realidad, estaba a punto de pedirles que cenaran en mi compañía.

—¿A los dos? —Mannheim pasó el brazo en tomo a la cintura de su secretaria y la atrajo hacia sí—. No estaba seguro de que yo le gustara, Al.

—Estoy loco por usted, John. —Garrod sonrió, mirando al militar, pero al ver que Jane se apoyaba en él con suma naturalidad deseó desesperadamente que Mannheim sufriera un infarto y se desplomara allí mismo—. ¿Vamos a tomar algo?

Entraron en la sombría caverna de uno de los bares del hotel y,

ante la insistencia de Mannheim, pidieron unos explosivos combinados. Garrod sorbió la bebida, sin apreciar el ardoroso aroma dulzón, y se preguntó qué relación existiría entre Mannheim y Jane. Ella tenía veinte años menos como mínimo, pero tal vez encontraba atractiva la placentera modestia del coronel; y éste había tenido todo el tiempo y todas las oportunidades para lograr el éxito. Y sin embargo, Garrod notó —¿o era su imaginación?— que Jane estaba sentada algo más cerca de él que de Mannheim. La tenue luz del bar permitía que el ojo operado de Garrod funcionara prácticamente tan bien como el otro, y veía a Jane con lo que para él era una claridad preternatural, tridimensional. Jane estaba increíblemente hermosa, igual que una dorada deidad hindú. En cuanto sonreía, el nuevo odio de Garrod hacia Mannheim le causaba una fría tirantez en el estómago. Cenaron en el hotel, y durante la cena Garrod intentó seguir un rumbo entre la aproximación excesivamente directa que había ensayado en su primera conversación y el riesgo de no retar el aparente derecho de Mannheim. La cena concluyó con demasiada rapidez para Garrod.

—Me ha gustado —dijo Mannheim, pinchando desconsoladamente su abultada cintura—. Lo menos que puede hacer ahora, Garrod, es pagar la cuenta.

Garrod, que de todos modos pensaba pagar la cena, notó que su resentimiento estallaba de un modo casi incontrolable, pero entonces reparó en que Mannheim se había puesto de pie, con el aspecto de un hombre que está a punto de marcharse apresuradamente. Jane, por su parte, no dio señales de querer moverse.

—¿Se va?

Garrod se esforzó en ocultar su alegría.

—Me temo que sí. Tengo que ocuparme de un montón de papeles que hay en mi habitación.

—¡Qué lástima!

—Lo que me preocupa es que está empezando a gustarme meterme en mi cubierta de seguridad —dijo el coronel, tras un encogimiento de hombros—. Un útero a oscuras. Tiene que ser una mala señal.

—Estás revelando tu edad —adujo Jane, sonriente—. Freud está

completamente anticuado, ¿sabes?

—Eso me pone al mismo nivel que él.

Mannheim dijo adiós a Jane, dio una amistosa palmada en la cabeza de Garrod y salió del restaurante. Garrod le miró con aire de afecto.

—Una lástima que haya tenido que irse.

—Es la segunda vez que dice eso.

—Estoy exagerando, ¿eh?

—Un poco. Está haciendo que me sienta como uno de los camareros.

—Perfectamente —dijo Garrod—. Yo estaba aquí pensando cómo hacer que John recibiera una llamada falsa para ir a Washington. Yo mismo lo habría intentado, pero no estaba seguro de qué relación había entre…

—¿John y yo?

Jane se rió suavemente.

—Bueno…, él la tenía cogida por la cintura y…

—¡Qué hermosas ideas victorianas! —La cara de Jane se puso seria—. No tiene técnica alguna con las chicas, ¿verdad, Al?

—Jamás he necesitado tenerla.

—Porque es rico y guapo y ellas caen en su anzuelo.

—No me refiero a eso —dijo con cierta desesperación—. Simplemente…

—Sé lo que quiere decir, y me halaga. —Jane puso la mano sobre la de Garrod, y el contacto creó un escalofrío a lo largo del brazo del segundo—. Está casado, ¿verdad?

—Yo… sí —Garrod atravesó una barrera mental—. Es decir, por ahora.

Ella le miró directamente a los ojos durante un largo Momento, y después hizo un gesto de sorpresa.

—Una de sus pupilas tiene la forma de…

—Un ojo de cerradura —dijo Garrod—. Lo sé. Sufrí una operación en ese ojo cuando era niño.

—Pero no es preciso que lleve gafas oscuras por eso. Tiene un aspecto algo anormal, pero apenas se nota.

Garrod sonrió al darse cuenta de que la diosa tenía debilidades humanas.

—No llevo gafas oscuras para mejorar mi aspecto. Este ojo admite el doble de luz que el normal, y me duele cuando estoy al aire libre, al sol.

—¡Oh! Lo siento.

—No tiene importancia. ¿Qué le gustaría hacer ahora?

—¿Un paseo en coche? Me disgusta estar mucho tiempo enjaulada en las ciudades.

Garrod asintió. Firmó la factura y, mientras Jane iba a recoger su mantón, pidió que enviaran un coche de alquiler a la entrada del hotel. Diez minutos después se dirigieron hacia el sur, hacia las afueras de la ciudad, y al cabo de otros treinta llegaron al campo.

—Parece saber adónde va —dijo Jane.

—No. Lo único que sé es que vamos en dirección opuesta a la ruta que seguí esta mañana.

—Entiendo. —Garrod notaba que ella estaba mirándole—. No se siente a gusto con esta supuesta investigación, ¿verdad?

—No.

—Así lo pensaba… Es usted muy honesto.

—¿Honesto? ¿De qué está hablando, Jane?

Hubo un largo silencio.

—De nada.

—Creo que tiene algo en mente. Pobjoy está actuando de una manera rara, y en la comida John dijo algo acerca de una charada.

—¿Qué ocurre, Jane?

—Ya lo he dicho: nada.

Garrod viró para entrar en un ramal de la autopista, frenó bruscamente y paró el motor.

—Quiero saberlo, Jane —dijo—. O ha dicho algo importante o no ha dicho nada.

Jane desvió la mirada.

—Es probable que pueda irse mañana.

—¿Por qué?

—El único motivo por el que Miller Pobjoy le ha pedido que viniera aquí es poder usar su nombre.

—Perdón… no lo comprendo.

—La policía sabe quién mató al senador Wescott. Lo han sabido desde el principio.

—Si eso fuera cierto ya habrían detenido al asesino.

—Es cierto. —Jane se volvió hacia él. Parecía llevar una máscara de ondina, con la luz verde del tablero de instrumentos—. Desconozco cómo lo saben, pero lo saben.

—Esto es el colmo.

Garrod agitó la cabeza.

—John me ha dicho que usted se mostró muy tirante con el señor Pobjoy por culpa de las historias que su departamento ha facilitado a la prensa —insistió Jane obstinadamente—. ¿Por qué piensa que han hecho eso? En estos momentos casi todo el mundo cree que usted ha descubierto una nueva técnica para sondear el vidrio lento. Aunque lo niegue, los rumores seguirán circulando.

—¿Y?

—¡Cuando detengan al asesino no tendrán necesidad de hacer público cómo conocían su identidad! —Jane extendió repentinamente la mano hacia la llave de encendido del coche y siguió hablando en tono de enojo—. ¿Por qué he de preocuparme?

Garrod le cogió el brazo. Jane se resistió un momento; después se besaron, bebieron de sus bocas, respiraron sus alientos. Garrod intentó, sin excesivo éxito, pensar a dos niveles. Si la teoría de Jane era correcta —y siendo secretaria de Mannheim tenía acceso a archivos ultrasecretos—, quedarían explicadas varias cosas que le preocupaban; cosas importantes… Pero Jane tenía la piel y el gusto que él suponía que tendría, y el pecho femenino se endureció en su mano de un modo natural, presionando hacia fuera por entre sus dedos.

—¿Recuerdas la tarde que nos vimos en Macon? —dijo Garrod cuando se separaron.

Ella asintió.

—Vine de Washington sólo para eso, confiando en verte…

—Lo sé, Al —musitó Jane—. Me dije una y otra vez que yo era una presumida, y que era imposible, pero lo sabía.

Se besaron otra vez. Cuando Garrod tocó la piel, suave como la seda, de las rodillas, éstas se separaron un instante y volvieron a cerrarse con fuerza, aferrando los dedos.

—Volvamos al hotel —dijo Jane.

Durante el regreso a la ciudad, pese a una sexualidad vibrante

que Garrod jamás había conocido, los hábitos mentales adquiridos a lo largo de los años hicieron que su mente regresara al acertijo de Miller Pobjoy y sus motivos. Y en el dormitorio de Jane, cuando acabaron el ritual de desnudarse mutuamente, nuevos pensamientos se entremetieron; pensamientos acerca de Esther, de las atentas bolas negras que eran sus ojos, de su esposa diciendo: «Eres un tipo aburrido, Alban»…

Cuando se abrazaron en las frías sábanas, Garrod notó las tensiones destructivas que se formaban en su interior. El retraso entre el primer momento en el coche y el momento presente había sido excesivo.

—Cálmate —musitó Jane en la oscuridad—. Ámame.

—Estoy calmado —dijo con una creciente sensación de pánico —. Te amo.

Y en ese momento Jane, expertamente, le salvó. Uno de los dedos femeninos describió una línea en la espina dorsal de Garrod y, al llegar a la región lumbar, un penacho de éxtasis con el brillo de un diamante brotó de su cuerpo igual que un géiser, provocando un clímax explosivo, a ritmo de stacatto, que Jane compartió y que aniquiló todas las represiones, todos los temores.

«Ahora pueden tirar la Bomba —pensó Garrod—. Ya no importa.»

Un instante después, de un modo simultáneo, ambos se echaron a reír, en silencio al principio, tan abiertamente como niños luego. Y en las horas posteriores, el renacimiento de Garrod fue completo.

12

Garrod llamó a su casa a la mañana siguiente, aunque sabía que, debido a la diferencia horaria, Esther estaría dormida. Dejó grabado un breve mensaje: «Esther, no voy a seguir llevando tus discos oculares. Cuando se agote el juego que te llegará esta mañana, tendrás que arreglarte de otra manera… en todas las cosas. Lo siento, pero ha de ser así.»

Al dar la espalda a la pantalla sintió una enorme sensación de alivio por haber actuado, finalmente. Sólo mientras desayunaba en soledad en su habitación empezó a dudar de la oportunidad de su llamada. La forma positiva de considerarlo era que había telefoneado nada más despertarse porque tenía la inquebrantable resolución de liberarse y no tolerar más retraso. Pero en su personalidad había otro Garrod que, de acuerdo con su conducta anterior, habría elegido deliberadamente un momento para llamar que no le forzara a enfrentarse cara a cara con Esther. La idea le turbó. Se dio una ducha con la vaga esperanza de olvidar el asunto, y salió del baño sintiéndose reavivado. Notaba un desacostumbrado calor en su interior, una sensación de sosiego, que parecía cobijarse en su pelvis y difundirse por sus piernas.

«He sanado —pensó—. Ha costado un tiempo terriblemente largo, pero al fin he experimentado la locura que lleva a la cordura.»

De una forma inesperada, Jane había insistido en que se separaran y pasaran el resto de la noche en sus respectivas habitaciones. Garrod experimentaba un profundo sentimiento de injusticia porque ella no le hubiera acompañado en el desayuno y la ducha.

Tomó la decisión de llamarla en cuanto terminara de vestirse, pero su videófono sonó al cabo de unos instantes. Se precipitó hacia

el aparato con suma ansiedad y activó la pantalla.

El que llamaba era Miller Pobjoy, con un rostro tan liso y lustroso como una castaña recién formada.

—Buenos días, Al. Espero que haya dormido bien.

—Una noche excelente, gracias.

Garrod se abstuvo de mencionar la palabra dormir.

—¡Perfecto! Quiero explicarle el programa para hoy…

—Antes permítame explicarle el mío —interrumpió Garrod—. Dentro de unos momentos voy a llamar a mi director de relaciones públicas y le daré instrucciones para que difunda a través de los medios de comunicación la noticia de que la investigación que ustedes realizan es una farsa total, que el coche de Wescott no constituye prueba alguna y que yo voy a dimitir de…

—¡Espere, hombre! Este canal quizá no es seguro.

—Confío en que no lo sea. Una buena filtración informativa suele ser más eficaz que declaraciones abiertas.

—No emprenda ninguna acción hasta que hablemos personalmente —dijo Pobjoy, frunciendo el ceño—. Estaré ahí dentro de veinte minutos.

—Que sean quince.

Garrod cortó la conexión, encendió un cigarrillo y fumó lentamente mientras analizaba la situación. Tenía dos motivos para desear quedarse en Augusta. El primero y más importante era que Jane aún estaría allí algunos días. El segundo era que estaba envuelto en un misterio y odiaba apartarse de él. Si lograba intimidar a Pobjoy para que le permitiera participar en la investigación real satisfaría su curiosidad, seguiría al lado de Jane y, al mismo tiempo, tendría una excusa perfecta que ofrecer a Est… Garrod se mordió el labio inferior. No necesitaba explicar nada o justificarse ante Esther. Nunca jamás. Nunca, nunca jamás.

—Bien, señor Garrod —dijo Pobjoy, hundiendo su cuerpo en un sillón—. ¿Qué significa todo esto?

Garrod observó que el otro hombre volvía a adoptar el tono formal, y sonrió.

—Estoy cansado de jugar, esto es todo.

—No lo entiendo. ¿De qué juego me habla?

—Del juego en que usted usa mi nombre y reputación para que

el público piense que existen pruebas útiles en las cenizas del coche de Wescott…, cuando ambos sabemos que no existe ninguna.

Pobjoy alzó la mirada hacia Garrod.

—No puede demostrarlo.

—Soy una persona confiada —dijo Garrod, pacientemente—. Es muy fácil engañarme… una vez. No tengo necesidad de demostrar lo que digo. Lo único que tengo que hacer es ponerle en la situación de demostrar lo que usted está diciendo. Y eso es lo que voy a hacer.

—¿Quién ha hablado con usted?

—Me subestima, Pobjoy. Se sabe que los políticos cuentan malditas mentiras cuando se ven acorralados, pero esas mentiras sólo son aceptadas por un público que ignora los hechos. No formo parte del público, en este caso, y he tenido un asiento de primera fila durante toda esta pantomima. Ahora, dígame: ¿quién mató al senador Wescott?

Pobjoy emitió una risita.

—¿Qué le hace pensar que yo lo sé?

Garrod estuvo tentado de mencionar a Jane Wason (al fin y al cabo, él estaba en situación de recompensarle por la pérdida de su empleo con muchas veces el salario de toda una vida), pero decidió hablar por su cuenta.

—Creo que usted lo sabe porque se ha esforzado al máximo en aparentar que yo, incapaz de colaborar en modo alguno, podía dar la respuesta. Han identificado al asesino, pero utilizando un método que no puede hacerse público porque está envuelto en dinamita política.

—Eso es una estupidez, hombre. ¿Se atreve a sugerir ese método?

Pobjoy estaba hablando en un tono mordaz, sosegado, pero las apenas perceptibles inflexiones de su pregunta espolearon a Garrod. Una fría intuición se agitó en las profundidades de su conciencia. Se volvió de espaldas e hizo ver que estaba atareado buscando y encendiendo otro cigarrillo, tanto para ocultar su cara a Pobjoy como para tener tiempo de pensar.

—Sí —dijo, con la mente a pleno rendimiento—. Puedo sugerir un método.

—¿Cuál?

—Un uso muy ilegal de la retardita.

—Eso es simplemente una vaga generalidad, señor Garrod… no un método.

—De acuerdo, seré un poco menos vago. —Garrod se sentó frente a Pobjoy y le miró fijamente a los ojos, con la mente henchida de una nueva certidumbre—. El vidrio lento ya se ha usado en satélites, pero el ordinario hombre de la calle, incluso el miembro normal de la Liga por la Defensa de la Intimidad, no se preocupa por eso, porque la información grabada es transmitida por televisión, y nadie cree que poseamos un sistema capaz de mostrar detalles tan pequeños como un ser humano cualquiera. La pérdida de calidad en la imagen en altitudes orbitales imposibilita esto último.

—Prosiga —dijo precavidamente Pobjoy.

—Sin embargo, la nitidez de las imágenes del vidrio lento es tan perfecta que, en las circunstancias y condiciones atmosféricas apropiadas y con los instrumentos ópticos al caso, compensadores de turbulencias, etcétera, es posible seguir los movimientos de las personas y de los automóviles… si se lleva el cristal a un laboratorio para examinarlo. Y para hacer esto sólo se necesita un sistema de traslado, una nave robot, un torpedo en realidad, que el satélite nodriza dispara en dirección a zonas ya seleccionadas.

—Bonita idea…, ¿pero ha pensado en el costo?

—Astronómico, aunque justificable en determinadas circunstancias… como por ejemplo asesinatos políticos.

Pobjoy hundió la cara en las manos, guardó silencio un instante y luego habló a través de sus dedos.

—¿No le horroriza esa idea?

—Es la mayor invasión de la intimidad de toda la historia.

—Cuando íbamos a Bingham ayer por la tarde, usted dijo algo acerca del enorme descenso en el número de delitos, que compensa la pérdida de derechos de los ciudadanos.

—Cierto… pero esta nueva idea lleva el caso a un punto en que ningún hombre puede sentirse seguro de estar solo, ni siquiera en la cima de una montaña o en pleno Valle de la Muerte.

—¿Cree usted que el gobierno de los Estados Unidos gastaría

millones de dólares simplemente para observar la comida campestre de una familia?

Garrod meneó la cabeza.

—¿Admite que tengo razón? —dijo.

—¡No! —Pobjoy se puso de pie bruscamente y se acercó a la ventana. Contempló las verticalidades de la ciudad y, con voz más calmada, añadió—: Si… si tal cosa fuera cierta, ¿cómo iba a admitirla?

—Sin embargo, si fuera cierta, usted se encontraría en la curiosa posición de saber quién asesinó a Wescott y, sin embargo, tener que demostrarlo, o aparentar demostrarlo, mediante otro medio.

—Ya hemos considerado ese argumento, señor Garrod, pero en todo caso no es más que la situación en que nos encontraríamos. Lo que me hace falta saber es si…

—¿Sigue resuelto a difundir su teoría?

—Tal como usted observa, sólo es una teoría.

—Pero una teoría que causaría un enorme… —Pobjoy eligió la palabra con manifiesto tacto— daño.

Garrod se levantó y se acercó también a la ventana.

—Tal vez me persuada a no hacerlo. Como inventor del vidrio lento me siento un poco responsable. Además, me disgusta dejar a medias un problema no resuelto.

—¿Quiere decir que seguirá siendo miembro del equipo de asesores?

—Ni en sueños —dijo alegremente Garrod—. Deseo trabajar en la investigación real. Si conoce a su hombre, tendremos que encontrar alguna forma de acusarlo.

Diez minutos más tarde, Garrod se hallaba en la habitación de Jane Wason, en la cama. Después de que otra unión de cuerpos ratificara su nuevo contacto con la vida, Garrod, aunque obligado al secreto, hizo saber a Jane que sus sospechas sobre las maniobras de Pobjoy con la investigación eran correctas.

—Así lo creía —dijo ella—. John nunca me ha dicho nada al respecto, pero sé que ha intentado deducir el método secreto.

—¿Quieres decir que no lo conoce? —Garrod era incapaz de no vanagloriarse—. No debe de haber abordado correctamente a Pobjoy. He trabajado con John el tiempo suficiente para saber que

siempre aborda correctamente todos los asuntos. —Se apoyó en un brazo y miró a Garrod—. Si él no ha sido capaz de averiguarlo…

Garrod se echó a reír al ver la mirada especulativa que había en los ojos de Jane y el esbozo de una arruga que deformaba la fina línea de las cejas de la mujer.

—Olvídalo —dijo tranquilamente, mientras atraía hacia su cuerpo el ya familiar torso.

13

Desde el principio quedó claro que el capitán Peter Remmert desaprobaba la intrusión de Garrod. (Remmert era un hombre caprichoso, variable; a veces se mostraba lacónico, y en otras ocasiones su lengua se soltaba de un modo incongruentemente pedante. En un momento dado, mientras tomaban café, le dijo a Garrod: «El hombre rico cuya afición es resolver crímenes ya no es una figura creíble, ni siquiera en la literatura barata, gracias a la nivelación en la distribución de la riqueza. Su apogeo tuvo lugar en la primera mitad del siglo, cuando lo anormal de su situación pasaba desapercibido para el hombre pobre, que consideraba a los ricos como seres incomprensibles capaces de convertirse en detectives como mero pasatiempo».) Pero Remmert cooperaba al máximo en lo que, bajo su punto de vista, debía de ser un caso aburrido y frustrante. Al principio, lo único que sabía era que él y un selecto grupo de hombres habían jurado guardar secreto, que se les había comunicado un nombre y una dirección de Augusta y que se les había dicho que hicieran todo lo que pudieran para relacionar al sospechoso con el asesinato del senador Wescott.

El sospechoso se llamaba Ben Sala. Tenía cuarenta y un años, era de origen italiano y regentaba un pequeño negocio de venta al por mayor especializado fundamentalmente en detergentes y desinfectantes. Habitaba, en compañía de su esposa, en una modesta casa de un distrito de clase media del oeste de la ciudad. El matrimonio no tenía hijos, y el piso superior de la vivienda estaba subarrendado a un soltero de cincuenta años, Matthew H. McCullough, que trabajaba como conductor en los transportes locales.

A modo de rutina, Remmert hizo ciertas averiguaciones sobre el origen italiano y la familia de Ben Sala, en busca de una conexión

con la mafia, pero obtuvo resultados nulos. Puesto que había recibido instrucciones de no entrar en contacto directo con Sala por lo que al asesinato concernía, la investigación parecía estar a punto de concluir tal como había empezado… hasta que se conoció otra muerte.

La mañana siguiente a la muerte del senador Wescott entre los explosivos vapores metálicos de su coche, el inquilino de Sala, McCullough, falleció a causa de un ataque cardíaco mientras entraba en su autobús.

La coincidencia no fue advertida por el equipo de Remmert durante varias horas, y cuando la consideraron les pareció poco más que una excusa preconcebida para hacer una visita al hogar de Sala…, en principio. En ese momento tuvieron acceso a los resultados de ciertos exámenes de las cámaras de vidrio lento del departamento de tráfico. Y estos resultados constituyeron para Remmert una desagradable e inesperada sorpresa. Sus instrucciones eran demostrar que Sala había sido el ejecutor del asesinato, y las cámaras colaboraron hasta el punto de mostrar el abollado camión de reparto de Sala saliendo de su casa, dirigiéndose hacia el norte, hacia Bingham, horas antes del asesinato y regresando por la misma ruta varias horas después del crimen. Pero había una pega.

Las imágenes del vidrio lento demostraban con claridad que el conductor del camión había sido Matthew McCullough, el hombre que había fallecido de muerte natural pocas horas después.

Y McCullough no iba acompañado.

—Eso nos permitió entrar en la casa de Sala y actuar del modo apropiado —dijo Remmert—. La idea era una supuesta investigación de McCullough, pero no dejamos de averiguar todo lo posible sobre Sala.

—¿Y qué consiguieron?

Garrod seguía mirando la pantalla de proyección, en la que había un holograma fijo de la parte frontal de la casa de Sala.

—Nada, por supuesto. McCullough era la parte culpable.

—¿No fue demasiado conveniente que cayera muerto a la mañana siguiente?

—Si eso es conveniente —se burló Remmert—, espero que mi muerte no lo sea hasta que tenga cien años.

—Ya sabe a qué me refiero, Peter. Si Sala fue el asesino, ¿no fue demasiada casualidad que un hombre al que podía inculpar fuera silenciado a las pocas horas?

—Sala no está culpando a McCullough, soy yo el que lo hace. De todos modos, no comprendo ese razonamiento. Supongamos que lo hizo Sala… ¿Iba a desear que su inquilino llamara la atención de la policía cayéndose muerto? Además, aunque Pobjoy opine lo contrario, Sala no lo hizo. Tenemos todo tipo de pruebas para justificar su declaración.

—Veamos las pruebas.

Remmert suspiró de un modo audible, pero apretó el botón de rebobinado rápido del proyector. Habían requisado una ventanorama de una vivienda que estaba casi enfrente de la casa de Sala y habían hecho un holofilme que recogía la vida del sospechoso durante el año anterior. La información de la ventanorama también estaba en grabadoras de retardita, mas debido a que el vidrio lento tenía la desventaja de no admitir la marcha atrás, se usaba un holofilme convencional para el trabajo práctico de examinar las pruebas.

En la pantalla apareció la imagen de la casa de Sala tal como estaba un año atrás, tras la instalación de la ventanorama. Era una casa de madera, ordinaria, con dos pisos y una ventana saliente en la planta baja que sostenía un mirador en el nivel superior. El jardín de la entrada estaba bien conservado, y había un garaje unido a la estructura principal, con la puerta a la altura de la línea de edificación. Las ventanas de la mitad superior de la puerta del garaje eran el único medio de ver el interior.

Remmert fue saltándose diversos fragmentos de la bobina, haciendo pausas de vez en cuando para mostrar escenas de Sala y McCullough entrando y saliendo del lugar. Sala era un hombre menudo y grueso, con negro cabello rizado en cuyo centro se veía el cuero cabelludo reluciendo igual que cuero pulido. McCullough era más alto y algo encorvado. Su cabello, de un color parecido al acero, estaba peinado hacia atrás sobre un rostro alargado y afligido, y el hombre parecía estar excesivamente apegado a su parte de la vivienda.

—McCullough no tiene aspecto de ser un asesino de cuidado —

comentó Garrod—. Sala sí.

—Eso es prácticamente todo lo que hay para argumentar en contra de él —dijo Remmert, fijando una imagen de Sala mientras se ocupaba del jardín, con la camisa presionando un estómago protuberante—. Es un tipo pícnico.

—¿Cómo?

—«Tipo pícnico» es la denominación que dan los psiquiatras a hombre algo bajo, rollizo y ancho de hombros, que tanto abunda entre los asesinos sicópatas. Aunque infinidad de gente inofensiva está catalogada en el mismo grupo.

Hubo otras imágenes —diáfanos fragmentos de hielo arrancado del río del tiempo— de Sala y su esposa, una mujer de pelo oscuro, discutiendo, dormitando, leyendo, a veces dedicados a un juego amoroso carente de sutilezas, mientras la solitaria cara avinagrada de McCullough cavilaba en las ventanas superiores. Sala iba y venía de su lugar de trabajo a horas regulares con un camión de reparto último modelo de color blanco. El otoño dio rápido paso al invierno y llegaron las nieves, y vieron a Sala utilizando una ordinaria camioneta abollada, con cinco años de rodaje, en lugar del modelo más reciente. Garrod levantó la mano para que la película se detuviera.

—¿No iba bien el negocio de Sala?

—Le va muy bien; parece un sagaz hombre de negocios, a su nivel.

—¿Le preguntó por qué usaba ese camión viejo?

—Si le digo la verdad, lo hice —replicó Remmert—. Es ese tipo de cosas que no serían obvias en la tarea de un detective a la antigua, pero que son Curiosamente notables al revisar la retardita.

—¿Qué le contestó él?

—Que de todas formas sólo pensaba conservar el camión último modelo durante seis u ocho meses más, pero que alguien le hizo una buena oferta por el vehículo. Sala dijo que no podía rechazar la oferta.

—¿Le preguntó cuánto dinero obtuvo?

—No. No me preocupé por eso.

Garrod anotó algo en su cuaderno e hizo un gesto para que la película continuara. Las nieves se retiraron, eliminadas por colores

verdes, los brotes primaverales y veraniegos. El otoño se aproximaba de nuevo cuando una capa de lona alquitranada azul apareció en el techo del garaje. Era tan extensa que cubría el techo entero, y un borde pendía sobre la parte frontal, tapando las ventanas de la puerta.

Garrod volvió a levantar la mano.

—¿Cuál era el propósito de eso?

—El techo del garaje tenía goteras.

—¿Estaba en mal estado? No me había fijado.

Remmert retrocedió un poco en el tiempo y se vio el techo con tejas fuera de sitio en varios lugares. Todas estaban normales algunos días antes.

—Ocurrió muy de repente, ¿no?

—A principios de septiembre hubo algunas tormentas inesperadas. Sala piensa construir un nuevo garaje, y por eso no valía la pena perder el tiempo haciendo una adecuada reparación del techo.

—Todo sigue cuadrando.

—¿A qué se refiere?

—No lo sé. Fíjese en el modo chapucero con que cuelga la lona alquitranada sobre la parte delantera del garaje, y sin embargo Sara es muy exigente en todas las cosas.

—Es probable que la lluvia resbale mejor de ese modo. —Remmert Mostró impaciencia al ver que Garrod tomaba otra nota de ¿qué va a servirle ese detalle?

—Quizá de nada, pero si se ha vivido con el vidrio lento tanto tiempo como yo, eso cambia la forma en que ves las cosas. —Garrod se dio cuenta repentinamente de que estaba mostrándose ampuloso—. Perdone, Peter. —¿Hay algo de especial interés entre este momento y la noche del crimen?

—Creo que no, pero tal vez usted…

—Vamos a la gran noche —dijo Garrod.

Era de noche cuando la puerta del garaje se abrió y se deslizó hacia dentro, con un movimiento que a Garrod le recordó el retraimiento de los alerones de un avión comercial. El camión salió a la calle, la puerta se cerró automáticamente y la imagen de la pantalla aumentó su brillo al entrar en acción los intensificadores

luminosos. Remmert fijó la imagen; el conductor era McCullough, sin duda posible. Llevaba puesto un sombrero que oscurecía sus ojos, pero imposible confundir el porte melancólico.

—Las cámaras urbanas registraron su paso en dirección al límite norte de la ciudad —dijo Remmert—. Ahora fíjese en el garaje. La lona está un poco plegada y se ve el interior.

Aceleró el ritmo temporal y lo dejó otra vez en normal cuando el indicador digital situado en un ángulo de la imagen indicó que había transcurrido media hora. Los oscuros rectángulos de las ventanas del garaje irradiaban un resplandor blanco, y había un hombre en el interior. Era un hombre rechoncho y con el cabello negro: Ben Sala, inequívocamente.

Mientras Sala deambulaba por el garaje dedicado a raras tareas de limpieza y aseo, Remmert tocó un botón para reproducir las declaraciones del sospechoso:

—Bueno, hacia las siete de aquella tarde Matt bajó por las escaleras. No tenía muy buen aspecto; estaba más bien pálido, ¿comprende? Y se frotaba el brazo izquierdo como si le doliera. Matt me dijo que la compañía de transportes le había pedido que hiciera algunas horas extras aquella noche. Casi siempre iba en autobús a todas partes porque podía viajar gratis, pero esta vez me pidió que le prestara el camión. Dijo que estaba cansado, y que no tenía ganas de caminar por la carretera hasta la parada del autobús.

»Le contesté que muy bien, que cogiera el camión, y se fue hacia las once. Cuando se marchó trabajé un poco en el garaje, una hora y después me fui a la cama. Oí que Matt volvía con el camión en plena madrugada, pero no miré qué hora era. A la mañana siguiente se fue a trabajar como siempre, y ésa fue la última vez que lo vi con vida.

Remmert apagó la grabadora.

—¿Qué le parece? —preguntó Garrod.

—Una simple declaración… He escuchado miles.

Garrod mantuvo los ojos fijos en la pantalla, donde la imagen de Sala seguía viéndose de vez en cuando mientras se movía en el interior del garaje.

—Sala no habla como un informador profesional, y sin embargo…

—¿Y sin embargo?

—Ha comprimido una gran cantidad de información en una declaración breve; todos los detalles están bien ordenados, son importantes, lógicos. Entre esos miles de declaraciones que ha oído usted, Peter, ¿en cuántas no se desperdiciaba una sola palabra?

—El peso de la maldita evidencia está amontonándose en contra de Sala —dijo ásperamente Remmert—. Tiene aspecto de poder ser un asesino, y habla con sensibilidad. ¿Sabe que aquí entrevistamos a infinidad de personas que no usan un lenguaje académico, y no obstante son capaces de enseñarte algo mejor que en una universidad? ¿Se ha fijado alguna vez en que los tipos rudos y miserables siempre tienen los mejores diálogos en las escenas de interrogatorio de las películas policíacas? El talento del guionista debe de liberarse al saber que durante un rato, en su personaje, puede tirar por la ventana los modos verbales.

Garrod meditó un instante.

—Tengo una idea.

Remmert no estaba prestándole atención.

—Una noche —decía—, el año pasado, tuve que interrogar a un individuo acusado de homicidio impremeditado, y le pregunté por qué lo había hecho. ¿Sabe qué me contestó? Dijo: «Lo único que la gente lee en los periódicos acerca de los jóvenes es que siguen dedicándose a obras de asistencia social y presentándose voluntarios al ejército. Yo quería que se supiera que algunos de nosotros somos auténticos bastardos». Bien, eso es mejor que todo lo que he oído en las películas.

—Diga —dijo Garrod—. Es la primera vez que veo este holofilme, ¿no es así?

—Sí.

—¿Mejoraría mi credibilidad si hiciera una predicción de algo que vamos a ver posteriormente en esta película?

—Tal vez. Depende.

—Perfectamente. —Garrod señaló la pantalla— Observe que la lona alquitranada del techo del garaje está plegada para que podamos ver el interior a través de las ventanas de la puerta. Mi predicción es que en cuanto veamos a McCullough regresar con el camión, el borde de la lona volverá a caer de algún modo y tapará

las ventanas.

—¿Y si es así? Hemos visto que McCullough se alejaba y dejaba a Sala en la casa…

Remmert dejó de hablar cuando la camioneta apareció en la pantalla y maniobró en el camino particular de la casa.

La frecuencia codificada de la luz de los faros hizo que la puerta del garaje se abriera, y el vehículo desapareció en el ya oscuro interior. Mientras la puerta giraba, un cabo suelto de la lona pareció engancharse en el mecanismo de cierre, y la cubierta se desdobló sobre las ventanas.

—Eso ha estado bien —concedió Remmert.

—Opino lo mismo.

—Pero no puede hacer ese tipo de predicciones sin una teoría en que basarlas. ¿Qué oculta bajo la manga?

—Voy a explicárselo, pero antes necesito una información más. Sólo para hacer una confirmación en mi mente.

—¿Qué desea saber?

—¿Puede averiguar qué cantidad exacta recibió Sala por el camión que vendió?

—¿Eh? Venga a mi oficina… No tengo terminal de computadora aquí.

Remmert miró con asombro a Garrod mientras se dirigían al despacho, pero se abstuvo de formular más preguntas. Ya en la oficina, accionó las teclas de la terminal que estaba enlazada al gran ordenador de la policía al otro lado de la ciudad. La máquina zumbó un momento después, y Remmert arrancó un trozo de papel impreso. Le dio una ojeada y su asombro aumentó.

—Aquí dice que Sala obtuvo mil quinientos dólares de un comerciante como pago único.

—No sé qué habría hecho usted —dijo Garrod, con el viejo latido de triunfo llenando su pecho—, pero si ese camión hubiera sido mío no habría tenido dificultades para rechazar la oferta.

—Es un precio terriblemente bajo, debo admitirlo… Lo que significa que Sala iba un poco a la deriva en esa parte de su declaración. No comprendo que un avispado hombre de negocios como él regalara prácticamente un buen camión y comprara un modelo abollado.

—Si le interesa mi versión, se la daré.

Y Garrod empezó a explicar su teoría:

—Cuando Ben Sala se enteró de que era el momento de actuar contra el senador Wescott, quedó consternado. Confiaba en que la recibirla no tenía más llamada no se produciría nunca, pero tras alternativa que actuar (la alternativa habría sido la muerte, quizá mediante una bomba introducida en su siguiente envío de detergentes). En cualquier caso, el plan tenía una elaboración tan cuidadosa que prácticamente no había riesgo de ser descubierto.

»El primer paso era hacerse con un GM Burro, un camión de reparto más que barato que había sido ensayado y rechazado por los fabricantes cuatro años antes. Su mejor característica, por lo que a Sala concernía, era que todas sus transparencias estaban hechas con vidrio plano, y que se podía girar el parabrisas para dar paso al aire. No obstante, Sala no estaba preocupado por dejar entrar aire… sino por poder mirar.

»Vendió su camión y compró un Burro. Era bastante difícil de obtener, y tuvo que aceptar un modelo en mal estado, pero resultaba adecuado para sus necesidades. Llevó el Burro a casa, empezó a usarlo para sus transportes cotidianos y puso en acción otras fases del plan. La primera noche de mucho viento se introdujo en el garaje por la entrada de la cocina y, trabajando en oscuridad total, desprendió varias tejas del techo desde dentro. Dos días después nada elegida al azar en su almacén, pero que en realidad estaba cubrió el techo con lo que aparentaba ser un trozo de lona alquitranada cuidadosamente preparada para la tarea. Con el interior del garaje oculto a la vista de la ventanorama del otro lado de la calle, Sala pudo avanzar en el montaje del cañón láser que le habían enviado pieza a pieza en paquetes reducidos.

»También puso manos a la obra en una de las partes más delicadas de la operación.

»Gracias al diseño simplista del Burro resultaba fácil quitar el parabrisas y reemplazarlo con hojas de retardita. Pero hacer que Matt McCullough se sentara en el asiento del conductor durante casi una hora fue más difícil, aun cuando había sido aceptado como inquilino a causa de su estupidez. Sala resolvió el problema diciendo a McCullough que el Burro tenía un defecto en la dirección

y que iba a repararlo. McCullough, que de todas maneras habría estado cavilando en una de las ventanas, convino en sentarse en el interior del vehículo y mover el volante cuando Sala se lo indicara. Incluso se puso su viejo sombrero por si había corriente de aire en el garaje.

»Un momento crucial fue cuando McCullough entró y cerró la puerta del camión, pero no reparó en que estaba viendo el garaje con un aspecto distinto al que en realidad tenía aquella noche. Y Sala se preocupó de permanecer debajo del vehículo durante todo el rato. Las ruedas delanteras del camión estaban en charcos de espeso aceite, que permitía moverlas con facilidad, y Sala, que había cronometrado el trayecto por una ruta sencilla y libre de cruces fuera de la ciudad, hizo que McCullough girara el volante de acuerdo con el programa ya trazado.

»Con las hojas de vidrio lento adecuadamente cargadas de imágenes de McCullough, Sala redujo casi a cero la velocidad de emisión y guardó los cristales para usarlos en el futuro. Otra noche, actuando al abrigo de la lona, quitó los cristales de la puerta del garaje, los sustituyó por placas de retardita y pasó una hora ocupándose en fruslerías. También sacó estas hojas, redujo casi a cero el ritmo de emisión y las reservó para cuando fueran necesarias. Ya estaba listo para cometer el crimen perfecto.

»La noche que recibió el mensaje codificado para que procediera, Sala suministró a Matt McCullough un potente sedante que le mantendría apartado de las ventanas del piso superior durante el tiempo en que se suponía que estaba conduciendo el camión. Sala se aseguró entonces de que las puertas del garaje estuvieran tapadas por fuera, y metió en el camión el cañón láser ya montado. Aseguró las placas de retardita en la puerta del garaje y en la carrocería, aceleró la emisión hasta el ritmo normal, y salió de la ciudad en dirección a Bingham.

»Fue en este momento cuando el singular diseño del Burro desempeñó un papel vital, porque de haber ido en un vehículo normal, Sala no habría visto la carretera tal como estaba aquella noche Hizo girar el parabrisas hasta dejar una finísima hendidura entre el cristal y el marco, para poder ver delante. La visión, enormemente restringida, hizo que el viaje fuera bastante

dificultoso, con el inesperado problema de que el sonido del motor y la sensación de movimiento, en contraste con la visión estática del interior del garaje, le provocaron desorientación y náuseas.

»Una vez en el campo, sin embargo, más allá de la vigilancia de las cámaras de vidrio lento, Sala pudo abrir un poco más el parabrisas y conducir con relativa comodidad. Además, redujo casi a cero la velocidad de emisión de la retardita, conservando las imágenes de McCullough para el viaje de vuelta a través de la ciudad. Las cámaras de todos los coches con los que se encontró aquella noche sólo emitirían imágenes de un McCullough inmóvil al volante, aunque eso era aceptable en una autopista, cuando prácticamente no se requiere del conductor que efectúe movimientos de control. En cualquier caso, lo más probable era que todas estas precauciones fueran innecesarias, ya que no iba a seguirse el rastro del asesino hasta el punto de que Sala quedara comprometido. Simplemente, una parte del plan exigía disponer de toda una línea alternativa de defensa.

»Sala dispuso su cañón en el escenario elegido para el asesinato. Poco tiempo después, un mensaje personal emitido mediante radio de corto alcance indicó a Sala que el coche del senador se aproximaba… y cuando el vehículo llegó a la parte baja de la depresión, abrasó a conductor y automóvil hasta dejarlos convertidos en un montón de reluciente y crujiente escoria.

»En el viaje de regreso, Sala se detuvo a varios kilómetros de distancia y enterró el cañón. Hizo el resto del trayecto sin incidentes y volvió al garaje bastante antes del amanecer. La artimaña del cabo suelto que había dispuesto cuidadosa y discretamente hizo que la lona alquitranada cayera sobre las ventanas al cerrarse la puerta del garaje. Sala quitó las hojas de retardita de la puerta y del camión y las sustituyó por cristal ordinario. Después usó un regenerador para desorganizar la estructura cristalina del vidrio lento, anulando para siempre la muda evidencia. Como precaución adicional rompió las placas en pequeños fragmentos y echó éstos al horno del sótano.

»Sólo quedaba la fase final del plan. Sala subió al dormitorio de McCullough, se quitó el sombrero de éste y lo colgó en su lugar habitual detrás de la puerta. A continuación extrajo un frasco de

veneno trombogénico especialmente preparado que la organización había enviado. McCullough continuaba dormido a causa de la droga y no se despertó mientras Sala frotaba el veneno en la piel de su brazo izquierdo. El punto elegido por Sala para aplicar el veneno haría que McCullough falleciera por embolia aguda aproximadamente cuatro horas después.

»Muy satisfecho con su trabajo nocturno, Sala tomó un vaso de leche y un bocadillo antes de acostarse con su esposa.

—Cuando usted trama una teoría —dijo lentamente Remmert—, lo hace realmente en grande.

—Estuve en el negocio de trama de teorías —Contestó Garrod, indiferente—. En realidad esta teoría es buena en cuanto que explica la totalidad de hechos observados, pero falla en un aspecto importante.

—Excesivamente complicada. Demasiadas suposiciones, según Occam.

—No, en estos tiempos los planes criminales han de ser complejos. Pero no puedo imaginar un modo de demostrar la verdad de mi teoría. Apuesto a que habrá arañazos recientes en los marcos de las ventanas del camión y en la puerta del garaje, pero eso no demostraría nada.

—Tal vez encontremos restos de retardita en el horno.

—Tal vez —concedió Garrod—. Pero no existe ninguna ley que prohíba quemar vidrio lento, ¿no le parece?

—¿No existe ninguna ley? —Remmert se dio una palmada en la frente como si intentara poner en acción su memoria. Un sarcasmo visual—. ¿Le gustaría ir a la casa de Sala? ¿Echar un vistazo a la realidad?

—De acuerdo.

Acompañado por otro detective llamado Agnew, se dirigieron hacia el sector oeste de la ciudad. El cielo matutino estaba casi en su apogeo, con la nubes flotando en la cerámica azul y cambiando la calidad de la luz reflejada por las cuidadas viviendas. El coche ascendió por un empinado arrabal y se detuvo cerca de una casa pintada de blanco. Garrod experimentó un peculiar escalofrío al reconocer el hogar de Sala y cuando sus ojos fueron captando los familiares detalles de la estructura, el jardín y el garaje.

—Parece en silencio —dijo—. ¿Habrá alguien en la casa?

—No lo creo. Dejamos que Sala atienda su negocio, pero tenemos llaves, y él nos dijo que podíamos entrar cuando quisiéramos. Está cooperando al máximo.

—En la posición en que se encuentra ha de hacer todo lo que pueda para ayudarles a culpar a McCullough.

—Supongo que el garaje le interesará más que cualquier otra cosa.

Recorrieron el corto camino de la casa y Remmert usó una llave para abrir manualmente la puerta del garaje. El interior olía a pintura, gasolina y polvo. Contemplado por los dos agentes, Garrod deambuló cohibido por el garaje, alzando extraños objetos, latas vacías y viejas revistas, y dejando caer todo lo que cogía.

Tenía la convicción de que estaba poniéndose en ridículo, pero no estaba dispuesto a irse del garaje.

—No veo manchas de aceite en el suelo —dijo Remmert—. ¿Cómo pudo Sala hacer girar las ruedas?

—Con esto. —La memoria de Garrod vino en su ayuda. Señaló dos lustrosas revistas con marcas de neumáticos en las portadas y páginas internas muy arrugadas—. Es un viejo truco de aficionados. Se hacen girar las ruedas delanteras sobre el papel satinado de las revistas y dan vueltas con gran facilidad.

—¿Eso no demuestra nada, no es cierto?

—Para mí sí —repuso tercamente Garrod.

Remmert encendió un cigarrillo y Agnew una pipa, y los dos detectives salieron a dar un paseo en aquel ambiente extrañamente opresivo. Siguieron fumando diez minutos largos, conversando en voz baja, y luego empezaron a mirar sus relojes de pulsera para indicar que estaban preparados para la comida. Garrod compartía el deseo de los agentes —iba a comer con Jane—, pero tenía la sensación de que si no lograba avances importantes en esta visita, cuando estaba contemplando el interior del garaje con la especial claridad que sólo se tiene al ver una cosa por primera vez, jamás llegaría a ninguna parte.

Agnew desatasco su pipa con suaves golpecitos y se sentó dentro del coche. Remmert tomó asiento en la cerca del jardín y pareció interesarse mucho por las formaciones nubosas. Deseando que los

otros se fueran y le dejaran solo, Garrod dio un último paseo dentro del garaje y vio un fragmento de vidrio cerca de la pared que lo unía a la casa. Se arrodilló y lo recogió, pero la prueba más sencilla —mover un dedo detrás del cristal— demostró que se trataba de vidrio ordinario. Remmert dejó de examinar el cielo.

—¿Ha encontrado algo?

—No. —Garrod meneó la cabeza, falto de ánimo—. Vámonos.

—Por supuesto.

Remmert bajó la levantada puerta, oscureciendo el garaje.

La cara de Garrod se hallaba cerca de la pared interna, que no estaba pintada, y al moverse, en el mismo instante de erguirse, vio que una tenue imagen circular aparecía en las secas tablas. Había la difusa silueta de un tejado, un fantasmal árbol con las ramas al viento… y boca abajo. Dando la vuelta rápidamente, miró la pared externa del garaje y vio una reluciente estrella blanca situada a metro y medio de altura sobre el suelo. Había un diminuto agujero en el maderamen. Se acercó y miró por la minúscula abertura. Un chorro de aire frío procedente del exterior actuó sobre su ojo como una manguera, provocándole lagrimeo, pero Garrod contempló el mundo iluminado por el sol, la ladera ascendente con las casas acurrucados en cobijos de arbustos. Se acercó a la puerta, se agachó por debajo del borde inferior e hizo una seña a Remmert.

—Hay un agujero en esta pared —dijo—. Forma un ligero ángulo hacia abajo, por eso es imposible verlo cuando estás cerca.

—¿Qué importancia…? —Remmert se agachó y miró a través del agujero—. No sé si…

—¿Cree que es lo bastante grande para servir de algo?

—¡Naturalmente! Si es cierto que Sala estuvo aquí dentro, un observador habría visto la hendidura luminosa brillando de un modo intermitente. Pero si Sala no estaba dentro, si únicamente estaba programado en los vidrios lentos de las ventanas, la luz habría permanecido constante.

»¿Cuántas casas se divisan desde aquí?

—Pues… exactamente doce. Pero algunas están bastante alejadas.

—No importa. Si una casa tiene una ventanorama mirando en esta dirección, podrá ventilar el caso esta tarde.

Garrod dio una patada al fragmento de cristal que había descubierto en la variable luz del sol. Estaba convencido de que se encontraría un testigo de vidrio lento.

Remmert le miró fijamente un momento y luego te dio una palmada en el hombro.

—Tengo prismáticos en el coche.

—Vaya a buscarlos —dijo Garrod—. Haré un bosquejo con la situación de las casas que nos interesan.

Sacó su cuaderno de notas y volvió a mirar por el agujero, pero decidió que el bosquejo no era necesario. La colina había quedado sumida en la sombra de las nubes, y Garrod vio, incluso a simple vista, que una de las viviendas poseía una ventana con un resplandor verde que transportaba luz solar, igual que una esmeralda rectangular.

14

La noticia de que Ben Sala había sido detenido por el asesinato del senador Wescott fue transmitida a últimas horas de la tarde. Garrod estaba solo en su habitación color oro y verde oliva, esperando que Jane acabara su jornada laboral con John Mannheim. Llevaba casi una hora ante una ventana mirando la calle, veinte pisos por debajo, y no había sido capaz de liberarse de la sensación de recelo que se agitaba fríamente en su estómago.

Al regresar al hotel después de comer, había recibido un mensaje de Esther, un mensaje que esperaba. La nota decía:

Llego a Augusta esta tarde y estaré en tu hotel a las siete. Con cariño,

Esther.

Desde que había enviado su mensaje, Garrod esperaba tener noticias de su esposa, ya que deseaba que el enfrentamiento final fuera cosa del pasado, tal como debía ser. Pero en aquel momento, de repente, tenía miedo. La frase final de su esposa: «Con cariño, Esther», interpretada en su contexto, significaba que la ruptura no iba a ser elegante, que ella aún seguía considerándole de su propiedad. Todo iba a ser largo, violento y abrasivo.

Al analizar sus sentimientos, Garrod comprendió que estaba asustado de su blandura moral, de la incapacidad casi patológica de herir a otras personas, aun cuando fuera necesario, aun cuando ambas partes resultaran beneficiadas con un golpe rápido y decisivo. Podía pensar en numerosos ejemplos, aunque su mente, introvertida, se lanzaba hacia los casos más antiguos, cuando él tenía diez años y formaba parte de una pandilla de Barlow, Oregon.

El joven Alban Garrod no se adaptaba demasiado bien, y estaba desesperadamente ansioso por obtener la aprobación del jefe de la pandilla, un chico rollizo, aunque fuerte, llamado Rick. Su

oportunidad se presentó un día al volver a casa después de la escuela en compañía de un muchacho mal visto llamado Trevor, que ocupaba un puesto alto en la «lista de ejecuciones» de la banda. Trevor hizo una insensata observación menospreciativa acerca de Rick, y Alban, pese a sentir asco de sí mismo, relató el incidente al ofendido. Rick acogió la noticia con agrado y concibió un plan. La pandilla rodearía a Trevor en un callejón y Rick expondría una acusación formal. Si Trevor admitía su culpa, le darían una paliza a manera de lección, y si la negaba, estaría llamando mentirosos a Rick y Alban, lo que le valdría un castigo igualmente severo. Todo marchó bien hasta que llegó el momento crucial.

Tras el ritual de romperle la bragueta, cosa que siempre se hacía para que el enemigo quedara en desventaja psicológica, Trevor fue acorralado contra la pared, con las solapas recogidas en el puño de Rick. El acusado negó frenéticamente haber pronunciado las fatales palabras. De acuerdo con su poco claro código, Rick aún no estaba autorizado a darle un puñetazo. Miró a Alban en busca de confirmación.

—Él lo dijo, ¿verdad?

Alban contempló a Trevor, un chico al que despreciaba, y se acobardó al ver el terror y la súplica que había en aquellos ojos. Notando que estaba poniéndose enfermo, dijo:

—No. No le oí decir nada contra ti.

Rick soltó al prisionero y le dejó escabullirse, ponerse a salvo. Después se volvió hacia Alban con una mirada de asombro que se convirtió en desprecio y enfado. Avanzó hacia él haciendo oscilar sus potentes puños. Alban, a sus diez años, aceptó la paliza con algo parecido a alivio. Lo único importante era que no había tenido que machacar a otro ser humano.

Dada la historia personal de Garrod, y sin la presencia de Jane para darle fuerzas, existía la posibilidad —muy débil, pero posibilidad a pesar de todo— de que él conviniera con su esposa, si ella le hablaba del modo adecuado, en volver al hogar en su compañía y convertirse de nuevo en un fiel marido. El pensamiento hizo que un hormigueo de frío sudor brotara de su cara. Apoyó la cabeza en el cristal de la ventana y contempló los minúsculos rectángulos de color que eran los coches y las manchas todavía más

pequeñas que eran las personas que iban por la calle. Vistos desde arriba, los peatones carecían de identidad —apenas era posible diferenciar hombres y mujeres—, y a Garrod le resultó arduo aceptar que todos y cada uno de aquellos restantes puntitos se consideraban el centro del universo. La depresión de Garrod aumentó en intensidad.

Entró en el dormitorio, se tumbó sobre la cama e intentó dormir, pero el sueño era imposible. Al cabo de veinte minutos quebrantó una de sus estrictas normas activando el videófono situado junto al lecho y llamando a sus oficinas de Portston para ver cómo iban las cosas. En primer lugar habló con la señora Werner, y ésta le ofreció un detallado informe de los importantes acontecimientos de los últimos días. Después habló con diversos jefes, entre ellos Manston, que solicitó consejo para ocuparse de la relación de Garrod con los recientes sucesos de interés periodístico. También habló con Schickert, al borde del pánico ante el hecho de que una agencia comercial del gobierno estaba presentando nuevos pedidos prioritarios de partículas de retardita a un ritmo imposible de satisfacer aun cuando la nueva factoría de pinturas luminosas estuviera en funcionamiento. Garrod tranquilizó a Schickert y estuvo una hora en conferencia con otros miembros directivos.

Cuando terminó faltaba menos de una hora para la llegada de Esther, y no tenía humor para dormir. Entró en el cuarto de baño y, tras desestimar la idea de hacerlo a oscuras, tomó una ducha con todas las luces encendidas. Comprendió que su breve relación con Jane Wason le hacía no preocuparse por los espías indirectos. Jane, consciente de la belleza de su cuerpo y enaltecido por esa misma belleza, se negaba a mantenerse al abrigo de la oscuridad fuera la hora que fuera, y también durante las horas que pasaba con Garrod. La visión de Jane vino acompañada por una punzada de deseo y pena. La vida con Jane habría sido tan…

Garrod sintió pánico al darse cuenta de que ya estaba previendo la victoria de Esther antes de hablar una sola palabra.

«Elijo a Jane —se dijo al salir de la ducha—. Elijo la vida.» Pero más tarde, al sonar el timbre de la puerta, creyó que estaba agonizando. Abrió muy despacio y vio a Esther en compañía de su enfermera personal. Iba esmeradamente vestida, con un mínimo de

maquillaje, y llevaba el tipo de gafas oscuras usado por personas con ojos desfigurados.

—¿Alban? —dijo ella con voz agradable.

«Va a ser valiente —pensó tristemente Garrod—. Ciega, por eso lleva las gafas oscuras, pero valiente.»

—Adelante, Esther.

Garrod incluyó a la enfermera en su gesto, pero lógicamente la otra mujer estaba aleccionada por su esposa y retrocedió por el corredor, con su antiséptica cara rojo coral mostrando censura hacia Garrod.

—Gracias, Alban.

Esther extendió la mano, pero Garrod la cogió por el codo y la condujo hasta un sillón. Él tomó asiento frente a ella.

¿Has tenido un buen viaje?

—Sí. Tenías razón, Alban. Puedo ir por ahí a pesar de mi impedimento. He viajado miles de kilómetros sólo para estar contigo.

—Yo… —El significado de las palabras finales de Esther no le pasó desapercibido a Garrod—. Eso es maravilloso para ti.

Esther, por su parte, captó las palabras finales de su esposo.

—¿No te alegras de verme?

—Naturalmente que me alegro de verte en perfectas condiciones otra vez.

—No te he preguntado eso.

—¿No?

—No. —Esther estaba muy erguida, con las manos casi cruzadas en su regazo— ¿Cuándo empezaste a odiarme, Alban?

—¡Por el amor de Dios! ¿Por qué tengo que odiarte?

—Eso mismo me pregunto yo. Debo de haber hecho algo muy…

—Esther —atajó Garrod con firmeza—, no te odio.

Contempló los rasgos precisos, las tenues arrugas de tensión, y su corazón dio un vuelco.

—¿Pero no me amas, verdad?

«Aquí está —pensó Garrod—. Aquí está el instante preciso del que depende todo tu futuro.» Abrió la boca para dar la respuesta que su esposa buscaba, pero su mente estaba sumida en un frío criogénico. Se levantó, se acercó a la ventana y contempló la calle.

Las motas anónimas que se consideraban personas seguían pululando. ¿«Cómo demonios podrá un observador desde un satélite, mirando perpendicularmente, diferenciar a un hombre de otro?», se preguntó.

—Contéstame, Alban.

Garrod tragó saliva, deseando poder huir, pero imágenes inconexas estaban fluctuando en su mente. Una avioneta de aspersión aérea planeando en el cielo, brillante como un crucifijo de plata. Schickert al borde del pánico porque su factoría no podía atender la demanda de polvo de retardita. La oscura campiña centelleante…

Las vacilantes manos de Esther tocaron su espalda. Se había levantado del sillón sin que él lo advirtiera.

—Me has dado la respuesta que necesitaba —dijo su esposa.

—¿Lo he hecho?

—Sí. —Esther respiró profundamente, temblorosa—. ¿Dónde está ella en estos momentos?

—¿Quién?

Esther se echó a reír.

—¿Quién? Tu nueva compañera de cama, a ella me refiero. Esa… ramera que lleva los labios plateados.

Garrod se quedó consternado. Tenía la impresión de que Esther había usado un poder terrible para sondear su mente.

—¿Qué te hace pensar que…?

—¿Crees que soy tonta, Alban? ¿Olvidas que llevabas encima mis discos oculares durante la comida del día en que llegaste aquí? ¿Crees que no me fijé en el modo en que te miraba la chica de John Mannheim?

—No recuerdo que me mirara de un modo especial —dijo Garrod para evadir la respuesta directa.

—Estoy ciega —repuso Esther, en tono de amargura—, pero no tan ciega como tú finges estar.

Garrod la miró fijamente y, de nuevo, sus pensamientos rebotaron. «Miller Pobjoy no habló de satélites. Yo fui el único que inventó la historia de los satélites, ¡y lo único que hizo él fue dejarme seguir hablando! Hace días que lo sé, y es una cosa que ha estado carcomiéndome, pero no podía enfrentarme…»

La puerta se abrió bruscamente y Jane Wason entró en la habitación.

—Acabo de terminar, Al, y… ¡Oh!

—Calma, Jane —dijo Garrod—. Entra y te presentaré a mi esposa. Esther, ésta es Jane Wason. Trabaja como secretaria para… John Mannheim.

Esther sonrió dulcemente, aunque mirando deliberadamente en la dirección incorrecta a fin de poner de manifiesto su ceguera.

—Sí, entra, Jane. Estábamos hablando de ti.

—Creo que será mejor que no me entremeta.

—Creo que será mejor que te quedes —dijo Esther en un tono más duro—. Estamos intentando decidir exactamente quién es la verdadera entremetida.

Jane se acercó al matrimonio, con los enormes ojos fijos en la cara de Garrod, aguardando a que él dijera algo. Garrod se sintió extremadamente incapaz de hacer frente a la situación.

—Habla, Alban. Habla clara, precisa y definitivamente —dijo Esther.

Garrod contempló la cara de Esther. La edad y el cansancio se hallaban reflejados allí, en contraste con la lozana juventud de Jane. Esther había atravesado un continente, ciega, para vérselas con él. De las tres personas que había en la habitación ella era la única con un impedimento físico, y sin embargo estaba dominando la situación. Esther era fuerte. Era una mujer valiente, pese a la indefensión de su ceguera; ahora aguardaba con la cara vuelta hacia Garrod. Lo único que tenía que hacer él era agarrar firmemente el hacha verbal con ambas manos… y dejarla caer sobre su esposa.

Cerró un momento los ojos, y cuando los abrió Jane estaba saliendo de la habitación. Garrod corrió tras ella.

—Jane —dijo desesperadamente—, dame una oportunidad para pensar.

—No. El coronel Mannheim ha terminado su estancia en Augusta. Sólo he venido a decirle que nos iremos a Macon en el último vuelo del día.

Garrod la cogió por la muñeca, pero ella se revolvió y liberó con inesperada fuerza.

—Déjame en paz, Al.

—Puedo resolver este asunto.

—Sí, Al. Puedes hacerlo… del mismo modo que resolviste el asunto de los…

La última palabra de la frase se perdió con el ruido de la puerta al cerrarse, pero Garrod no tenía necesidad de oírla. Sabía que la última palabra era «satélites».

Creyó que sus piernas eran de goma cuando volvió a la habitación y se sentó. Esther avanzó a tientas hacia él y apoyó las manos en sus hombros.

—Mi pobre y querido Alban —musitó.

Garrod hundió la cara en sus manos. «No hay ningún satélite —pensó—. Ningún torpedo con ojos de retardita desciende de su órbita. A ellos no les hacen falta. ¡No cuando están rociando de vidrio lento el mundo entero!»

Una calma preternatural pareció dominar su cerebro mientras consideraba la mecánica de la idea. El análisis óptico que permitía la estructura cristalina de la retardita era tan definido que era posible obtener una imagen útil de una partícula con micrones de diámetro. Y sin embargo las motas serían invisibles a simple vista en condiciones normales. Estaban siendo utilizadas millares y millares de toneladas de polvo de retardita con dilaciones diversas, que era lanzado por todo el continente con avionetas de aspersión. Ese tipo de aviones solía usar eyectores eléctricamente cargados, comunicando a las partículas un potencial electromagnético; de ese modo, eran atraídas por los cultivos en vez de flotar hacia el suelo. Pero en este caso los ojos microscópicos de vidrio lento se lanzaban desde gran altura a fin de que se pegaran a cualquier cosa: árboles, edificios, postes telegráficos, flores, laderas de montañas, pájaros, insectos voladores… La retardita iba a estar en la ropa de la gente, en los alimentos, en el agua que todo el mundo bebía.

«A partir de ahora —aulló en silencio la cabeza de Garrod—, cualquier persona, cualquier organización dotada del equipo preciso podrá averiguar lo que quiera acerca de ¡CUALQUIER PERSONA! Este planeta es un ojo inmenso y fijo que vigila todo lo que se mueve en su superficie. Estamos encajonados en vidrio, de un modo asfixiante, igual que insectos arrojados en la botella asesina de un entomólogo…»

Los segundos fueron pasando lentamente, y Garrod sólo era consciente del sonido de la sangre que vibraba en sus venas. «¡Y yo soy el culpable!»

Al levantarse, Garrod alzó consigo todo el peso del planeta. Y descubrió, con infinita gratitud, que podía aguantarlo.

—Esther —dijo en tono sosegado—. Hace un rato me has hecho una pregunta importante.

—¿Sí? —contestó ella con cautela, como si ya percibiera un cambio en su marido.

—La respuesta es… «no». No te amo, Esther, y ahora me doy cuenta de que nunca te he amado.

—No seas necio —dijo ella, con temor y aspereza en la voz.

—Lo siento, Esther. Has hecho la pregunta y yo te he contestado. Debo irme y buscar a Jane. Haré que venga tu enfermera.

Salió de la habitación sin apresurarse, sin necesidad de apresurarse, y se dirigió a la habitación de Jane en el piso inferior. La puerta estaba abierta, y vio que ella estaba haciendo las maletas. Jane se encontraba inclinada sobre una de ellas, en una pose inintencionadamente voluptuosa que produjo un lento y potente martilleo en el pecho de Garrod.

—Me has mentido —dijo éste con fingida severidad—. Has dicho que te irías en el último vuelo.

Jane se volvió para mirarle, con transparentes rastros de lágrimas en sus mejillas.

—Por favor, deja que me aleje de ti, Al.

—No —dijo Garrod—. Nunca más.

—Al, ¿has…?

—Sí. He puesto fin a una cosa que jamás debía haber empezado, y quiero que me ayudes a hacer lo mismo con otra cosa.

Jane estuvo con él cuando Garrod se presentó en la redacción de un periódico y explicó su relato, y Jane le acompañó durante los difíciles meses que siguieron cuando un gobierno dominado por el pánico se vio forzado por la gente a crear nuevas leyes prohibiendo la producción de vidrio lento. Jane estuvo a su lado durante los años aún más duros en que se descubrió que otros países proseguían la producción de retardita, acabando por adulterar los océanos, el

mismo aire… incluso la estratosfera. En décadas posteriores, los hombres aceptarían la presencia universal de la retardita, y aprenderían a vivir sin subterfugios o vergüenzas, tal como habían hecho en un distante pasado cuando se decía que los ojos de Dios llegaban a todas partes.

Jane estuvo a su lado durante todos aquellos acontecimientos, y una de las razones por las que Garrod sabía que la amaba era que, por mucho que se esforzara, nunca visualizaba el envejecimiento de aquel hermoso rostro. Para él, Jane no tenía edad; era eterna… Igual que una imagen maravillosa conservada para siempre en un prisma de vidrio lento.